Mis mejores cuentos

(Novelas breves)

Diego San José

Diego San José

MIS MEJORES CUENTOS

(NOVELAS BREVES)

Empezó por una apuesta

I

LA FONDA DE «EL CABALLO BLANCO»

Por los años fernandinos de 1829, andaba aún Madrid menos que en mantillas con respecto a una de las más esenciales obras de misericordia: la de dar posada al peregrino, entendiendo por tal no al infeliz tocado de la monomanía fanática o al vago que se ampara en la devoción para andar a la gandaya y la briba, sino al forastero que asienta en un punto, por achaque de sus negocios o satisfacción de sus caprichos.

En toda la Corte, dejando a un lado las casas de huéspedes en familia, que ya comenzaban por el entonces, no había más que tres fondas medio decentes, la de Genieys, en la calle de la Reina, *La Peninsular*, en la de Alcalá, y la de *El caballo blanco*, en la del Carmen.

La de *Genieys* venía a ser lo que ahora el *Ritz* o el *Palace*, solo para gente adinerada. Según el testimonio de *Fígaro*, era *preciso comer de seis o siete duros para no comer mal*. En ella se hospedaba Rossini, que era mejor gastrónomo que músico, y en ella los más notables personajes que por aquel tiempo venían a la capital de España.

Los contados banquetes de «campanillas», que aún no eran lamentable plaga como hoy, en aquel estrecho e incómodo establecimiento se celebraban. Allí comieron infinitas veces Salamanca, Osuna, el marqués de Molins, el duque de Rivas y cuantos eran la espumilla y flor de la política, el dinero y el ingenio sin bohemia.

Era de muy buen tono el comer en aquel bodegón con honores de gran hotel.

Cierto que nuestros fenecidos abuelos no debían de ser muy descontentadizos para la comodidad, y tenían sin duda por fiesta bullanguera el comer fuera de casa, porque no de otra suerte se explica la vida de aquellos destartalados y lóbregos establecimientos por gente que no fuese forastera.

El comer de fonda, y el ir al Real Sitio (que con solo decir de esta suerte ya se sabía que era Aranjuez, sin que ni siquiera se pasase por la memoria los de *La Granja*, o *Riofrío*, ni aun *El Pardo*), era el prurito de la gente burguesa de aquel tiempo.

¡Ahí era nada el poder darse tono de haber comido en *Genieys*! Se miraba en más que ahora comer en el *Palace* o en el *Ritz*.

Poco tiempo después, comenzaron a instalarse restaurants y hoteles al uso de Francia, que siempre la moda en todo nos llegó allende el Pirineo, y la famosa fonda de la no menos famosa Calle de la Reina comenzó el fin de sus espléndidos días.

La de la calle del Carmen ya correspondía a gente más modesta, aunque no tanto que pudiera clasificarse entre la menestrala; hidalguillos y mercaderes provincianos que venían a Madrid, más por exigencias de sus intereses que por su gusto, bien que entonces no se podía venir a la Corte con el solo objeto de echar una cana al aire ni de pretender, esto no quitaba que la *populosa* y cortesana villa estuviese (ni más ni menos que ahora) llena de gente holgona, de pretendientes y de mendigos.

Siempre la capital de un reino parece como el vertedero de las provincias, ni más ni menos que si ella, por tener títulos de hermana mayor, tuviera el ineludible deber de albergar y mantener a todo el que llega a ella, pero de todas las del mundo entiendo que la más castigada es este Madrid nuestro, calumniado luego por los mismos que vienen a él motejando a la villa como caja de Pandora y a sus hijos como bobalicones y vagos.

Se piensan los de Vicálvaro para abajo y los de Aravaca para arriba que aquí no hay más de dar con el pie en el suelo y como por arte de magia comienzan a florecer prebendas y canonjías. Mas buenas tales nos dé Dios, que más esquilmado tienen esto ellos que los madrileños, pues vienen como segadores a llevarse la poca ventura que pueda alcanzarse por ser esta tierra corte de las Españas. Y por esto de no acaecer el estar repartidos los cargos de pingües rendimientos entre los naturales, nos tienen en poco.

De esta codicia por trasladarse a la Corte, dejando desamparadas las provincias, vino el que antaño se tomaran aquellas medidas de no consentir pasar el puerto de Guadarrama

sin un motivo justificado y, después de ello, no aposentarse en Madrid por más de dos meses.

El conseguir un pasaporte para entrar por cualquiera de las infinitas puertas de Madrid era casi tan difícil como alcanzar una canonjía.

Forzoso es decir que esto lo mandaban no tanto las ordenanzas municipales, para impedir que viniesen de fuera a embarazar la vida matritense, como los miedos del gobierno de Calomarde y las arbitrariedades del señor Zorrilla, superintendente general de policía, y padre del insigne poeta que inmortalizó en las Letras Castellanas al aventurero *Don Juan Tenorio.*

Digo, pues, que en la posada de la calle del Carmen, con honores de humildísima fonda, asentaba de ordinario la gente burguesa, que fluctúa entre la aristocracia y el pueblo.

Gente sencilla y de buena pasta, que tiene por todo lujo la comodidad y el buen trato de su persona.

El local destinado a comedor era lóbrego y mal acondicionado; durante el tiempo que duraba la comida (que por el entonces no se había hecho costumbre francesa, aun habiéndonos atacado ya muchas cosas de Francia, el llamar almuerzo al yantar del mediodía), alumbraban la estancia unos farolillos de aceite que daban a la estancia el aspecto de capilla.

Pero menos mal que si la comodidad era escasa, la vianda no lo era del todo, ni tampoco de subido precio. Si para comer regularmente en *Genieys* era preciso gastarse siete u ocho duros, en *El caballo blanco*, por catorce reales, podía quedar medio satisfecho un ciudadano de buen diente.

Claro es que no se le podían pedir finuras al mozo, ni primores al cocinero; la sopa solía estar tan caliente que podría escaldarse en ella un pollo, o tan fría que pudiera servir de refresco en el estío, pero era buena y se veía que estaba condimentada con muy sólidas substancias; el cocido lo componían ventrudos garbanzos de Castilla, patatas nuevas, cuando las había, un despojo de gallina, falda de vaca, un buen porqué de jamón y un razonable trozo de chorizo; no faltaba la pelota de carne rebozada, y para principio solía haber unas magras con tomate o una chuleta de ternera; todo ello convenientemente remojado con un espeso vinillo manchego que hacía llamar de tú al mismísimo superintendente general de policía.

***

En el momento que se comienza nuestra narración, son las ocho de una noche fría del mes de diciembre.

Los quinqués que alumbran el comedor de *El caballo blanco* parece que participan del frío que se siente en la calle, el cual no son bastante para disipar los dos enormes braseros que hay colocados en el centro.

Un enorme gato duerme enroscado en la tarima que sirve de base a uno de los dos recipientes de fuego.

Los huéspedes y comensales se han ido retirando, unos a sus aposentos y otros hacia la calle, porque es necesario saber que la fonda de *El caballo blanco* admite en su comedor lo mismo a la gente que se hospeda en ella que al transeúnte que por costumbre, por capricho o por necesidad, tiene que comer fuera de casa. Aunque el comer de fonda se dejaba para los días que repicaban gordo, haciendo un grande sacrificio pecuniario iban las familias en pleno.

Hoy cualquier chisgarabís de poco más o menos come de fonda, teniendo en su casa mesa y mantel, sin dar al caso más importancia que si entrara a tomarse un refresco.

Aquellos tiempos eran otros. La Libertad, en todos los órdenes de la vida, cuando no era un pecado, acaso un delito, era una falta de desaprensión.

En una mesa que está al fondo de la sala, junto al modesto aparador, en donde como emblema hay una docena de platos casi nuevos y unas fuentes de Talavera, más dos fruteros de procedencia inclusera, terminan con los postres dos individuos.

El uno es sacerdote, como de cincuenta años; tiene recia complexión y simpático rostro, se toca con un gorrillo de seda negra; muy pacienzudamente parte piñones con un cascador, atendiendo de tiempo en tiempo a un cigarro de dos cuartos, que mientras come y parte deja humear en los bordes de una copa tallada.

El otro es un hidalguillo como de treinta años, tiene buen porte, y sus maneras son distinguidas. Por la destemplanza de la temperatura no se ha quitado un carrik color ceniza, de tres esclavinas; sobre una silla tiene el descomunal tubo de pelo que llaman sombrero de copa alta.

La charla parece muy amigable, aunque no de extrema intimidad, porque según se desprende de ella, no hace muchos días que son amigos: les ha unido la camaradería de hospedaje.

Siguiendo el diálogo de ambos puede llegarse al conocimiento de sus personas, y ello será de mucho provecho para el buen curso por las veredas de esta desenfrenada narración.

—Mala noche se le hace a Grimaldi, aunque *La pata* de *cabra* es imán que le lleva a la gente como van los ríos hacia la mar.

—Más de cuatro veces la he visto yo, y si Dios me da salud pienso verla otras tantas antes de partirme para mis tierras de Burgos.

—Pues qué, ¿ya logró su conveniencia?

—Ya, y bien me ha costado sudarla, pero conseguí al cabo la liquidación de aquellas dehesas, y allá me vuelvo a mi rincón con la talega llena de onzas.

—Luego, ¿ya cobró su merced?

—Esa diligencia no será hasta mañana a las once.

—Que sea enhorabuena, y vaya otra copa en celebración de su buen logro, que en Madrid sabe uno cuándo viene a pretender, pero nunca cuándo acabará la pretensión. *El vuelva usted mañana* debiera grabarse por lema en el escudo nacional.

—Dice usted perfectamente, señor mío.

—Conozco muy bien la vida de la Corte. Me refiero a la vida que pudiéramos llamar burocrática exterior. He corrido mucho por antesalas de ministerios y de gente de influencia.

—Cierto, es el país de la eterna espera.

—Para el asunto más baladí le tardan a usted meses y meses.

—Y así ha ocurrido más de una vez, que antes de despacharse la solución de un asunto, se le acababa al pretendiente la licencia de estancia, y como no tuviese amigos que le quieran servir, tuvo que tomar la vuelta a su provincia si no quiere sufrir todo el rigor del señor intendente. Y el caso es que a mí me gusta esta tierra, que es alegre, sencilla y hospitalaria para todo forastero, y me agradaría venir a ella sin preocupaciones ni negocios; para divertirme.

—Es únicamente como se puede venir aquí. Aunque yo por mi estado eclesiástico no soy voto de calidad en la materia.

—Ahora con la cuarta boda del rey (q. D. g.) (y ambos se descubrieron a la evocación de Su Majestad, aun cayendo en persona tan deleznable y poco merecedora de cortesías como Femando VII), es tiempo de no desperdiciar la ocasión.

—Se hará lo que se pueda, aunque no será mucho…

Llenaron las copas, y después de chocar las bebieron hasta no dejar gota.

Prosiguió la charla.

—Y dígame, señor don Joaquín, ¿vale ciertamente la pena esa *La pata de cabra*? Lo digo no tanto por la intención de ir a verla, como porque deseando yo venir a Madrid, donde no había pisado desde que vino de Francia nuestro amado monarca (nueva salutación), y no teniendo pretexto justificado, di como razón para que me visaran el pasaporte, el venir a ver tan famosa comedia, y así va puesto en el dicho documento. Pasa a Madrid para ver *La pata de cabra*.

Se rio de esto el del carrik, a que el clérigo le atajó diciendo:

—Ríase su merced cuanto quiera, pero es lo cierto que este es uno de los motivos ineludibles porque pueden venir los provincianos a la corte. Sé de muy buena tinta que el señor intendente lleva autorizados más de 72.000 pasaportes con tal objeto.

—Pues sí, señor cura; no dudo en recomendarle que cualquiera de estas noches se despoje de sus hábitos, se vista de paisano, se vaya al Corral del Príncipe, tome dos lunetas para usted y su sobrino, y vaya a reírse con las desventuras de don Simplicio Bobadilla Majaderano y Cabeza de Buey. Es más, si usted quiere, le convido esta misma noche; dándonos un poco de prisa, aún llegamos a tiempo.

—No, hoy no. Mi sobrino no ha llegado todavía, y de ir quiero que me acompañe; como mozo que es, se divertirá más que yo.

—Podemos esperarle andando, como quien dice; en lo que usted se avía puede llegar él.

Y como si obedeciera al conjuro de la prodigiosa *pata*, apareció el sobrino de su reverencia. Don Joaquín le puso en autos de lo que se trataba, y en lo que cenaba dispuso

que el tío se convirtiera de ministro del señor en simple seglar, con levita entallada, sombrero de copa y capa de cuello alto.

Pocos minutos más tarde salían los tres hacia el coliseo del Príncipe.

***

Mientras los tres camaradas de hospedaje caminaban al ansiado lugar donde se prometían transcurrir unas horas agradables, el llamado don Joaquín, que era por extremo hablador y no estaba mal enterado de las cosas, pues era hombre de claro y recto juicio, se creyó en el caso de hacer a sus acompañantes una especie de disquisición preparatoria acerca de las comedias de magia, y así les habló de esta suerte:

—Entre nosotros, este género dramático es casi tan antiguo como el teatro mismo, pues que en los albores de este hubo su origen.

»Cervantes, en el prólogo de sus comedias, dice que las trajo el toledano Pedro Navarro, pero lo cierto es que su verdadero encauzamiento nos llegó de Italia por arte y maestría de aquellos tramoyistas Antonozzi y el Vaggio, que prepararon las más famosas representaciones de nuestros ingenios en las magníficas, cortesanas y memorables fiestas de El Buen Retiro…

»Ya en las comedias de Santos, tan en boga en el siglo XV, se usaba lo sorprendente y sobrenatural, haciendo aparecer a los ángeles entre pomposas nubes y al genio de Satán por escotillón, rodeado de fuegos de artificio.

»Más adelante, se ideó el que hablaran los animales y aun los frutos, las flores y los astros.

»La tramoya se hacía cada vez más complicada, y así en mares pintados bogaban prodigiosas naves de extrañas y complicadas figuras.

»Quienes parece que en este tiempo llevaron este género a su mayor auge y prestigio fueron don Pedro Calderón y don Antonio de Solís, ambos clérigos como su merced y como sabe muy bien su merced.

»Por los años de 1635, estrenó el primero en el dicho real sitio de El Buen Retiro, su famosa comedia *El mayor encanto*, *amor*, de juego escénico tan numeroso y complicado, que al publicarse el libro fue preciso insertar una larga y minuciosa explicación.

»Puede decirse que Solís fue en su tiempo el ingenio por excelencia de las magias, pues ayudado por el arquitecto Carbonell y los ya mencionados tramoyistas hizo verdadero derroche de prodigios y apariencias en sus obras intituladas: *Tiempos de Amor y Fortuna, Eurídice y Orfeo* y *El Alcázar secreto.*

»No menos afortunados fueron Salazar y Torres en *La mejor flor de Sicilia, También se ama en el abismo, El mérito es la corona* y *El amor más desgraciado*.

»Diamante rindió un tributo al género con las zarzuelas *Lides de amor y desdén* y *Júpiter y Sénole.*

»El siglo XVIII fue el más afortunado, si no en la calidad, en la cantidad de este número de producciones.

»Tanta privanza tenían en el inocente gusto del público y en el pedestre meollo de los autores que llegaron a hilvanar y corcusir series larguísimas, como aquella de Cañizares, *El asombro de Francia, Marta la Romasantina*, que formó un ciclo de más de ocho partes, compuesto por distintos ingenios, entre los cuales se halla el glorioso don Ramón de la Cruz.

»Se comenzó este siglo con el repuesto del siglo anterior, más una nueva que llegó en 1816 de la Corte de Francia, titulada *Le pied de mouton*. Hasta 1825 estuvo representándola infamemente traducida; reparó en ella don Juan de Grimaldi y acomodándola a usos y tipos españoles, tanto que puso la acción en Zaragoza, reestrenándola con el título de *Todo lo vence el amor* o *La pata de cabra*, y es esta con que nos vamos a entretener ahora, si Dios es servido…».

Con tanta boca abierta quedaron el buen clérigo y su sobrino de la erudición del señor don Joaquín, y si no hicieron laudo alguno, fue porque en aquel instante se separaba de ellos, para irse al despacho y pedir tres lunetas, y tras adquirirlas entraron a toda prisa, porque la función estaba a punto de empezar.

II

EL PRESTIGIO DE *LA PATA DE CABRA* Y LA TRANQUILIDAD DE LA VILLA

En efecto, cosa notable era el prestigio conseguido por *La pata de cabra*.

A pesar de lo desapacible de la noche, que no convidaba a salir a la calle, el viejo coliseo del Príncipe disfrutaba de un lleno formidable; apenas se veía un palco vacío y una luneta sin ocupar.

Grimaldi había acertado, como si le hubiera correspondido el premio mayor de la lotería (costumbre que nos trajo de Nápoles el señor rey Carlos III), con adaptar del francés a la escena española *Le pied de mouton*.

La acogida que tuvo la divertida pieza de magia por nuestro público excedió a todo cálculo, pues por más de tres años seguidos, durante las Pascuas de Navidad, el viejo corral donde triunfaron la *Ladvenant*, Eusebio Rivera, *La Tirana*, Rita Luna e Isidoro Máiquez, se remozó con las gracias de Guzmán en el don Simplicio Bobadilla.

Grimaldi había venido a España con los cien mil hijos de San Luis, y aquí se naturalizó.

Halló desperdigados los restos de las compañías de Máiquez y Carretero, entre los que había partes tan valiosas como Guzmán, la Llorente, Rafael Pérez, la Generoso, Fabiani, Pedro Montaño Cubas, Caprara, Campos y Azcona, y con ellos hizo una formación que pareció muy bien al público, y desde el primer momento no dejó de favorecerle.

Fueron éxitos ruidosos en su repertorio las traducciones modernas *El hechizado por fuerza, Blanca* y *Mocasín*, pero todos quedaron en plano muy inferior ante el enorme triunfo de la famosa *Pata*.

El clérigo, a quien llamaremos don Víctor Damián, el sobrino de este, Andresillo, y el pretendiente don Joaquín Medina, disfrutaron de lo lindo no dejando de reír y celebrar uno solo de los muchos percances que le ocurren al bueno de don Simplicio.

Acabó al fin la comedia casi al punto de las doce, y se fue, como dicen, cada mochuelo a su olivo, saboreando con mucho regodeo los mil incidentes e infantiles peripecias de la obra.

Cada uno de los tres amigos se rebujó como ovillo, uno en la flamante capa, y los otros en los correspondientes carriks, bien reforzados de piel, y tomaron la vuelta a su hospedaje de *El caballo blanco*.

Como por la fuerza y tiranía del frío caminaban de prisa, tardaron poco en llegar.

Al cruzar en la Puerta del Sol por la lonja del Buen Suceso, se detuvieron al divisar dos bultos en la penumbra, y aún don Joaquín se salió en medio de la calle con previsión de sacar un arma.

Uno de los susodichos bultos se destacó en la penumbra en que estaba escondido, y con palabras tranquilizadoras dijo al receloso hidalgo:

—Téngase, caballero, y nada recele, que aquí estamos, no para causar daño, sino para la tranquilidad y sosiego de las gentes honradas, como lo parecen sus mercedes.

En efecto, el que de forma tan comedida hablaba, visto a la luz de un mortecino reverbero, puesto en uno de los pilarotes de la verja, trascendía desde cien leguas a polizonte. Se tocaba con el inevitable y absurdo sombrero de copa, iba embutido en un largo levitón con esclavina y llevaba en la diestra un grueso bastón de nudos.

El cura, que era hombre parlanchín y campechano, viendo que nada tenía que temer, se acercó y dijo:

—Para que a todos se nos pase el susto, mal que le pese a esta condenada niebla, vamos a echar un cigarro, señores policías.

Se desembozó y sacando una rica tabaquera de piel repartió sendos cigarros puros.

Echaron yescas, y después de que encendió cada uno, les preguntó don Damián:

—¿Qué tal va el servicio?

El servicio no iba mal, si la noche no fuese tan perra, que aquellos tiempos de poco antes, en que apenas anochecido no se podía uno asomar a la puerta de la calle, porque tenía la pelleja a merced del primer facineroso que tuviese gusto en arrancársela, habían pasado ya, merced a la recia energía del señor superintendente.

Ya no había, como tres años antes, aquellas temibles partidas de la porra, que con pretexto de velar por la seguridad del rey absoluto, asesinaban a mansalva a los ciudadanos

pacíficos, y luego quedaban impunes de sus fechorías porque estaban resguardados por la plebeya camarilla del monarca.

Desde que el señor Zorrilla, que primero fue gobernador de Burgos y luego auditor de la audiencia de Sevilla, vino a ser el primer polizonte de Madrid, podía andar cada ciudadano por las calles como por los aposentos de su casa.

Aquellos mismos que se creían protegidos antes eran ahora ahorcados en la Plaza de la Cebada o en las afueras de la Puerta de Toledo, al otro día de cogerlos en algún desmán; y cuando a Su Excelencia le venía recomendación del rey o de los ministros para que torciese la vara, respondía con dejarla sobre la mesa. Era duro y enérgico, pero había puesto a Madrid como una balsa de aceite.

Bien podía decirse que en aquel caserón de la calle de las Huertas, esquina a la del Príncipe, donde estaba instalada la superintendencia general de Policía, asentaba la regencia del pueblo más que en el Palacio Real.

Era hombre de notables despachaderas el señor superintendente.

Y aquí el policía, que sin duda era muy afecto a su jefe y acaso le estuviera muy agradecido, se extendió en elogios y en referir hechos y dichos de su superior jerárquico.

Contó cómo acabó con los bailes de máscaras, que por entonces dio el soberano en la vena de suspenderlos, sin otra razón que la de no ser de su agrado, aunque en el fondo los temía por miedo a las conspiraciones.

El monarca sabía que, a pesar de la prohibición, se celebraban en algunas casas de la grandeza, y llamó al Jefe de Policía para recriminarle. Este le dijo que de sobra tenía conocimiento de aquellas reuniones, pero le dio a entender que por la calidad de las personas que contravenían la orden érale difícil hacerla respetar. El monarca replicó que a la mayor brevedad se había de poner enmienda y enterarle de la causa, y en las altas horas de aquella misma madrugada se presentó en la cámara regia el superintendente, acompañando a la princesa de Beyra y a la infanta Carlota.

—He aquí, señor —le dijo al monarca, presentando a las damas—, por qué hay máscaras en Madrid, y solo puede prohibirlas Vuestra Majestad…

***

El reloj del Buen Suceso, con una argentina campanada que rompió el silencio de la angosta plaza, marcó las doce y media.

Los huéspedes de *El caballo blanco* dieron el palique por terminado, y don Víctor otros dos puros a los policías, para que los encendiesen con los de antes, se despidieron muy corteses.

Poco después entraban en la fonda.

Un mozo somnoliento los recibió y dio a cada uno una vela de sebo encendida y puesta sobre una palmatoria de latón.

—Te hemos hecho esperar, ¿verdad, muchacho? —le dijo el clérigo, mientras tomaba la vela que le ofrecía el sirviente. Este respondió:

—No, señor; nunca me acuesto antes de la una, por si viene algún viajero; como las postas siempre llegan retrasadas…

—Y qué, ¿ha venido alguien?

—Sí, señor, un lechuguino de Cádiz.

Tras esto se dieron las buenas noches y se recogió cada uno a su aposento.

III

EL LECHUGUINO DE CÁDIZ

A don Víctor Damián se le pegaron las sábanas.

Como no tenía costumbre de trasnochar, sin duda que le causó efecto la velada.

Al sobrino, como más joven y fuerte, no le hizo mella alguna y a las diez se echó a la calle y se fue a Palacio a presenciar el relevo de la guardia, que es atrayente espectáculo de la gente forastera.

No poco trabajo le costó cruzar por el desierto lodo que circundaba la regia mansión, que desde que a Pepe *Botellas* se le ocurrió proyectar una gran vía, que tendría de partir desde el mismo Alcázar, estaban aquellos lugares desmantelados, pues hizo tirar más de cincuenta casas, que formaban tortuosas e inmundas callejas.

El hidalgo don Joaquín de Medina también salió relativamente temprano, pues que a las once de la mañana debería estar en la Secretaría de Hacienda para recoger el pago de sus dehesas.

Así pues, nuestros amigos no se vieron basta la hora de la comida.

Se pusieron juntos en la misma mesa, según tenían por costumbre, y como aquel día asistieron más comensales que de ordinario, les fue forzoso recibir por compañero a otro sujeto que no era sino el lechuguino de Cádiz que, según referencias, llegó la noche antes, mientras ellos se refocilaban en el Príncipe con las gorjas de *La pata de cabra.*

La forzada camaradería de la mesa, y el carácter abierto del recién llegado, los obligó muy pronto a hacer amistad.

Fue la primera pregunta de don Víctor Damián:

—Y qué, amigo, ¿usted también pasa a Madrid a ver *La pata de cabra*?

Como el hombre se extrañó un poco, entendiendo que las palabras del clérigo fuesen alguna muletilla de moda, le pusieron al corriente, y entonces contestó:

—No, señor, no vengo para eso exclusivamente, pero la veré. Yo vivo en Cádiz, donde, por la gracia de Dios y bienestar de mi casa, disfruto una buena posición; no conocía Madrid, y pareciéndome vergonzoso a mi edad, que porque todo lo sepan ustedes es de veinticinco años, determiné pasar a la Corte con el pretexto de ventilar unos asuntillos de

mi padre. Además, con licencia de usted, señor cura, dejo la tierra de María Santísima porque allí no me tiene Cupido reservada ninguna novedad, he conseguido cuanto me he propuesto y quiero probar si en Madrid tengo la misma suerte, pues las majas de aquí tienen fama y quiero verlas y acosarlas de cerca.

Don Víctor hizo un gesto de bondadosa protesta.

—No se meterá usted de buenas a primeras por el Lavapiés ni el Barquillo —dijo uno de los que le escuchaban.

A que respondió el gaditano en plan de niño bonito:

—Entraré por todas partes y yo le fío a usted desde ahora que en todas me irá bien. Sin despreciar a nadie, soy yo mucho hombre.

—Usted sin duda no conoce a las cigarreras de por acá.

—¿Son por caso más barbianas que las de Sevilla y Cádiz?, porque con aquellas tengo yo hecha cada faena que ni siquiera pienso hacer con las de aquí.

—Naturalmente.

—Eso ya lo veremos.

—Según eso, usted es el don Juan de la leyenda, que ha resucitado en este siglo del *Trágala* y el *Himno de Riego*, para asombrar al mundo.

—El día que se nos presente una mujer difícil a tiro, no tengo inconveniente en hacerle una apuesta buena a que es mía en menos de una semana.

El otro simuló un estornudo.

—Sin constiparse, amigo—respondió el irresistible—, que no hay nada abierto.

El que ponía en duda la maestría amatoria del recién llegado, cuando vinieron los postres y la sala se iba quedando más despejada, acabó por trasladarse a la mesa en que aquel comía, y así continuó la charla más animada.

El clérigo no hacía más de oír, sin que de su rubicundo rostro desapareciera el gesto de piadosa conmiseración.

Para el gaditano, que dijo llamarse don Gabriel de Ostolaza, no había virtud con faldas, ni mujer andaluza de fama que no hubiese pagado almojarifazgo en el postigo de su capricho.

En cuanto llevara en Madrid no más de una semana, ya bulliría su nombre con espanto entre los padres y los maridos.

Una vez en Sevilla…

Y contaba una aventura con cierta aristócrata de alto copete, que según los vivos colores que daba a la narración, era punto menos que estarlo viendo.

La cosa hizo furor, y por no estar constantemente en la picota, tuvo que abandonar la *perla de Andalucía.*

Y tras aquel episodio, venía otro más difícil y sabroso conque sugestionaba a sus oyentes, porque la verdad era que tenía verdadera gracia para referirlos; tanta que aquel intruso que comenzó siendo su adversario, acabó por ser un corifeo de sus varios poemas de amor.

Don Víctor creyó que era llegada la hora de poner término a la academia pecaminosa y, al mismo tiempo que se levantaba, dijo:

—Vaya, señores, ya hemos dado bastante recreo al demonio, demos ahora un poco de pleitesía al Señor, que nos consiente estas horas tan mal empleadas.

Rezó un Ave María, besó el pan, y patriarcalmente dio a todos su bendición…

IV

UN PASEO POR EL PRADO

El día siguiente amaneció despejado, lleno de sol, como si más que de crudo invierno lo fuera del apacible otoño.

En todo el cielo no se columbraba la más ligera nubecilla. Había sido un cambio de temperatura muy brusco, de estos que son tan peculiares en Madrid, y para cuyo aguante es necesaria una salud de hierro.

Después de la comida, propuso don Víctor a sus amigos de mesa salir a disfrutar de la esplendidez del día; a buen seguro que no se presentarían muchos como él en lo que del invierno restaba.

Don Joaquín de Medina dice que le agrada la idea, porque el paseo del Prado tiene para él el encanto de que, haciendo buen tiempo, se encuentra a todo el mundo, y se holgaría mucho de ver a cierto paisano que le debía un dinerillo.

El sobrino de don Víctor se alegraba porque así oiría el alegre reloj de San Fermín, que tocaba un minué al tocar las horas, y tendría ocasión de ver algún *tutti li mundi*, en los que se admiraba, con tanta verdad como si se anduviera por ellas, las naciones extranjeras, como París, Londres, Viena, Berlín y la gran república de Andorra.

Don Gabriel de Ostalaza se congratuló de hallar ocasión para poner cerco a las hermosas madrileñas. Otro día irían al Salón de Oriente; tenía noticia que acudían a él las damas más hermosas de la Corte.

Embocando en la Puerta del Sol, y entrando en la Carrera de San Jerónimo, aunque iban muy despaciosamente, pues ningún quehacer les esperaba, dieron presto en el bello paseo, que aún vivía su prestigio en las anteriores centurias.

***

El anchuroso Salón del Prado, que un alcaldillo de estos tiempos ha hecho desaparecer bajo un pobre remedo de centro de mesa, era por el entonces, y fue antes y después ha sido, el paseo preferido de los madrileños.

Las famosas *rúas* que, en el siglo XVII se celebraban en la calle Mayor, donde acudían damas y galanes después de misa de doce y después de la siesta, habían remitido a este anchuroso recinto que era como escaparate de toda suerte de gentes.

Allí se veía en su carretela abierta a la aristócrata linajuda, que a través de su lente examinaba a los de a pie con la misma prosopopeya y empaque que si tuviesen la desgracia de ser sus vasallos.

A la hermosa entretenida, que con el lujo de su berlina y los afeites de su cara y el aderezo de su persona, desafiaba la atención de todos.

El coche charolado de la señora ministra, que como es uso y costumbre, aprovechaba esta comodidad del cargo de su marido, sin que tenga que poner su coste en el presupuesto de la casa.

Se veía, en fin, al bolsista, en su birlocho, al médico en su cabriolé, y entre todos desentonaban las viejas naves amarillas del calesero *simón*, sirviendo modestamente a quienes no podían o no querían permitirse el lujo de tener coche propio.

***

Don Joaquín, por ser forastero en Madrid, no sabía grandes cosas y circunstancias de la Corte, que, de haberlas sabido, sin duda alguna que no desaprovechara la ocasión propicia de hacer a sus acompañantes alguna notable referencia del Paseo del Prado.

Les hubiera dicho que antaño era la alameda del vecino monasterio de *Jerónimos*, y que en la dorada centuria decimoséptima, fue lugar preferido para verse damas y caballeros, no siendo como ahora el sitio de preferencia el emplazado entre las fuentes de Neptuno y Cibeles, sino el comprendido entre los jardines del duque de Lerma y el Hospital de Atocha.

Mereció siempre notables encomios de los poetas y costumbristas, aunque en verdad no fue con mucho motivo.

Les diría que el maldiciente conde de Villamediana hizo aquella desaprensiva sátira, como todas las que salieron de su pluma:

«Llego a Madrid, y no conozco el Prado
y no le desconozco por olvido,
sino porque me consta que es pisado
por muchos que debiera ser pacido».

Y el ingenio portentoso de Lope de Vega, también tuvo un rasguño picaresco y sutil en aquella redondilla:

«Los prados en que pasean
son y serán celebrados;
bien hacéis con hacer prados
pues hay para quienes sean».

Les diría que antes tuvo notables y bellas fuentes, por el loable recuerdo que trajo el primer Borbón de la Corte de Versalles, que estaban puestas en la calle de Trajineros, a la espalda del convento de Jesús, en la esquina del palacio de los duques de Medinaceli, al comienzo del jardín de Villahermosa, junto a la iglesia de San Fermín, cerca de la calle de Alcalá, y en el lado opuesto, al comenzar la cuesta de los Jerónimos, frente al palacio del marqués de los Balbases y cinco más, al lado de la Huerta del Rey.

Les diría que, en tiempos de Carlos III, siendo ministro el conde de Aranda, merced al proyecto del capitán de ingenieros don José Hermosilla, se comenzó la urbanización del paseo, teniendo que luchar, más que con los inconvenientes del terreno, y no eran pocos, con la barbarie de aquel populacho, que deshacía por la noche las obras ejecutadas durante el día. No hay que olvidar que era la gentuza que rompía a cantazos los faroles de Sabatini, y se amotinaba contra los primeros carros de la limpieza.

Mucha razón tenía aquel buen rey cuando decía: «que el pueblo de Madrid era como los niños, que lloran cuando los limpian…».

Les hablaría de las innumerables fiestas y ruadas que celebraron durante el reinado de Felipe II; las miles de pendencias y desafíos que se ventilaron detrás del juego de pelota.

En fin, que les amenizaría la tarde con su amena charla, pero el hombre, como hidalgo provinciano, sabía poco de las cosas particulares de la Corte, y así no pudo decirles nada de esto.

***

Los huéspedes de *El caballo blanco*, por mejor disfrutar de la tarde apacible y de la revista de los paseantes, entraron y salieron a pie en el anchuroso salón.

Don Víctor iba a medio embozar, sacando la diestra por el embozo, y con la canal muy echada para detrás.

Era la misma estampa de aquel otro clérigo, insigne poeta, que se llamó don Juan Nicasio Gallego.

Don Gabriel de Ostolaza, mirando impertinente a toda mujer que pasase junto, no cesaba en su manía de que todas eran fáciles.

Con más de cuatro dijo haberse entendido por señas al cruzarse, y que a la tarde siguiente volvería para asegurar la conquista.

De otras decía conocerlas desde Cádiz o Sevilla y que en la milicia de su corazón habían sido ya licenciadas.

Don Víctor los amonestaba:

—Hombre de Dios, ¿no tiene usted otra tocata en su organillo?

Pero el otro respondía con una chanza en la que aseguraba que lo único que le interesaba en la vida eran las mujeres, y que después de ellas, nada, puesto que de ellas nacíamos y tras ellas nos pasábamos la vida hasta dar en la Muerte, que también era mujer; el cura terminaba por callarse y dejarle como cosa que no tiene remedio.

Don Joaquín y el otro camarada de mesa le objetaban:

—Lo único inadmisible de sus teorías es el que no haya para usted ninguna honrada; esto, mi querido amigo, convendrá usted en que es un poquito fuerte…

—Hago siempre —respondía Ostolaza— la salvedad debida a nuestras madres, y nuestras hermanas, y esto, más que por sincera convicción, porque no es para uno muy honroso que digamos, el ponerlo en duda; pero en cuanto a las restantes, nunca tendrán más honra que la que nosotros queramos dejarles; además, como se la han puesto donde se la han puesto, a poco que se descuiden, se les va.

En este momento, cruzó ante el grupo una bizarrísima hembra, del brazo de un caballero que parecía muy poca cosa para ella.

Ostolaza la flechó con una mirada impertinente; el marido pareció no advertirlo. Después de que hubieron pasado, exclamó don Joaquín, con el mismo entusiasmo que hubiera empleado un chalán para elogiar una hermosa caballería.

—¡Buena jaca! Se ha *timado*. ¡Como todas!

Ante la desvergonzada suposición del Tenorio de oficio, pues ninguno había observado que la dama hiciera ademán ni en pro ni en contra, rompieron a reír como si estuviesen viendo una vez más los apuros de don Simplicio Bobadilla y Cabeza de Buey.

Ostolaza se amoscó un tanto.

—No sé por qué poner en duda lo que yo digo, y que, además, no tiene nada de extraño. ¿Podría la infeliz hacer otra cosa? Sí, señores, me ha mirado, y como yo tenga la suerte de verla otra vez, ya les diré a ustedes al poco tiempo cómo son los interiores de ese palacio.

Se vio en esto un gran revuelo de gente que acudía presurosa hacia el paseo de coches. Todos decían: Que viene el rey, que viene el rey.

El acontecimiento cortó la controversia femenina de Ostolaza y sus amigos, y avanzaron para ver cruzar la carretela de Fernando VII, que a un trote corto pasaba por entre los demás coches.

La inmensa cara de Su Majestad tenía un gesto complaciente, bajo un fondo de melancólico hastío.

Charlaba con Alagón, que iba a caballo al lado diestro; detrás, en una berlina, iban Chamorro y Ugarte, y según lo finchado y grave de sus plebeyas personas, más parecían ellos los monarcas que el feble hijo de María Luisa y Carlos IV (con perdón).

El pueblo saludó a su rey con el afecto tan peculiar en España y se replegó en seguida para proseguir el paseo interrumpido.

Don Joaquín propuso a sus camaradas alongarse hasta el café del *Tívoli*, que estaba a la subida del Retiro por la parte del Museo; allí tomarían cualquiera cosa para hacer tiempo hasta la hora de cenar.

No se hicieron repetir la invitación, y allá se fueron todos con muy buena gana, pues no parecía sino que el hidalguillo de Burgos había dado de lleno en el estómago de cada cual.

Don Gabriel hizo comentario de la llegada del soberano arrimando el ascua a su manía.

—No me parece que está Su Majestad para muchas corbetas, con la napolitana que ha elegido por esposa.

—¿También piensa usted hacerle de menos? —dijo el amigote pegadizo que entendía por el apacible y sosegado nombre de don Tomás.

—No, porque no soy grande de España ni cosa alguna que me haga estar de continuo en las antecámaras de Palacio, pero si fuera de esta suerte, haría usted muy mal en decírmelo en son de chufla —respondió Ostolaza.

—Señores, es cuanto me quedaba que oír —exclamó el otro haciendo grandes aspavientos de admiración—. Es usted el caso más notable y peregrino que he visto en todos los días de mi vida.

Habían llegado a los jardines del *Tívoli*, y poco después ocupaban los cinco una mesa y cerraban contra cinco chocolates reforzados por sendos bollos de los reverendos Padres de Jesús…

V

PRÓLOGO DE BODAS REALES

Todo Madrid, y España entera, habían puesto su atención en el cuarto matrimonio que el *Deseado* monarca tendría que celebrar con la princesa napolitana María Cristina de Borbón, hija de los reyes de las Dos Sicilias.

Se prevenían fiestas y regocijos, y ya es sabido que Madrid es buena tierra para echar en ella simiente de bureo.

No había más conversación que la de las bodas; ante tan fausto acontecimiento quedaron olvidadas las rencillas políticas, la tiranía del gobierno y las arbitrariedades del monarca que gobernaba a su antojo y capricho, sin dárselo un bledo de que hubiese *Constitución*, a pesar de haber dicho poco antes aquellas falsas palabras, que resultaron un padrón de ignominia:

—«Marchemos todos, y yo el primero, por la senda constitucional…».

Los periódicos venían llenos de laudos y poesías epitalámicas que querían ser flores de ingenio arrojadas a los pies de la nueva reina, y no eran sino misérrima y triste hojarasca de servilismo tirada sobre el infame solio del monarca déspota, cruel y ruin.

La Corte se llenaba de forasteros, y las calles se engalanaban para recibir a la bellísima princesa que tendría que entrar en Madrid a celebrar sus bodas el 21 de diciembre de aquel año de 1829.

Ya era prólogo del espectáculo el salir a ver los arcos triunfales de las calles, con los inevitables tarjetones de don Juan Bautista de Arriaza, en los que su estro poético, que era admirable en la sátira y la burla, se ponía en bochornoso ridículo por querer adular a su amo.

Las fondas y mesones de Madrid se llenaban de huéspedes, para solaz de algunos e incomodidad de otros.

No hay que decir que la del *Caballo blanco* fue de las más favorecidas, de suerte que estaban, según el dicho vulgar, *como gallinas en banasta.*

Los retratos de Cristina, en malas litografías, corrían tan profusamente de mano en mano como en el día del *Corpus* las aleluyas finas.

Rara era la casa en donde no privaba como cuadro de honor la imagen de la reina bizarra.

Ciertamente que si el original correspondía al traslado, no le faltaba razón a Ostolaza para dudar de la pujanza del regio marido, ya muy asendereada para meterse con probabilidades de triunfo en trance de tanto empeño. Era muy poco hombre para tanta mujer, y remataba en tono cínico y maldiciente:

—¡Cuerpo de Dios!, qué mujer me pierdo por no ser ni siquiera portero de escalera en el Real Palacio…

***

Las mujeres se peinaron y vistieron a lo Cristina.

En las perfumerías se vendieron aguas, polvos y potingues bajo la advocación de la nueva soberana, y a más de las grotescas rimas del poetilla de cámara, salieron a la vergüenza pública innumerables poemas, en los que se cantaban las virtudes y excelencias de Cristina.

Mucha gente se trasladó al Real Sitio de Aranjuez para presenciar la entrada de la novia, y así todo el camino desde la Puerta de Atocha hasta los bellísimos vergeles que el Tajo baña, era como cauce de una populosa romería.

Alguno de nuestros amigos propuso seguir la misma huella, ya que el tiempo, a pesar de lo avanzado de la estación, convidaba a una jira campestre; pero el más sesudo de todos, que era el clérigo don Víctor, dijo que no había para qué tomarse esa impaciencia, pues que de allí a pocos días se haría la entrada en Madrid, y esta sobrepujaría con mucho a todo lo que acaeciese en Aranjuez, además que se exponían al retomar a la Corte a encontrar tomados los hospedajes, pues ya se sabía muy bien que los venteros, hospedadores y fondistas no *se casaban con nadie* tratando de hacer su agosto.

Y esta razón, más que otra alguna, fue la que les contuvo.

Prosiguió, pues, la buena amistad de todos, y al cabo de una semana eran como camaradas que llevasen tratándose muchos años.

Paseaban juntos todas las tardes, y juntos volvieron todos a ver *La pata de cabra*.

VI

OTRA VEZ LA DAMA DEL PRADO

Habían terminado de comer y se disponían a salir en seguida para ver los últimos preparativos que hacían los obreros de la villa y los dependientes del comercio para el recibimiento de los regios esposos, cuya gozosa fiesta se celebraría en la mañana siguiente a hora de las diez, cuando de una de las mesas, puestas en el centro del comedor, se alzó una hermosísima mujer y, tras ella, un caballerete.

Todas las miradas hicieron blanco en la bizarrísima hembra.

Naturalmente que de los primeros fue el irresistible don Gabriel de Ostolaza.

—Pero, calle —dijo—, si es la misma que vimos en el Prado las tardes pasadas.

Todos asintieron, menos el virtuoso don Víctor, que para no dar la más leve ocasión de triunfo al pecado mortal, tomó el breviario que había junto y buscó las páginas del rezo de la tarde.

Don Gabriel, don Joaquín, don Tomás y el sobrino de su tío se acomodaron bien en sus sillas para admirar a aquella soberana sin corona ni vasallos.

El *fru fru* de la rica seda de su falda era la marcha triunfal que loaba su hermosura.

El andar era tan gallardo como su persona.

A buen seguro que en la mañana siguiente no despertaría tanto entusiasmo y admiración la verdadera reina.

Sus hermosos ojos no parecían fijarse en nadie.

Caminaba altiva y severa como orgullosa de producir tan notable admiración.

Tras ella, indiferente y grave, marchaba el caballero, que más que esposo, marido o hermano, lo que quisiera ser, parecía paje, escudero, mayordomo o rodrigón.

No se sabe qué inspiró más, si lástima o envidia, pues ciertamente que era muy comprometido el ser dueño de tan valiosa joya.

Don Gabriel la miró cínicamente, como si quisiera clavarla con los ojos. Ella no hizo más demostración de la que con los demás admiradores había hecho.

Cuando la pareja desapareció por la angosta puertecilla que daba paso a los aposentos, dijo Ostolaza a sus camaradas:

—Cuando las cosas vienen rodadas… ¿Ha visto usted, don Joaquín?

—Vaya si he visto; qué niña. ¿Por qué no se me volverán así las pulgas de la cama?

—Porque no tiene usted gancho, amigo mío.

—¡Ah! ¿Y usted sí?

—Naturalmente. Pero ¿no ha visto usted qué graciosamente me ha desafiado con los ojos…?

El de Burgos, que en verdad había visto que la bizarra ni siquiera había pestañeado, no fue dueño de sí, y exclamó más que picado:

—Hombre, no sea usted ridículo…

Aún más se picó el otro con la repulsa del burgalés, al que replicó de esta suerte:

—Pues yo le juro a usted, como esta es luz y ahora mismo es la una de la tarde, que ha respondido a la mirada mía, y mañana me dirá usted si tengo razón o no.

—Vamos —continuó el otro—, va usted a hacerme creer que le ha dado pasión de ánimo y que va a venir a pedirle de rodillas que la libre de la opresión tirana de su marido, al uso de las nuevas novelas que nos vienen ahora de París, como los niños y las modas.

—Como esas y mejores las tengo yo tirando piedras por la calle, no más que con mirarlas de soslayo.

—Sabe, amigo, que su tema me va poniendo en cuidado; creí que era una manía inocente y veo que es una enfermedad; hágame caso y póngase en cura.

La discusión iba tomando bríos y ya de las mesas cercanas comenzaba la gente a darse cuenta.

Don Víctor, un poco avergonzado, lo hizo notar; los contendientes bajaron la voz.

Ostolaza, poniéndose algo pálido al ver que tan testarudamente había quien osaba dudar de sus prendas, dijo:

—Usted pone en duda lo que digo porque no me conoce, y yo en su caso haría lo mismo; no es ocasión ahora para convencerle de hacer balance de mis aventuras y desventuras; pero ha herido usted mi amor propio, y yo le aseguro a usted que esa mujer será mía antes de que acabe esta semana.

La petulancia y aparente seguridad de sí mismo con que hablaba don Gabriel no solo llevó nuevamente la sonrisa de la duda a los labios de don Joaquín, sino de los demás, viniendo a engrosar el grupo de los incrédulos otros dos caballeros de la mesa próxima.

Estos nuevos adversarios eran dos hombres de mediana edad, que per la riqueza de sus trajes sin duda alguna eran personas de viso; el uno de ellos vestía elegante frac azul con botones de oro, y la camisa, recargada de valiosas chorreras de encaje y almagreño, iba abrochada por riquísimos brillantes. El indumento del otro era una levita gris con esclavina, que también se abrochaba con botones de oro.

Se fijó en ellos Ostolaza y dijo:

—Me place, señores, que ustedes también sean testigos de esta discusión, porque así lo serán después de mi triunfo.

—Con mucho gusto —respondieran los aludidos.

—¿Han oído ustedes bien de lo que se trata?

—Perfectamente, y, con todo respeto, nos va usted a permitir que, como estos señores amigos suyos, dudemos del buen logro de sus propósitos.

Estas palabras eran una tea más arrojada a la hoguera en que ardía la loca vanidad del gaditano.

—Bien está —exclamó este—; mucho se ha divagado ya en vano; como tengo bastante confianza en mí, vamos, si ustedes gustan, a hablar en serio. Vale la pena.

—Veamos hasta qué punto puede llevarse esta conversación al terreno de la seriedad.

—Todo es relativo en la vida, ¡y lo más trivial puede formalizarse.

—Hable usted.

—De los que nos hallamos aquí, todos, a mi juicio, somos gente de buen pasar. Vamos a jugarnos una cantidad respetable a que esa mujer es mía antes de pasado mañana.

—Tiene usted ganas de perder el dinero, querido amigo —dijo el hidalgo burgalés—; por mi parte no tengo inconveniente, y le apuesto a usted veinte onzas.

—Van contra otras veinte; y para que juzgue usted si tendré absoluta confianza en mí, doblo la apuesta.

—Que acepto yo —dijo don Tomás.

—Y yo —dijeron los dos caballeros, que se habían acercado últimamente.

—Van, pues, jugadas ciento ochenta onzas sobre la virtud de una dama que probablemente será honesta.

—¿Quién es el depositario? —preguntó Medina—; ¿el dueño de la fonda?

—Yo, si vale mi opinión—dijo Ostolaza—, no creo que debe ser así; al fin y al cabo, se trata de gente que, como nosotros, le deja al hombre su ganancia, y, por lo tanto, no le está bien complicarle en una cosa que, de saberlo el marido, le pudiera costar caro.

—Ciertamente —apoyaron todos, y continuó don Gabriel:

—Me parece que sin salir del corro hay en él persona de autoridad bastante y digna de nuestros respetos que puede tomar a su cargo el empleo de ser depositario. Habrán ustedes comprendido sobradamente que la persona a quien me refiero no es otro que el virtuoso sacerdote don Víctor Damián; ¿quién mejor que él, que guarda las conciencias, sabrá guardar nuestro dinero?

El cura, que tal oyó, aunque muy absorto estaba en la lectura de sus devociones sin querer mezclarse desde el principio en aquella charla mundana, protestó vivamente:

—Señores, conmigo no cuenten para eso, y además les suplico que dejen ya ese empeño. Hasta aquí tenía entendido que no era ello más de vana palabrería con que se distraía la sobremesa; pero ya veo que este bueno de Ostolaza lleva las cosas más allá de su justo medio, y yo no lo puedo tolerar con mi presencia, y no es que yo me asuste; pero si al fin estuviéramos solos…

—Bien, señor don Víctor, déjese ahora de prediques, que no se trata de esto —le dijo el gaditano—, sino que, como amigo, se despoje de su carácter sacerdotal, en el que está muy bien y yo le elevo no menos que el arzobispo de Toledo, y por amigo se sirva

guardarnos unas horas ese dinerillo a cada uno, hasta tanto que unos u otros vengamos por él.

—De ninguna manera —protestó amablemente el clérigo—, y siento que sea este el primer favor que me piden ustedes. Busquen otra persona; yo no puedo, no puedo ser agente (siquiera sea pasivo) de la propagación del pecado. Si fuese para el bien, para atender a la caridad de tantos pobrecitos de Dios como hay en el mundo, nada hubieran tenido que pedirme; yo mismo les hubiera rogado de rodillas que me honraran con esta confianza.

—Vaya, todo se arregla si me autorizan estos señores. Aquí lo de menos es el dinero que va a cruzarse, sino la ocasión por que se cruza. Esas onzas, ya que según sus escrúpulos tienen por base el pecado, no le van a tener por cima. Nadie se va a lucrar con la ganancia; se la dejamos a usted para que la distribuya en los hospitales, casas de caridad o familias pobres, ¿conformes?

Don Joaquín, don Tomás y los otros dos dudaron un poco; pero antes de que dijesen palabra habló don Víctor:

—Siendo así, para beneficio de los desgraciados, conforme, y Dios en su día me lo tome en cuenta, si por ser apóstol de su divina religión hice mal.

Los otros asintieron, más que por verdadera conformidad a renunciar a la ganancia, por no hacer de menos a un ministro del Señor, que llevaba en el rostro la paz de los cuatro evangelistas.

—Conformes —dijeron los vecinos de mesa—. Pero con la condición de que tiene que ser en el plazo improrrogable de cuarenta y ocho horas.

—Exactamente. Antes de ese tiempo habrán perdido ustedes su dinero.

—Allá veremos.

—Subamos a nuestras habitaciones y quedará hecho ahora mismo el depósito.

Tomaron el último sorbo de café, se alzaron de las sillas y subieron a cumplir este menester.

VII

MIENTRAS COMIENZA LA APUESTA

En toda aquella tarde no volvió a verse al terror de Cádiz, como ya en son de mofa llamaban a Ostolaza sus adversarios.

A poco de haber dejado sus flamantes onzas depositadas en manos del clérigo, no sin librarse de que después de recibirlas les hiciera este un notable discurso moral de mucha salud para el alma y no menos tranquilidad para el cuerpo, se sintió en la puerta que ocupaba la hermosa dama la voz de su acompañante, que preguntaba:

—Matilde, ¿estás ya? Date prisa, que ya ha venido la carretela. Abajo te espero.

Ostolaza, que tal oyó, se fue para comenzar el asedio aquella misma tarde.

Su propósito era tomar un *simón* y seguir tenazmente a la feliz pareja.

Don Víctor dijo que tenía que hacer unas visitas imprescindibles para la mejor colocación del dinero, y así don Joaquín de Medina, don Tomás y los dos nuevos amigos se fueron a pasear la Corte y a poner en *berlina* el pretensioso enamorador.

La esperanza de la gran fiesta que tendría que celebrarse en la mañana siguiente, presto les borró de la memoria a la dama, a don Joaquín y aun a las mismas onzas, a pesar de ser todas nuevas, recién acuñadas.

Quisieron tener la pueril vanidad de pasar ellos antes que los reyes por bajo de los arcos de madera y papel con que la villa de Madrid les ofrendaba, y comenzando por el de la Puerta del Sol, no perdonaron ninguno hasta dar en el primero que se alzaba en Atocha.

Aquí quedaron pasmados, no tanto por el *buen gusto* artístico que imprimiera al arco don Francisco Xavier de Mariátegui, como la lozana inspiración del inevitable poeta circunstancial don Juan Bautista de Arriaza.

Ciertamente que aquellas leyendas eran para quedar perpetuamente esculpidas en piedra.

En la parte que miraba al Paseo del Prado decía:

«Del astro nuevo ante los rayos de oro
la Paz enfrena a las civiles furias;
la abundancia promete su tesoro
y la fecundidad, príncipe a Asturias».

En la fachada que miraba al campo brillaba esta joya poética, ejemplo admirable mientras haya poetas en el mundo:

«Cristina llega; el público entusiasmo
aclama de su rey la dulce esposa;
mas ¡ay!, los ojos gozan de otro pasmo:
la buscan reina y se la encuentran diosa».

***

Después de que hubieron satisfecho su dicha puerilidad, de la que, como personas de buen rusto, salieron un poco avergonzados, puesto que en la *fábrica* dé los famosos arcos estuvieron de acuerdo la estulticia de los arquitectos y la pedantería del poeta oficial, tornaron al Paseo del Prado por si hallaban al gavilán tras la paloma.

Más de tres veces anduvieron el amplio salón y no los hallaron.

—Sin duda no habrá venido —pensaban—, o se habrán metido en el *Tívoli*.

Estuvieron para ir, pero hallaron otros amigos, y cuando quisieron recordar se hizo de noche, conque fue preciso que se separaran, pues que pensaban acudir a la función de fuegos de artificio en la Puerta de Atocha.

Llegaron muy a tiempo, y en verdad que hubieran sentido harto perder un solo número, pues el programa era sugestivo; de los que solo se ven en las grandes solemnidades.

El más joven de los dos amigos que a última hora se mezclaron en la apuesta, explicaba a los otros el orden del espectáculo y no parecía sino que le iba leyendo.

—Primero se despedirán sesenta voladores reales, doce torbellinos o salamandras, que girando sobre un eje harán su ascensión formando una columna de fuego chinesco.

Un obús de seis pulgadas de diámetro disparará alternativamente seis granadas, una de las cuales despedirá seiscientas luces y otras formarán una abundante lluvia de fuego.

Dos coronas, que después de varias mudanzas brillantes se dividirán en tres partes, para convertirse en dos obeliscos chinescos.

Un gran pabellón, también chinesco, que formará cinco arcos magníficos, en cuyo centro brillará una gran barandilla y encima la grande estrella del Norte.

Lo más bonito era la segunda parte. Sin duda no se había visto otro prodigio desde que hay pólvora en el mundo.

Vista de una fortaleza, en la que al sonar de los clarines y cajas se pondrán la tropa sobre las armas, distinguiéndose en la ciudadela cuarenta o cincuenta hombres. Se irán aproximando los navíos de guerra con tres fragatas, haciendo al fuerte señales para que se rinda, y no queriendo, se iniciará el combate.

Se iluminará a un tiempo toda la muralla; los seis buques harán fuego por todas partes, y la tropa del castillo con la del desembarco. El fuego constará de mil quinientos tiros de fusil, saliendo de cada cañón una bala blanca del tamaño de una manzana, cediendo el triunfo al fuerte, cuyo comandanta español mandará poner en señal de victoria la bandera real, a cuyo momento la ciudad y el muro se transformarán en un hermoso templo de la unión, de treinta pies de elevación y sesenta de longitud, con todos sus correspondientes adornos…[1].

La fiesta correspondió en todo a los entusiasmos y buena voluntad de la gente, que hasta que no vio en magníficos colores de fuego las efigies de los regios esposos, dándose la mano, con lo que llegó a todo su apogeo el entusiasmo popular, no tuvo a bien marcharse en busca de la cena.

Nuestros amigos se fueron camino de su posada, y fue su primer cuidado informarse de cómo iban las jornadas de la apuesta.

Aún no había llegado ninguno.

Don Gabriel, sin duda acuciaba tan de cerca a *su víctima*, que no la dejaba respirar.

Don Víctor andaría muy atareado por hospitales y casas de misericordia.

Andresillo, el sobrino, estaría viendo por vigésima vez *La pata de cabra.*

Lo más acertado, puesto que el paseo les había despertado muy bien el apetito, era esperarles cenando.

Y así lo hicieron.

[1] Es copia del programa de fiestas de 13 de diciembre de 1829.

VIII

EL RESULTADO DE LA APUESTA

Durante la cena fue toda la charla empleada en hacer glosa y comentario de la apuesta.

Ostolaza era un buen muchacho, de notable distinción y peligrosamente simpático; no tenía más defecto que aquel condenado tema de creerse irresistible con el bello sexo y el pensar que todas las mujeres eran fáciles; fuera de esto, en lo poco que llevaban cultivando su amistad, una bellísima persona en toda la extensión de la palabra.

Casi estaban arrepentidos de la apuesta, porque tenían la seguridad de ganarla.

Aquella arrogante mujer era mucha hembra para conquistarla en tan corto plazo; no dirían que con tiempo por delante pudiera conseguirse, pero *llegar* y *besarla durmiendo*, como dice el adagio, solo podía pensarlo un hombre tan jactancioso como el lechuguino gaditano.

Por cierto que no habían vuelto a ver al matrimonio.

No tenía nada de extraño; todo Madrid fiestas y bureo, andarían aprovechándose, que como parecían gente de dinero y ambos eran jóvenes, tendrían lindo humor.

Quizás fueran al teatro del Príncipe y hubiesen comido antes, porque la función comenzaba a las ocho y media en punto, y acaso Ostalaza se fue tras la huella. Justo. No podría ser de otra manera.

El mozo se acercó a servir otro plato.

Don Joaquín de Medina le preguntó:

—Dígame. ¿Esa señora guapa y el caballero que comieron esta mañana en aquella mesa no vinieron aún?

—Sí, y se han marchado también.

—Al teatro, sin duda; por eso cenaron antes.

—No, señor, fuera de Madrid; recogieron sus equipajes, que por cierto no era más de un saquito de mano, y salieron en la posta de Andalucía.

—Hemos ganado la apuesta —exclamaron, llenos de júbilo, los otros—. ¡Pobre don Juan, que la derrota ha tenido!

—Calma, señores, calma —aconsejó burlonamente don Joaquín—; quizás a nuestro amigo le haya sobrado tiempo, y a estas horas tenga escrito otro nombre más en la lista de sus víctimas. No estando aquí ella, no tardará en venir.

—No ensañarse con el vencido, que no es de almas cristianas —dijo don Tomás.

—¿Hablan ustedes del señor Ostolaza? —preguntó el mozo.

—Sí —le respondieron.

—Se fue también.

—¿Que se marchó? —preguntaron todos a coro.

—Sí, señores, en la misma posta —tornó a responder el fámulo.

—No —protestaron—, no, no entra en lo apostado; la cosa ha de ser en Madrid y con la brevedad que a él mismo le pareció bien marcarse.

—Acaso haya ido nada más que hasta Aranjuez —dijo el más joven—; como allá está estos días medio Madrid para ver a la reina nueva…

Mas el mozo, implacable, también les echó por tierra esta suposición.

—No, señores; las boletas que todos tomaron en *La Peninsular*, según dijo el sobrino de don Víctor, eran para Granada.

—Pero don Víctor…

—También partió, y el señorito Andrés. Y, a la cuenta, llevaban mucha prisa, porque aunque tenían tiempo sobrado, ni aun quisieron esperarse a merendar.

—¡Maldición! —exclamaron los tres a coro.

—¿Pues qué les pasa? —inquirió el mozo.

—Que somos unos idiotas —respondió el burgalés—, pues nos hemos dejado timar como tres *pardillos*. Todos esos sujetos son una cuadrilla de bandoleros, y don Víctor el capitán de ellos.

—¡Ah!, ¿luego ustedes fueron los que apostaron, con el señor Ostolaza, por la conquista de la señora guapa e hicieron al cura depositario de la cantidad?

—Así fue, amable camarero.

—Pues, señores, con su permiso, pienso que no hay sino conformarse sin ir con el cuento a la Policía, porque atareada con esto de las bodas reales no tendrá tiempo que perder en buscarles su dinero, ni echar la zarpa a los bellacos. De más que con un poco de buena voluntad pueden ustedes dar la apuesta por perdida legalmente.

—¿Cómo?

—Ustedes, ¿no apostaron por la conquista de una mujer?

—Sí.

—Pues perdieron, porque ya era suya, y pienso que también de los otros dos bigardos, el que aparecía como esposo y el que las daba de clérigo, pero es que además de esta, que no entra en la cuestión, aquí en secreto para nosotros, logró a la sobrina del fondista.

—Esa rubita tan linda, tan espiritual.

—¡Quién lo pensara! Tan difícil la juzgaba yo como a la otra.

—Pues hagan cuenta que apostaron por ella, y así se les quitará el mal sabor del timo…

La filosofía era terminante y consoladora, y como no les quedaba otro remedio, la aceptaron por buena, pero no pudieron borrar en todos los días de su vida la *piadosa* jugarreta del clérigo que vino a Madrid con pasaporte especial para ver *La pata de cabra*.

La espada del Duque de Alba

1921

DELANTAL DE ESTA PATRANA

Yo, amigo lector, aunque muy devoto de los pasados tiempos y gran reverenciador de los resabios que de ellos nos quedan, quiero decir objetos y papeles que se miran como auténticos testigos, siempre que me hablan de algún hallazgo remoto lo pongo en cuarentena, y más si se dice que ha pertenecido a persona notable que ha logrado los privilegios de la celebridad.

Y es que con las reliquias de la Historia suele acaecer lo mismo que con las de la Religión: se lleva uno cada chasco que acaba por perder la fe.

¿En qué Museo provincial no habrá una espada de Carlomagno, una sandalia de Atila o un cetro de Ervigio? Y aún está por alzarse la catedral en que no se venere una astilla del sagrado madero, uno de los clavos que traspasaron los pies de Jesús y una espina de la corona que le ciñeron en el suplicio.

Si un día se ordenara una recogida general de objetos divinos y profanos, se tendría en conocimiento de que el monarca galo tuvo más espadas que una baraja; que Atila disfrutó una zapatería más importante que cuantas dan vida y fama a Mallorca y Almansa, y que Ervigio usó un atributo de la realeza cada día; con las astillas de. la Cruz podría formarse un bosque de muy distintas maderas, y con la clavazón poner un nuevo Rastro.

Cada vez que alguien me dice: «Venga usted por casa, verá usted qué autógrafo más curioso tengo de…» (aquí el nombre de un poeta insigne que haya pasado a los reinos de la inmortalidad), hago como que me dejo seducir, y hasta acudo a la amable invitación, pero no me trago el *paquete*, como suele decirse.

El autógrafo que el amigo cree que es de un bienaventurado de nuestro Parnaso, suele ser de un Juan Particular que disfruta la rara coincidencia de tener el mismo nombre que el escritor ilustre que dejó su fama esparcida por el mundo.

Si en vez de un escrito es una prenda de vestir, un bastón, una venera, unos guantes, puede acontecer muy bien que no haya habido cosa tan distante del insigne difunto a quien marcan por dueño.

En fin, yo he tenido en mis pecadoras manos las primitivas antiparras verdes de D. Francisco de Quevedo y el bastón predilecto de *Fígaro*; con documentos irrefutables, se me ha probado que estas dos reliquias eran auténticas, y aún me queda en mi interior cierto remosquillo de incredulidad, no por las personas que en la actualidad son conservadoras de tales prendas, sino porque temo que hayan sorprendido su buena fe, y los espejuelos del señor de la Torre de Juan Abad sean unos cristales viejos y unos hierros mohosos que hayan cabalgado en las corvas narices de un tendero de la calle de Postas, y que el flamante bastoncillo de Larra sea el junco de cualquier niño *bien* que reparte sus ocios entre *Maxim's* y el Tiro de Pichón.

Y como refuerzo de esta desconfianza, desesperante y antipática, me acuerdo a cada momento de cierta chistosa patraña que oí referir a un gran sabidor de viejos acaecimientos.

Ella remacha muy bien mis dudas acerca de la existencia de todo objeto por el que haya pasado más de una generación.

Aunque no con la donosura y gracia que a mí me la refirieron, porque el cronista en cuestión era un gran conversador, quiero trasladártela, si me das licencia, porque puede que, además de entretenerte un buen rato, haciendo con ello que te olvides de pesadumbres y sinsabores, y que no te amarguen el gusto los copiosos bandos del divertido señor Director general de Policía, te ponga en guardia contra los camelos más o menos históricos que cada día salen al paso de incautos y bien intencionados fanáticos del tiempo viejo.

Mucha razón tenía el ilustre poeta de las humoradas al decir: «Viendo cómo se va tejiendo la historia moderna, no creo nada en la antigua».

Y ya que te dije cómo y por qué traigo a cuento la patraña que después sigue, amigo lector, sigue leyendo, y Dios te guarde…

I

Don Gil de Avendaño, rico mayorazgo de la ciudad de Valladolid, donde era bienquisto por su pingüe fortuna y obras bienhechoras en beneficio de los pobres y desvalidos, pues a su cargo corría la fundación y sostenimiento de un santo hospital, hacía más de dos meses que asistía en la Corte para terminar los últimos capítulos de su noviazgo, que deberían amanecer en boda, con una rica y lindísima madrileña.

Como por el entonces, a fin de evitar la despoblación de las villas y lugares, cuyos señores abandonaban su cuido para holgarse en Madrid, dio el Rey una pragmática prohibiendo la estancia de forasteros por más de dos meses, el señor don Gil, mientras lograba la solución de su negocio, procuró no desaprovechar el tiempo, dando gusto a su afición coleccionista de objetos, armas y libros antiguos.

Cuatro grandes estancias tenía tomadas en la mejor posada de Madrid, que era una que había en la calle del Príncipe, muy cerca del corral de las comedias, y las cuatro parecían, más que habitaciones de un caballero galán, almacenes de un anticuario.

Allí había libros de los primeros que se imprimieron en España. Entre ellos, aquel famoso de los Gozos de Nuestra Señora, con la que la insigne ciudad de Valencia hizo su primera pleitesía a la prodigiosa invención de Gutenberg.

Sobre la mesa, junto a la cama, tenía muy bien conservado, por cierto, un bello ejemplar de aquel famoso *Libro de diversas trovas* que Cristóbal de Castillejo compuso para el Conde, su señor.

Pendiente de una de las columnas de la cama, había un rosario de ébano engarzado en plata, que don Gil decía haber pertenecido a San Francisco de Borja. Más allá, a los pies de un primoroso crucifijo de marfil, que Avendaño había adquirido porque le aseguraron haber presidido el oratorio del Cardenal Ximénez de Cisneros, había una ancha cinta de seda negra que cubrió los ojos del caballero Montigne cuando, por la siniestra política de Felipe II, fue degollado secretamente en el Alcázar de Segovia.

Ya le conocían todos los chamarileros de Madrid, y así por las mañanas solía parecer el zaguán de la posada el atrio de algún templo privilegiado donde se sacaba ánima de pena y se ganaran indulgencias.

Los amigos de su merced, que tenía muchos por el imán de su simpatía y los milagros de su liberalidad, también solían obsequiarle con presentes por el estilo, aunque luego se

burlaran de él despiadadamente cuando conocieron que su afán era más monomanía que erudición, pues que más de una vez trocaba épocas y personajes como si fueran figuras de baraja.

II

Amaneció con todo esplendor aquel día del Corpus de 1623.

Nuestro don Gil se despertó al incesante voltear de campanas de las cuatro iglesias que tenía en la vecindad: la de San Sebastián, el Monasterio de Santa Ana, la Victoria y la Compañía.

Si hubiese tenido más sueño y sido menos devoto, se pudiera haber adelantado más de un siglo a D. Tomás de Iriarte, cuando dijo en sonoros ripios, movido por el concierto campanil:

«¡Oh, campanas, si con vos
cargara el diablo a dos manos,
que matáis a los cristianos
en son de alabar a Dios!».

Pero era nuestro hombre católico a macha martillo, y así, incorporándose en el mullido lecho, pidió de vestir.

Le trajo *Caniqui*, su lacayo, una amplia bata de seda, y mientras se la ayudaba a poner, le dio razón de que esperaba el peluquero y de que el zapatero no tardaría en llegar, ya que desde la noche anterior estaba avisado para las nueve, y ya habían dado los tres cuartos para dicha hora.

Los elegantes de entonces, más presumidos y mirados que los de ahora, no estaban en disposición de salir de los umbrales de su casa si antes no pasaban por una legión de manos mercenarias que les daban una segunda naturaleza, según los aderezos, perfumes, pomadas y cintas que les echaban encima.

Te hago gracia, lector, de los sobos y torturas que pasó Avendaño hasta verse en disposición de acudir a buscar a su prometida, que le esperaba para presenciar desde los

balcones de su casa la procesión del Corpus, que prometía ser la más famosa de cuantas se vieron hasta entonces en la Villa y Corte de Madrid.

Teníamos como huésped al protestante Príncipe de Gales, que también, como don Gil, había venido a matrimoniar con la Infanta María Teresa; y Felipe IV, para mostrarle cuán equivocado estaba en sus creencias, y para confundirle, quiso hacer un alarde de inmensa religiosidad.

***

La mansión de amor del caballero provinciano estaba en la parte de la calle Mayor que llaman la Platería.

Ya hacía rato que la bella enamorada esperaba tras los cristales del balcón principal, y así de como le viera llegar, se alegró mucho más que del espectáculo que estaba a punto de pasar ante sus ojos.

No solo por la hermosa Clara Eugenia fue bien recibido su merced, pero de los padres de ella y deudos y parientes, que todos le tenían en muy alta estima, si no era un cierto primito de la dama, que por ella bebía los vientos y no lograba más de sofiones y desvíos.

Este le saludó por cumplir, y por no verle, se fue a ruar a pie.

***

Sonaron clarines y atabales, y la gente se puso en orden para presenciar el paso de la devota cabalgata.

Bien puede tenerse por seguro que Madrid entero estaba en las calles y en los balcones del tránsito.

Las casas de linaje estaban colgadas con valiosísimos tapices, y tanto los señores como la servidumbre hacían notable alarde de riqueza en trajes y libreas.

Acaso a los ejércitos empleados en la conquista de reinos para la Corona de España, se les debiera la soldada de años enteros y tuviesen que recurrir al merodeo y a la pecorea, si no querían hacer penitencia forzosa; mas para las fiestas cortesanas y estas otras en que, celebrando los triunfos de la Religión, poníamos un escabel para escalar la gloria eterna, nunca faltaba oro a manos llenas, ni sedas y brocados con que vestirse suntuosamente.

La procesión se formó, como de costumbre, en la iglesia de Santa María la Real de la Almudena.

Según el ceremonial, llegada que fue la hora que Su Majestad tuvo a bien señalar, se reunieron en el templo todos los Consejos, ocupando cada uno una capilla.

Al ofertorio de la misa, que se celebró de pontifical por el Patriarca de las Indias, entregaron al Monarca y al Príncipe de Asturias (que a la sazón lo era don Baltasar Carlos, que se malogró en Zaragoza) las velas de ritual.

Después de que fue acabado el santo sacrificio, se organizó la comitiva en esta forma:

Abrían marcha clarines y atabales; seguían los niños desamparados cantando aquella loa de Lope de Vega que dice:

«Pascual, ¿no me diréis vos
aquesto blanco qué sea,
que a mí me parece oblea
y el cura dice que es Dios?».

Los de la *doctrina*, que soplando unos bucarillos llenos de agua, imitaban el gorjeo de los pájaros; detrás, los pendones y cruces de las innumerables parroquias de Madrid; los hermanos de los Hospitales General y de Antón Martín, y las infinitas Comunidades religiosas que tiene menester toda república cristiana para guía de su salvación; luego, las cruces de la Almudena y la del Hospital General; la clerecía y las Ordenes Militares con los mantos de Capítulo.

En la parte derecha, los Consejos de Indias, de Aragón, de Portugal y el Supremo de Castilla; en la izquierda, los de Hacienda, el de las Órdenes, la Inquisición y de Italia; a continuación, veinticuatro sacerdotes, revestidos; la Capilla Real, con su guion; tres caperos, el de en medio con báculo; el Arzobispo de Santiago, de pontifical; los pajes de Su Majestad, con hachas encendidas; las andas del Santísimo; el Consejo en pleno, con el palio; el Rey y el Príncipe, con los atributos de su alta jerarquía; un poco detrás, los Cardenales Spínola y Zapata; el Nuncio y el Obispo de Pamplona; el Inquisidor general; el Patriarca de las Indias; los Embajadores de Francia, Venecia, Inglaterra y Alemania.

El conde-duque de Olivares, los *grandes* de servicio, los títulos más importantes del reino, las guardias española y tudesca y la tropa de archeros.

Valían por amenizadores profanos del devoto paseo los gigantones y la *gigantilla*, de cuerpo pequeño y desmesurada cabeza, a los que el vulgo llamaba hijos de *vecino*, y, rodeados de muchachos, caminaban haciendo grotescas contorsiones en la vanguardia de la procesión.

No faltaba la *gentecilla* de poca vergüenza, que así decían a unos cuantos bigardos vestidos de absurda manera, que, al alegre tañer de tamboriles y castañuelas, hacían mudanzas y figuras de mucho regocijo.

Pero nada despertaba tan grande curiosidad como la aparición de *La Tarasca*, símbolo del demonio Leviatán, cuyo mecanismo estaba compuesto de tal suerte que, alargando la monstruosa cabeza, quitaba los sombreros a sus más cercanos admiradores, tragándolos como si fuesen muy provechoso alimento.

Sobre el grotesco monstruo iba una mujer de arrogante figura, ataviada con chillonas galas, que eran patrón de la moda femenina durante el verano.

Después de que toda esta mescolanza religiosa y profana llegó ante Palacio, para que el Príncipe inglés admirara nuestra abigarrada devoción, se tomó la vuelta al punto de partida, que fue subiendo hacia la iglesia de San Juan; siguió hacia la Puerta de Guadalajara, y desde allí, bajando por las Platerías y calle Real de la Almudena, entró en el templo.

Entonces, el Rey y el Príncipe tomaron la carroza y tornaron al Alcázar, escoltados por la guardia española y flamenca.

Pasado que hubo todo el religioso bullicio, se desparramó la gente en busca de la olla nacional, pues que en la tarde habría de buscar nuevo divertimiento con la representación de los Carros del Corpus, cosa que era un punto más agradable a nuestros antepasados que la misma procesión en que hacía su carrera triunfal Jesús Sacramentado.

***

Comenzaban los enamorados a tejer proyectos para la tarde, cuando, sin saber por qué causa, sufrió la moza un desvanecimiento, que, de no estar junto su don Gil, hubiese dado en el suelo con su bella humanidad.

La trasladaron a su aposento y, de puro acongojado, quedó el novio con el alma en la boca, esperando que le dieran noticias de su muerte, pero no fue en tan trágica manera,

porque salió la madre, doña María Ignacia, diciendo que aquellos ahogos solía padecer su hija cuando hacía tanto calor, como entonces; que con quedarse en casa una tarde, al día siguiente no habría ni memoria del accidente.

—Así, pues, señor don Gil —le dijo al hidalgo—, se nublaron por esta tarde los *carros*.

Besó respetuosamente la mano de la dama y se fue el hombre, bastante mohíno, hacia su posada, e iba haciendo propósito de no salir en toda la tarde en honor a la forzada reclusión de su doña Clara Eugenia. Se pasaría todo el tiempo escribiéndole una carta extensísima en la que haría relación de todo el pesar de la ausencia y rendiría nuevo homenaje a tan encendido y sincero amor, que le había traído desde los pelados márgenes del Esgueva a las frondosas y alegres del Manzanares.

Y aun haría lo que hasta entonces no se había atrevido, que era hilvanar un soneto a la moda, en que dijera que aquel ahogo, que, sin duda, había tenido efecto por la dura presión del justillo, lo sentía él en el corazón por la recia tirantez del arco de Cupido.

III

Cuando entró en su aposento, *Caniqui*, el mozo, le entregó una espada vieja y un pliego nuevo.

De mala gana rasgó el sobrescrito del papel, y se halló con que decía de esta suerte:

«Señor don Gil de Avendaño:

Sabiendo, amigo y señor mío, el alto aprecio que vuesamerced acostumbra a hacer de las prendas históricas, que tiene su aposento trocado en museo de cosas notables, unas por su cierto valor artístico y otras por haber pertenecido a insignes dueños, que los más de los tales señores tienen grabado su nombre con letras de oro en los respetables folios de la Historia, no tengo empacho alguno en desprenderme de tan preciadísima joya como esta espada que tengo el gusto y el honor de enviarle y que perteneció en sus días a mi ilustre allegado el famoso don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, espejo de insignes militares, columna mayor de la Monarquía de Felipe II y azote de herejes.

Con el alma y la vida la pongo en las manos de vuesamerced, sabiendo que más honrada ha de estar en ellas que no en las mías, que, en verdad, y aunque no me esté bien el confesarlo, no saben hacer justo aprecio de antiguallas, y no es esto tanto como decir que las menosprecio.

No haga, pues, señor don Gil, escrúpulo de cortesía, ni piense en la niñería de devolvérmela, pues desde ahora le digo que lo tomaré a desaire.

Dios guarde a vuesamerced como deseo que lo haga con este humilde servidor que le estima en lo mucho que vale,

Don Pedro de Mendoza y Toledo».

***

Como por encanto, se le borró la amatoria pesadumbre que tan melancólico le traía.

Miró la espada, remiró el papel y en menos de un cuarto de hora entiendo que lo leyó ocho veces.

Bien puede decirse por cosa cierta que no la trocara por aquella inmortal de Horacio a los Pisones, ni por cuantas epístolas famosas se han escrito desde que la Humanidad sabe escribir.

Dobló luego el plieguezuelo por sus primitivos dobleces y, dejándolo aparte en la amplia mesa, tomó la *reliquia* a que el papel hacía referencia.

La cogió delicadamente, como si fuese una cosa viva y frágil.

Acarició la guarnición con el mismo cariño y voluptuosidad que pudiera acariciar la despeinada cabellera de una mujer hermosa, y pasó la siniestra mano a lo largo de la recia hoja.

Apoyó la punta en el suelo y probó la flexibilidad de su temple. Intenciones tuvo de hacer con ella unos cuantos molinetes y aun simular un par de mandobles, como los que, sin duda, hubo de asestar en Flandes y en Italia su primitivo dueño, pero el respeto que la inestimable reliquia merecía, le contuvo.

Tornó a dejarla sobre la mesa y por otro buen espacio la estuvo contemplando con extática arrobación. Poco le faltó para que sus rodillas no se doblaran y se hincaran en el suelo en religioso homenaje.

Y era lo cierto que el histórico acero no mostraba por sí aquella grandeza de que le había ungido la mano de aquel invicto caudillo. Estaba toda mohosa y no muy bien conservada; la hoja tenía algunas huellas que, con otras pocas más igualadas, la harían parecer sierra de un carpintero; los hierros de la guarnición estaban torcidos, como magullados por los golpes; de los dos gavilanes, le faltaba uno.

Pero esto, sin duda de ninguna especie, contribuía a reforzar el prestigio de la joya.

Si de algo le pesaba era del sucio abandono, pues se le alcanzaba muy bien que en vida del señor duque de Alba, que era persona limpia y cuidadosa, a pesar de ser hombre de guerra, no había de mostrar tanta incuria; antes bien, estaría bruñida su hoja para que mejor en ella se quebraran los dorados rayos del sol, y la guarnición estaría pulida de continuo por la caricia del guante de su excelencia.

Todo aquel orín y aquella mugre la habían puesto el vaho del tiempo y el descuido de los que hasta entonces habían gozado, con poco respeto, la posesión de tan histórico tesoro.

Esto para nada quería conservarlo.

Él le pondría, hasta donde le fuera posible, tal y como estuvo por última vez bajo la diestra del insigne caudillo.

Y no queriendo dejarlo para más tarde, luego puso manos a la obra.

Con lija fina de esmeril y aceite la fue tornando a su primitiva grandeza. La obra no fue nada fácil ni de corta duración, porque no parecía que hubiera pasado solo un puñado de años por aquel glorioso hierro, sino tantos siglos como cuentan las Pirámides de Egipto y las Ruinas de Itálica.

Después de que el arma quedó limpia de toda suciedad y horra de todo abandono, anduvo buscando la marca del maestro que la forjara, pero no la halló en toda la hoja; algo le descorazonó esto, pues se resistía a creer que tan preciada pieza pudiera ser inclusera. Mas le acudió a la mente que de esa suerte suele acaecer con mucha frecuencia en la vida humana; personas hay que alcanzan un alto puesto y vienen de la más humilde pobreza, muchas de una casa de misericordia y algunas, como el Condestable don Álvaro, que fue único dueño y señor de Castilla y su Monarquía, mecieron su cuna en las deshonestas salas de una manfla.

En estas admiraciones, se le pasó muy bien la hora de comer, y daban las dos de la tarde cuando *Caniqui* le recordó que había olvidado tan necesarísimo menester, y se apresuró a cumplirlo.

Mientras comía, tuvo (a mi juicio) un mal pensamiento; en su afán de no separarse de la reliquia y darse el placer de mostrarla a todo el mundo, la llevaría consigo.

Esto quiere decir que se le habían esfumado como el humo aquellas murrias amatorias, y para nada se acordaba de lo que prometiera a la gentilísima doña Clara.

Lleve el diablo la intención que de la carta quedaba y aun menos del alambicado y cultísimo soneto que se proponía escribir.

Cuando hizo este voto no contaba con la sorpresa del venerable presente.

Comió de prisa y mal, pues siendo como era día de vigilia, no miró que todos los platos fueron de carne, y cuando dio una blanca para que fuese el paje por unas

almendrillas tostadas, que tenía por costumbre poner de contera al almuerzo, no le pidió las vueltas, de lo que se alegró el muchacho, muy silenciosamente, para que su amo no echara en cuenta el olvido.

Se levantó de la mesa, pidió capa y sombrero, sustituyó su pulido estoque de Corte por el del duque, mandó a *Caniqui* que le siguiera y salió de la posada con más viento en la cabeza que el que es necesario para bogar un navío de tres puentes.

IV

Nunca con más empaque y brío paseó por las calles de la Villa don Gil de Avendaño, aunque, si vale decir verdad, no empuñaba la joya con la misma seguridad y descuido que el estoque que usaba a diario; antes tenía mucho cuidado con que no sufriera encontronazos, y si cruzaba ante alguno que tuviese fama de *gallina*, se apartaba para no contaminar la preciada reliquia.

No dejó de asistir al *mentidero* de las *Gradas*, porque, por ser Bolsa de los sucesos dentro y fuera de la Monarquía, sería el primer lugar donde sabrían apreciar en todo su histórico valor el inestimable presente que le hiciera don Pedro de Mendoza.

No más hizo que levantar la cabeza, cuando se vio rodeado de más devotos que padre misionero. Todos se hacían cruces mirando la famosa espada; tal había que palpaba la hoja como si fuese prenda de algún bienaventurado que asentaba a la diestra de Dios Padre.

Algunos de aquellos veteranos que asistieron a las campañas de Italia y Flandes la tomaron a pulso, y, teniéndola cogida, hizo otro nuevo discurso de las armas, sin acordarse de las letras para cosa de honra, que malos años eran para aquel famoso que pronunciara el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha.

Algún capitán del Tercio viejo también la pasó por el almojarifazgo de su sapiencia bélica, y acabó por entregarla a su dueño, pintando en su rostro un impertinente gestillo de incredulidad.

—Me parece muy poco hierro este para un tan gran general como fue el duque de Alba —se atrevió a decir.

No se querellara tanto don Gil de Avendaño si le infamaran el nombre o dudaran de la pureza de Nuestra Señora; pero por no poner en riesgo la reliquia, que no tenía más arma para defenderse, dejó pasar el agravio, sin ponerle más valla que una ligera protesta.

No faltó quien echara en cara que estaba harto mellada y en no buen uso, cosa rara para ser de quien se decía, puesto que don Fernando de Toledo no anduvo de continuo a tajos y mandobles como un soldado raso.

Avendaño no quiso escuchar más juicios y opiniones, y acordándose en aquel momento de que en el Corral del Príncipe estaba a punto de empezar uno de los famosos autos del Corpus, guiñó un ojo a su lacayo, y bajando las gradas, y cruzando por las covachuelas, tomó la ruta de donde pensaba hallar gente de más seso y más fe histórica…

Se topaba con la gente que corría hacia la vieja plaza de San Salvador, donde se ponía el carro que tenía que ver el Consejo, y cada encontronazo que le daban en la tizona ducal, le pesaba más que si le diesen en el alma.

Una moza de aquellas de rompe y rasga se enredó, al pasar, la punta del delantal en las guardas y tiró con tal brío que a poco más arrastra tras sí el acero.

—El demonio del usía —dijo—, que lleva una reja por espada; ya la podía poner en una ventana y no traerla al cinto, que más le sirve de estorbo que de defensa.

V

Entró en el patio del Corral con más jactancia de la que solía, y quiso su mala suerte que se topase de buenas a primeras con un *mosquetero* de no buenos hígados, de estos que más van a los Corrales a levantar tempestades contra los poetas y los cómicos que a solazarse con las muestras de ingenio de los primeros y la maestría de los segundos.

—No mira el cegato por dónde va —dijo aquel repeliéndole violentamente porque le tropezó sin querer; y tan rudo fue el empujón que en poco estuvo que el hidalgo no viniese a dar en tierra.

Fue su primer impulso el de castigar al insolente como tenía merecido, mas se acordó de que no era arma ofensiva ni defensiva la que llevaba, sino joya histórica, y subiendo la mano hasta el emplumado chapeo, pidió perdón y siguió la ruta de sus amistades.

De las primeras palabras que le hablaron sacó argumento para presentar la espada.

Dijo uno:

—Parece que hay barrunto de malas nubes para el auto de esta tarde, que es del doctor Mira de Amescua, y me parece que, si Dios no lo remedia, tienen de pintar bastos.

—Así lo creo yo, si es cierto lo que me dijo hace poco el alguacil que cobra las entradas; pues tan poca cosa parece que es la tal pieza, que no pintarán oros para quien la hubiera de componer.

Y aquí estuvo la ocasión para que don Gil metiera su baza en esta forma:

—De esos *palos* nada sé; pero si pluguiera al naipe que fueran espadas, yo traigo un *as* que es de gran prestigio y único en el mundo.

Le preguntaron los otros qué quería decir; y desembozándose dijo, poniendo jactanciosamente la siniestra mano en la guarnición del estoque:

—¿Veis aquí esta espadilla vieja?

—¡Buen hierro para varilla de cortinas! —dijo el que estaba más cerca.

Y el de más allá:

—¿De cuándo acá, mi señor don Gil, usa vuesamerced, que es tan pulcro y atildado, rejoncillos del matadero por estoques cortesanos?

Otro le dio un manotón, exclamando:

—Quite allá esa porquería, que, sin duda, recogió en un muladar.

Y dejó que dijeran por un buen espacio, con la esperanza de solazarse luego en sus propias confusiones; y cuando le pareció que ya estaban bien burlas y vejámenes, y que pasaban de irreverencia para la gloriosa memoria del gran capitán de Felipe II, exclamó con toda solemnidad:

—Pues sabed, amigos, que este hierro despreciable, según vosotros, no es menos que la espada que llevó en Flandes don Fernando Álvarez de Toledo, primer duque de Alba.

Y para dar más realce a la evocación, se destocó el sombrero, con tanto respeto que la ostentosa pluma, presa por un broche de plata cincelada, barrió el sucio suelo en un buen espacio.

Una oleada de sorpresa ahogó las chanzas de los alegres camaradas.

***

Entonces don Gil, mostrando empíricamente su acero, se creyó en el caso de hacer un breve resumen histórico de los famosos hechos en que había tomado parte fulminando el odio y el terror al resplandor de sus reflejos y con el filo de su hoja.

—Cuando el taciturno Felipe II, en lugar de ir personalmente a pacificar los disturbios de Flandes, como le rogaba su hermana la Princesa Margarita, Gobernadora de aquellos Estados, determinó que lo hiciera el sombrío y vengativo Duque de Alba, hecho que tuvo lugar el 15 de abril de 1567, puso en sus manos una recia y bien forjada espada de campaña, diciéndole, al mismo tiempo de ceñírsela con sus propias manos, por hacerle más honor:

—Duque: vais a un país de herejes y levantiscos donde la fe de Nuestro Señor es ultrajada con todo encono; mi deber de católico está por encima de toda política y de toda diplomacia; yo sé que con un poco de manga ancha, como dice el vulgo, podría componerse aquello, pero padecería el triunfo de nuestra sacrosanta religión, y el ánima del Rey, mi padre, me pediría en la hora de todos muy estrecha y ajustada cuenta por no haber puesto por obra aquello que tanto me encargara en la hora de su muerte, que era mantener en aquellos Países Bajos la religión católica a sangre y fuego, aunque de esta manera se perdiese toda aquella tierra. Esta espada que ahora os ciño, más con afecto de hermano que con majestad de monarca, os sirva para tan gran empresa; con la cruz de su guarda, ganad almas para el cielo; con el filo de su hoja, enviad herejes al infierno.

Le dio luego paz en el rostro, y, como si enviara un padre misionero a la sumisión de infieles y no un general a la pacificación de un Estado, le dio su bendición y mandó que se cantara un solemne *Tedeum*.

—Esta valiente espada, señores míos —continuaba, con ínfulas de orador bélico, don Gil de Avendaño—, redujo la soberbia de los condes de Egmont y de Horn, y aunque esto más tengo para mí por villanía que hazaña, lo estimo bueno, ya que en ella tuvieron que poner los ojos aquellos dos valientes adalides de los fueros flamencos. Muchas veces, sin desprenderla de su cinto, presidió Su Excelencia aquel terrible tribunal que llamaron de *la Sangre*, y contra el cual no había apelación.

Muchas veces en esta misma empuñadura se habrán agarrotado las manos de madres, viudas y huérfanos pidiendo clemencia, y sin duda que en más número que en toda otra ocasión, aquel memorable miércoles de Ceniza de 1568, en que mandó ajusticiar cerca de quinientas personas de todas clases, así de la aristocracia como del estado llano. De pensar que una de las manos venerables que se cogieron a estas guardas habrá sido aquella condesa de Egmont, pidiendo el indulto de su marido, tengo a este hierro en más de lo que es… Él se ha visto frente a la vencedora tizona del Príncipe de Orange: él ha estado en el Maestrich y sabe de aquella admirable y arriesgada estratagema de Su Alteza para vadear el Mossa, apiñando de orilla a orilla todos sus caballos para quebrar la corriente del caudaloso río, y haciendo un puente con los carros de la impedimenta, sobre los que pasó cómodamente la artillería, sin que el de Alba se percatara, y tanta fue su incredulidad, que, cuando le comunicaron este arriesgado paso, replicó: «¿Pensáis que el ejército de Orange sea una bandada de golondrinas, para que pueda cruzar el río a vuelo?».

Esta espada tiene que saber de aquella gran soberbia que se manifestó en el terrible general cuando tuvo la mala idea de erigirse una estatua fundida con los cañones tomados a Luis de Nassau, vanidad que a todo el mundo pareció harto desmedida, incluso al mismo Rey de España, que no había permitido que su busto y sus armas se pusieron en las puertas de las ciudades conquistadas.

Después del famoso sitio de Harum, ha visto este famoso hierro la sublevación, por falta de pagas, de los Viejos Tercios, y entonces tuvo que humillarse ante la razón y la fuerza que movía a aquellos sufridos y valientes peones por quien Felipe II tenía tantas villas y lugares fuera de España…

En fin, amigos míos, que en este acero podéis mirar una reliquia de nuestra pasada historia, que cumplió con todo rigor y fidelidad el empleo que el Rey le señaló de servir como enseña de la fe y castigo de los herejes.

***

Y como si hubiera alegado bastante en honor de la preciada reliquia, con todo el énfasis que hubiese podido hacerlo su primitivo dueño, y como el inmortal fanfarrón del soneto cervantino,

«Caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuése y no hubo nada…».

VI

No había hecho más que abandonar el Corral, sin esperarse a entretenerse con la comedia, que, por ser nueva, prometía batalla de hortalizas y otros proyectiles de plazuela, que por el entonces estaban muy en uso, cuando entró otro caballerete, a quien llamaban don Alonso de Peñalva, que, sin duda, era asiduo concurrente al escénico divertimiento.

Le dijeron los otros cómo acababa de salir don Gil de Avendaño amarrado a su alhaja como un forzado de galeras a la empuñadura de su remo, y no hizo más que oírlo el recién llegado y soltó tamaña carcajada que interrumpió la atención sobre el auto, que comenzaba en aquel momento.

De todos los ámbitos del Corral surgió la protesta, pero de ningún sitio con tanta fuerza y encono como de la *cazuela* y el *degolladero*.

Algunos de los tronchos que estaban prevenidos en manos femeniles, que eran señoras de sus puestos en los tenderetes de puntapié de las plazas de la Cebada y Mayor, se adelantaron en obsequio de su merced, y del primero le hicieron ser cortés, derribándole el sombrero, porque ha de saberse que entonces no era uso que los espectadores estuvieran descubiertos durante las representaciones.

El ofendido, como buen caballero al uso, que pensaba que todo se lo debían, metió mano a la espada y quiso vengar la ofensa contra los *mosqueteros*.

Daba voces el corregidor desde su aposento, mandando que todos se aquietaran o todos irían presos en traílla; andaban los alguaciles y corchetes de un lado para otro, y no eran los que menos sentían la iracundia de los contendientes; se paró la comedia, tornándose los cómicos en espectadores, y al fin todo se aquietó con salirse fuera el de la risada y sus amigos, no sin antes haber dado una cuchillada a un infeliz corchete que se metió por medio.

Une vez más se cumplió el refrán de quebrarse la soga por lo más delgado.

Como los causantes del alboroto eran vástagos de la primera nobleza de Castilla, se les dejó ir libremente, y aun fue mucho que no les visitara el corregidor para pedirles perdón por no haberles ayudado en la contienda.

Al fin, todo vino a dar sobre las costillas literarias del poeta que escribió el auto, el cual tuyo un desastroso final, pues como la gente estaba soliviantada y con la sangre pidiendo pelea, cerró contra la representación y no hubo denuesto ni arma de plazuela que no arrojaran al escenario.

Ni que hubiese asistido la Reina, que gustaba mucho de presenciar tales jaranas, haciendo soltar ratones en la *cazuela*, con lo que las mujeres ponían el grito y las faldas en el cielo, se hubiera movido mayor escándalo.

Como don Alonso de Peñalva y sus camaradas salieron con tanta precipitación, no sabemos a la hora de esta qué ocasión podía tener aquella carcajada, que de tan alborotada manera malogró la representación; pero yo tengo para mí que no podría ser otra cosa sino que entre la reliquia del de Alba y el humor de los hidalgos habría alguna pesada burla.

VII

Don Gil de Avendaño, así como dejó el Corral a punto de trocarse en Campo de Agramante, se fue calle del Príncipe arriba, para tomar hacia la Carrera de San Jerónimo y dar en el Prado, donde podría hallar infinitas ocasiones de mostrar la estupenda reliquia.

Pero tengo aquí que al llegar junto al palacio de Lerma vio que caminaban delante de él dos tapadas de buen garbo, y como sobre su pasión de coleccionar antiguallas históricas estaba su afición a las buenas mozas, echó detrás y a dos galanterías un tanto conceptuosas, como era uso merced a la nueva escuela de don Luis de Góngora, consiguió que volvieran los rostros y se corrieran un poco los mantos.

Guapas del alma eran las niñas y no nada hoscas ni zahareñas, por cuanto respondieron a las cortesanías.

—¿Y adonde, tan solas, van mis dos gacelas por este alborotado mar del Prado? —preguntó don Gil.

—A hacer tiempo —respondió la una de ellas— para entrar a rezar el rosario en Jesús, que somos muy temerosas de Dios, y esta práctica no la hemos olvidado un solo día desde que tenemos uso de razón.

—¿Y no tienen quien las acompañe? —prosiguió Avendaño.

—Más tarde nos esperará un primo nuestro ahí, junto al Juego de Pelota, que nos llevará a tomar un agasajillo antes de entrar en el templo.

—Lo peor será —arguyó la otra— que, como no se le da mucho el parentesco, nos haga esperar en claro.

—Y más que es nuevo en Madrid y no conoce bien los lugares —continuó la que habló primero.

—¿Qué pesadumbre puede darles estando yo aquí para servirles desde este punto y hora? —dijo don Gil, haciéndosele la boca agua ante el trapío cierto y aparente facilidad que mostraban las dos buenas mozas.

A este tiempo, le pareció que le estorbaba la servidumbre de *Caniqui*, y, haciéndole una seña, le ordenó que se retirara.

El mozo, que, como buen sirviente, estaba deseando verse libre de su menester, no se hizo repetir la orden, y, tornando sobre sus pasos, subió calle del Prado arriba, hasta dar en un bodegoncillo de la calle de las Huertas donde solía reunirse con otros camaradas de su oficio y de su pueblo.

Caminaba Avendaño tan junto a la más gallarda de las dos mozas, si es que la una podía tener primacía sobre la otra, que llegó a saber muy bien si era dama de postizo o señora de sus propias carnes. Así como el recibimiento de la espada le mudó los pensamientos sentimentales, esta comprobación hizo que se le desvaneciera el cuidado y conservación de aquello en que poco antes llevaba puestos los cinco sentidos.

Se fijó (a pesar de lo *amelonado* que le tenía el buen rejo de las mozas) en que, como iban tapadas y por el entonces estaba prohibida la entrada en el Prado a las tapadas, que comenzaban a ser blanco de curiosas miradas, y mirando si podría hallar a mano el coche desocupado de algún conocido, les preguntó cómo, siendo cosa tan corriente en Madrid, habían bajado a pie.

—¡Ay, señor! —respondió la una, que atendía por Lucila—. Porque bien podemos decir nosotras como aquel predicador gorrón y mal sufrido.

—¿Y qué fue lo que dijo su paternidad? —interrogó Avendaño.

A lo que respondió la guapa, adoptando ese tonillo confidencial que se emplea para contar patrañas a los chicos:

—Pues, tendrá que saber vuesamerced que este era un famoso predicador a quien los reyes quisieron oír un día solemne en la capilla de Palacio. Le enviaron recado a su convento, pero no coche, a pesar de haber un temporal de nieve de los pocos que se han visto en Madrid.

El buen religioso, como el mandato venía de tan alto, no tuvo más remedio que obedecer, aunque en el alma le pesara la desconsideración u olvido, y remangándose los hábitos hasta cerca de las rodillas y calándose la capucha hasta los ojos, se fue camino del Alcázar, adonde llegó hecho propiamente una sopa de gallinero.

Ya hacía rato que le esperaban, tanto que el mayordomo tuvo que decirle, en son de reproche:

—Padre: ¿pues cómo ha tardado tanto, que ya están impacientes Sus Majestades?

El bendito siervo de Dios no respondió una palabra y se encaminó a ocupar la cátedra del Espíritu Santo.

Subió con mucha parsimonia y, cuando estuvo arriba, se quitó el capillo, que chorreaba agua como si le retorciera fuertemente una robusta ninfa de los lavaderos del Manzanares, y sacudiéndole sobre los oyentes, dijo:

—Perdonen ustedes, señores, porque en esta Casa hay coche para todos, hasta para *ellas*, menos para el predicador. Sea ante todas las cosas bendito y alabado el Santísimo Sacramento del Altar[2].

—Y así acontece en nuestra casa —apoyó la otra, que atendía por Fuencisla—: en casa hay coche para *todas*, menos para nosotras.

A este tiempo, que ya habían entrado las damas y el cortejo en el Prado, llegó un alguacil, que, encarándose con todos tres, les dijo, con no mucha urbanidad:

—Pues, ¿cómo no cumplen lo que tiene mandado Su Majestad? ¿No saben que aquí no pueden entrar *ellas* al uso de Turquía, ni *ellos* con el embozo hasta los ojos?

Don Gil, por bajo de la capa, le puso en la mano una doblilla, diciéndole al mismo tiempo que le buscara un coche.

No se hizo esperar la orden el prevaricador, que no guardador de la policía, y a uno que pasaba de vacío le hizo acercarse (sin duda que el cochero y el esbirro eran lobos de la misma camada).

Las mozas saltaron dentro, diciendo graciosamente:

—Gritemos como las hijas de Gil Imón: somos de justicia.

Subió don Gil, y como la espada le estorbase para ir cómodamente arrodillado entre las dos bellezas, se la quitó y la tendió tras de sí sobre el asiento. El coche echó su ruta hacia los Atochares…

***

—¿Por qué dijeron mis niñas eso que atribuyen a las *Gilimonas*? —preguntó Avendaño.

[2] El cuento o sucedido, del que fue protagonista el P. Alejo del Valle, acaeció en el reinado de Carlos IV. Perdónese al autor de esta «patraña» el anacronismo; pero le pareció que venía tan al caso en labios de la linda tapada que embobó a don Gil de Avendaño que no pudo substraerse al gusto de insertarle.

Y respondió Fuencisla, descubriéndose por entero el rostro, que estaba de muy buen ver, aunque algo ajado por las pinturas y afeites de tocador:

—Vaya otra vez de cuento, aunque este lo es menos que el que dijo mi hermana.

—¿Son hermanas? —preguntó el hidalgo con cierto asombro, observando que en nada tenían semejanza.

—De madre nada más—respondió Lucila.

Rieron cínicamente, y continuó Fuencisla:

—Ya sabe vuesamerced que el Conde-Duque, a quien Dios Nuestro Señor guarde muchos años bajo una losa, no sabiendo ya cómo embobar al Monarca y fastidiar al pueblo, ha echado a rodar este nuevo pregón sobre los mantos, como antes el de los adornos y escotes, que a todas las mujeres nos ha sabido a cuerno quemado, porque ellos son salvaguardia de nuestras voluntades, que cada una, aun la misma Reina, puede hacer lo que le venga en gana sin que se sepa quién es…

—Otra, como la de prohibir el *guardainfante* —interrumpió Lucila—. Porque, decidme acá: ¿qué mujer en estado que no lo sea por obra y gracia de su marido, va a salir a la calle luciendo la promesa del fruto?

—No divaguéis, princesas —atajó el caballero—, y seguid con la esencia de aquel dicho.

—Pues deberá de saber que de las muchas que no hicieron caso de aquella pragmática contra la excesiva exhibición de la carne pecadora —prosiguió Fuencisla— fueron las hijas del Fiscal de los Consejos y Gobernador de Hacienda, don Gil Imón de la Mota. Estas damiselas y la madre, que está de muy buen otoño, son de las más revoltosas y encendidas hembras que tiene Madrid. El mismo día en que apareció el bando, tomaron sus coches y bajaron a este mismo lugar, entre vestidas y desnudas. Se apearon junto a San Fermín, y no bien habían asentado los pies en el suelo, se les presentó un alguacil, menos humano que este que ha querido corrompernos las oraciones:

—Dense vuestras mercedes a prisión, en nombre del Rey —dijo blandiendo la vara.

—A otra parte, señor golilla —respondió la madre, doña Leonor de la Vega—, que nosotras somos de justicia.

Y alzándose los vestidos para que se las viesen bien los chapines y lo gordo de las medias, se volvieron al coche, que a toda priesa tomó el camino de su casa.

Cuando por la noche llegó el señor Fiscal, ya tenía noticias del caso; llamó a las delincuentes y, calándose los anteojos de Audiencia, sin otra preparación jurídica, les dijo:

—A las justicias poco cuidadosas en el cumplimiento de esta pragmática de los mantos, se les impondrá, entre otras penas, la de privación de oficio. Con arreglo a tal ordenanza, un juez cualquiera os hubiese condenado a reclusión temporal. Yo, marido de una mujer tan sin juicio y padre de dos hijas tan bellacas, amenguo la pena y me conformo con que vistan de monjas de ahora en adelante.

Pusieron las condenadas el grito en el cielo, pero el buen magistrado, queriendo hacer un ejemplar escarmiento en su misma familia, llevó su celo donde ellas no pensaran.

Mandó echar un pregón en que advertía al pueblo que, para castigo de quienes no cumplían los mandatos del Rey, pasearían sus hijas vestidas de monjas por el sitio en donde delinquieron por espacio de cuatro horas; y ello había de llevarse a cabo mientras no mostrasen elocuentes pruebas de mansedumbre y arrepentimiento.

Y era cosa de ver todas las tardes a las *Gilimonas*, cuando mayor era la afluencia en el Prado, aparecer con su escolta de alguaciles, vistiendo las severas tocas monjiles. Había quien solo por toparse con ellas bajaba a ruar.

Cuando el iracundo padre tuvo a bien alzarles de la pena, no quisieron asistir más en la Corte y se fueron a vivir a Valladolid, donde son menos conocidas, y, por lo tanto, no pueden zaherirlas con burlas y chacotas, como no dejarían de hacerlo las gentes de por acá.

Se rio Avendaño de la humorada de aquel magnate, que tan gentilmente contó la bella Fuencisla.

Lucinda, que por no llevar soplillo se hacía aire con el chambergo del galán, dijo:

—En verdad, que si topásemos con nuestro primo, le pediría que nos llevara a refrescar, pues hace un bochorno que no hay sangre que lo resista.

—Para eso —exclamó Avendaño—, maldita la falta que nos hace el señor primo.

Y sacando la cabeza por la portezuela del coche, mandó al cochero que echara hacia la primera botillería que hallase a mano.

Lucinda dijo que como alguien podría reconocerlas y no le estaba bien a su decoro, ya que ambas eran casadas, y solo por holgarse un poco habían admitido el cortejo, mejor sería que se fueran a casa de Fuencisla, cuyo marido estaba ausente, y allí podrían refrescar y pasar el resto de la tarde como bien quisieran, sin darle un cuarto al pregonero, que el que quisiese saber, se fuera a Salamanca.

—Y mientras traigan lo que se ofrezca —dijo la viuda honoraria—, yo le fío a vuesamerced que no faltará una guitarrilla que nos dé pretexto para trenzar algún bailecillo; que si de ordinario somos dos esfinges, puestas a divertirnos no nos duelen prendas.

Don Gil, que vio cómo le ofrecían más de lo que en un principio se prometiera, no tuvo inconveniente alguno en decir *quiero al envido*, y pidiéndole que le dieran la dirección de la casa que era paraíso de aquellos dos ángeles, sacó la cabeza por la portezuela para trasladar la orden al cochero, el cual les puso donde fue mandado con la mayor rapidez que consintieron las no muy lucidas mulas, que no daban paso si no era en fuerza de furibundos trallazos y sonoras y descomunales blasfemias, de las que son exquisitos orfebres los carreros y cocheros de la Villa.

VIII

Cuando menos lo esperaban (después de mil peripecias y atrancos, sobre todo en la empinada cuesta de la calle de Atocha), llegaron.

Ya comenzaba el día a tener barruntos de noche.

El caballero Febo no alumbraba ya más que las caperuzas de las chimeneas y las veletas de los templos y de las casas nobiliarias.

La señora Fuencisla, rubia como los trigales de Castilla por el agosto, habitaba en la calle de Cantarranas, cerca del Monasterio de monjas Trinitarias.

Cuando el carromato paró ante el mezquino zaguán que valía por estuche de tan bizarra prenda, no pudo menos de admirarse don Gil.

—Pues, ¿cómo tan bizarra perla tiene tan pobre concha? —preguntó.

—¡Ay, hermano! —respondió la aludida, aderezando su rostro con un gracioso mohín—. Porque no es oro todo lo que reluce; que mi loco marido anda enfangado en los laberintos de un pleito que no nos consiente vivir con honra.

A este tiempo ya estaban en el suelo todos tres.

Don Gil tiró una doblilla al cochero y, como gavilán hambriento, dio detrás de las palomas por las oscuridades del portal.

No había hecho más de pisar el primer escalón, cuando se le vino a la memoria la joya histórica, olvidada en el coche. Salió a la calle como un loco y comenzó a dar voces al cochero, que ya tomaba la vuelta hacia el *Mentidero de representantes*[3].

Paró el hombre y llegó el desmemoriado, quien, no pensando acudir a tiempo, se precipitó al rescate de la venerable tizona.

La colgó del tahalí y se volvió donde, con tanta fuerza, le llamaba la carne pecadora.

Lucila le esperaba en el rellano de la escalera, para servirle de guía al aposento. Mientras subía el corto y empinado tramo, decía:

—Se me había olvidado la espada. Y, en verdad, que más que ella, quisiera perder la mejor finca de mi patrimonio.

—Pues, ¿tanto vale? —preguntó la dama.

—Mucho más de lo que presumís, y no por ser mía, sino por haber sido de quien fue. Ahora, en lo que refrescamos, os contaré su historia, que es buen capítulo de la Crónica de España.

A tiempo de entrar en la habitación, cuya puerta franqueó una vieja de la más celestinesca estirpe, cuchichearon las mujeres unas palabras que no pudieron llegar claras a los oídos del hidalgo.

[3] Punto de reunión de los cómicos, que estaba al final de la calle del León, en su confluencia con la del Prado.

Fuencisla, para mejor disimular, le dijo:

—Mira, González, ahora tomarás unos dineros que te dará este hidalgo y nos traerás con ellos lo que sabes que más nos apetece.

Avendaño soltó la plata al pasar ante la dueña, y esta se escurrió por las tinieblas que ya ensombrecían el portal.

Entraron en una sala espaciosa que había al fondo un balcón y en uno de los lienzos de la pared tenía un retablillo con una imagen de la Magdalena, alumbrada por una lamparilla.

—Dad acá una blanca, si sois cristiano, para el aceite de la pecadora arrepentida —le dijeron.

Y la moneda fue depositada sobre una alcancía enclavada en la pared.

Le pidieron que echara yescas para encender un velón de cuatro mecheros, pues que no había otra luz que la de la devota lamparilla y la débil claridad que mandaban los exteriores del día, y a la luz que se hizo pudo don Gil hacerse más cargo de la estancia.

En verdad que no correspondía al buen trapío de las dos mujeres, y más se acercaba a saleta de manfla que a estrado de casa honrada.

Pegadas con pan mascado, había diversas estampas de santos y una mala figura de Felipe IV, que representaba al Monarca sobre una nube sostenida por dos angelotes que más parecían mozos de taberna.

Encima de un bargueño que, por lo deteriorado, parecía ser de los primeros que salieron de Bargas, había un San Antonio de Alcorza resguardado por un fanal de vidrio, teniendo como adornos unas florecillas de papel. Junto estaban dos libros; los miró al descuido don Gil y halló que uno era un devocionario y el otro *La lozana andaluza*, del clérigo Francisco Delicado; encima de los dos volúmenes triunfaba una baraja.

***

En tanto llegaba la dueña con el refresco, las dos buenas mozas alegraron de tal suerte a su merced que se olvidó nuevamente de la espada y de su prometida historia. Por mejor pasar el tiempo, le ofrecieron una partida de naipes.

El hombre a nada decía que no, y ocurrió que a dos vueltas que dio el desencuadernado libro de los cuatro monarcas, estaba en poder de las ninfas el alma de la faltriquera de don Gil.

Le doraron la píldora diciéndole aquello de desgraciado en el juego, afortunado en amores, que él miró entonces como cosa cierta; pero cuando se disponía a darse la razón con la hermosa Fuencisla, apareció la González con las manos vacías y haciendo más visajes que una poseída de todos los demonios del infierno.

—¿Qué pasa? —inquirieron a un tiempo las dos mujeres.

—¡Ay, amas mías, que no acierto con palabra que nos ponga a salvo! El marido de la señora Fuencisla, que sin avisar ha vuelto de su viaje y viene hacia aquí con un amigo.

—¡Jesús nos valga! —exclamó la malcasada.

—Eso no puede ser —rechazó Fuencisla, como resistiéndose a creer tan desagradable evidencia.

—¿Y por qué no ha de poder? —prosiguió la dueña, como picada de que se pusiera en duda lo que decía—. ¡No es mi amo hombre que gaste tan malas bromas! ¿Por ventura no se acuerdan ya de aquel viaje que hizo en que prometió emplear tres meses, y empleó tres horas y, al volver sin avisar, como la vio a su merced acompañada, por curarse de la pena de su ausencia, armó aquella zalagarda moruna? Pues no quisiera yo ver otra tal aunque después de ella me ofrecieran la salvación eterna del alma pecadora, que tanto necesito.

Las mujeres, haciendo muy bien las atolondradas, corrían de un lado para otro.

Don Gil, que vio el pleito mal parado, fue a salir por la puerta; pero le detuvo Fuencisla, diciéndole:

—Por ahí no, pecador, que os tapareéis con él y aún sería más grande el daño, y más si lleva en el cinto, como hombre villano que es y mal intencionado, aquel cabritero de cachas amarillas que tantas vidas tiene ya pasadas por los bordes de sus filos.

Esto hizo vibrar un tanto la hombría de don Gil y acordarse de que él, no siendo por un mal caso de justicia, no era hombre que se dejara degollar con las manos atadas a la espalda, y, además, ¿qué? ¿No llevaba una espada al cinto? Mas en seguida le vino a la

memoria que aquel acero no debería mirarlo como tal, sino como reliquia, y fue consideración que menguó mucho el sarpullido de su negra honrilla.

Pasó los espantados ojos mirando si hubiera una alacena o un reloj de caja en la habitación, y en toda ella no halló cosa que le pudiera servir de cobijo en tanto riesgo.

La vieja apretaba que se dieran prisa en disponer la huida, porque el amo debía de estar ya entrando por el zaguán.

Fuencisla, como si no quisiera darse a partido, aunque bien puede creerse que ya no tenía para qué, decía:

—Tú sueñas, González. Por fuerza entre el rosario y el aguardiente se te ha pasado el cerebro.

—Estos ojos que se han de comer la tierra le acaban de ver como estoy viendo a sus mercedes —prosiguió la vieja sirviente.

—¿Quién pensaría que ese pecador tornaría tan presto? ¡Santo Cristo de la Salud, si me pilla en este renuncio, ya me puedo contar con los difuntos! ¡En qué hora, Señor, en qué hora! —Así gritaba la señora Fuencisla, corriendo de un lado para otro, como quien de puro aturdida no acierta a resolverse a tomar una determinación.

—Bueno —dijo a este punto Lucila, que parecía más sosegada—; lo primero, sea poner en salvo a este hombre. Venga vuesamerced por aquí.

La siguió Avendaño hasta la última estancia de la casa, que era un desván, donde había una ventana que caía sobre un patinillo pequeño y sucio.

—Salte por ahí —le dijo—; empuje luego aquel politiquillo y estará en la calle. Muy bien librado sale vuesamerced, que nosotras aquí quedamos para sufrir las iras de aquel Satanás, que bien puede tenerse por cosa cierta que a estas horas le tendrán muy bien puesto en autos, con toda suerte de pelos y señales, de lo que hemos tenido el mal acuerdo de hacer, si no es ya que la propia González no nos ha vendido.

Don Gil, entendiendo que el peligro era tan apurado como daba a entender el azoramiento de aquellas mujeres y que el que venía era propiamente un novillo de las toradas salmantinas, hizo como le decían y, de un salto, se descolgó al patio, sin que faltara mucho para haberse quebrado una pierna por la rudeza del golpe, ya que la ventana estaba puesta a más altura de la que a tanta priesa convenía.

Se alzó un tanto dolorido; mas apenas anduvo dos pasos, estuvo a dos dedos de quedarse muerto.

Se había olvidado de la espada del duque de Alba.

El trance era para darse a todos los demonios del infierno y a algunos más de los que tuviere desparramados por sus cercanías.

¿Quién volvía por ella, ofreciéndose tanto riesgo, amparado por la ley y reforzado por aquel mandamiento que dice en forma tan severa: «No desearás la mujer de tu prójimo»?

Y, también, ¿quién renunciaba a quedarse sin prenda de tanto mérito?

Al fin se decidió.

Pudo en él más la devoción a don Fernando de Toledo que el miedo al marido burlado, y comenzó a dar voces, que atrajeron a Lucila, entendiendo que se habría lastimado en la caída.

—¿Qué le pasa, señor hidalgo? —preguntó, puesta de pechos en la ventana.

Y el hombre, volviendo a los recodos de la garganta los bríos de la voz, porque aquel no se enterara de su presencia, si por acaso estaba ya en la casa, dijo:

—Hacedme la merced de echarme la espada.

—¿Pues no la teníais con vos? —replicó la moza.

—Si la tuviera, ¿la tendría de pedir? —replicó un tanto amostazado el hidalgo—. Traedla, que, sin duda, está en aquel rincón junto al retablo de la Magdalena.

Entró la bizarra a buscar la tizona y tornó presto con ella; y sin decir palabra, la dejó caer sobre don Gil, el cual, como no la esperaba tan presto, ni tan a plomo como cayó, la recibió de lleno en la cabeza, encontronazo que le dejó por huella un razonable lobanillo.

—¡Voto a Judas, mujer del diablo, que podías mirar lo que haces y tener más tiento con quien has saqueado con más saña que si fuese plaza rendida!

—Pues, ¿cómo es eso —arguyó la hembra—, después del riesgo en que por él nos hemos visto dos mujeres de bien, enemigas de andar en confianzas ni tratos con persona ajena, que bien lo sabe toda la vecindad, aún tiene flema para echarnos en cara los cuatro ochavos que empleó en una vuelta de baraja?

—Sí tengo, mujer, sí tengo —replicó don Gil, que ya iba despertando de su necedad—, y bien empleado me está, que me la disteis como al pardillo más novato que ha entrado ogaño por las puertas de Madrid; pero, a fe, que ya os toparé cuando menos lo piense y sabréis quién es Calleja.

Una gran risa y la ventana cerrada de golpe valieron por eco de las palabras del dolido.

Si su merced hubiera podido ver cómo las picaronas se reían y comentaban el lance en tanto se repartían las ganancias de la burla…

Porque era lo cierto que de las dos reales hembras ninguna era casada una vez sola, sino muchas veces todos los días y más que de su propio pecado gustaban de vivir de la caza de incautos galanes.

Bien hizo el hombre al recelar del barrio en que vivían, y bien pudo tener en cuenta aquella frase del vulgo que decía de las más de las calles de este barrio y particularmente de las de las Huertas: «Calle de las Huertas, más *daifas* que puertas».

IX

Ya era de noche oscura por toda la Villa y Corte de las Españas cuando don Gil de Avendaño se vio libre de su aventura del Prado, tan a costa de su bolsa y de su tranquilidad.

En su fuero interno no se perdonaba aquel desvarío, que, además de calaverada, tenía la agravante de profanación histórica.

Como ya dije, la noche había cerrado tan por completo que no se veían ni los dedos de la mano. Y menos mal que Madrid es población devota y no faltaba un retablo en cada esquina, y así podía guiarse por la luz de las lamparillas que alumbraban las sagradas imágenes.

Al salir del corralillo, se vio en la calle de Francos, frente a la casa donde moraba el Fénix de los Ingenios, Fray Lope Félix de Vega Carpio; subió hasta la del León, para dar en su posada, que estaba en la del Príncipe, junto al Corral del mismo nombre.

Al cruzar por la calle del Lobo, oyó voces de auxilio y vio brillar en las sombras el reflejo de los aceros.

La voz angustiosa:

—A mí las gentes honradas, que me matan estos capeadores.

El primer impulso de don Gil de Avendaño fue el de acudir en favor del que se veía en peligro, y rompió a correr; pero, en mitad de la carrera, se acordó de que iba desarmado, pues lo mismo era llevar colgado del cinto el famoso hierro que tanto pavor diera en el siglo anterior a los levantiscos flamencos.

¿Cómo iba a exponer la veneranda reliquia a los azares de una lucha en que pudiera salir mal parada? Además, que no era tan ligera que se pudiese mover con la soltura y desembarazo que era menester en trances tan apurados y contra más de uno. Debía de ser mucho brazo el del Duque de Alba.

Y subiendo el embozo de la capa, volvió sobre sus pasos y a buen andar se metió por la calle del Baño.

Menos mal para el malaventurado que en aquel tiempo había salido gente a los balcones y a las puertas, y con ello los malandrines le habían dejado con vida, pero… a cuerpo.

A bien que mientras a todo andar caminaba hacia su posada (dando un gran rodeo), juraba por las Órdenes que tenía recibidas (pues era Caballero de Santiago y de San Juan de Jerusalén) de tomar luego su espada y salir a la busca de malandrines, en descargo de aquello que bien sabían Dios y su conciencia que no era cobardía, sino prudencia y amor a la Historia.

Muy absorto en tales pensamientos iba el hombre a buen andar para verse libre de percances callejeros, cuando, al pasar junto a la puerta de un figón tropezó con dos pellejos con patas, quise decir dos borrachos, que, enzarzados en tenaz pendencia, fueron lanzados a la calle por el bodegonero.

Tal encontronazo dieron a don Gil que mucho milagro fue que se sostuviera en equilibrio.

El uno de ellos que le juraba al otro por el sol que les alumbraba, y era noche oscura, que le tenía que ensartar los hígados, como columbró la espada por bajo de la capa de Avendaño, se fue a buscarla, diciendo:

—Dadme acá, buen hombre, que luego os la volveré más honrada que se ha visto en todos los días de su vida.

Y diciéndolo, tiraba de la empuñadura; y sin que el caballero hubiese tenido tiempo a evitarlo, la sacó de la vaina y, con más ligereza de la que diera que pensar la borrachera, dio tras su camarada, gritando:

—Venid acá ahora, gallina en corral ajeno, pues que aquí os metisteis sin que nadie os llamara. Venid acá a echarme fuera, que yo os echaré las asaduras.

Trazas llevaba de cumplir lo que ofrecía, pero don Gil reaccionó sobre la pasividad que antes le contenía el corazón y le trababa las manos como se vio en peligro de perder su reliquia y, cerrando contra el atrevido, de una sola manotada le derribó en tierra y le quitó la espada, con la que no pudo por menos de asestar al otro dos espaldarazos, que, aunque fueron dados de plano, le desvencijaron muy bien.

Volvió el ya profanado acero al estuche de donde no debió salir ni aun para defender ni a la misma dama de sus pensamientos (y esta fue la primera vez en toda la tarde que se acordó don Gil de su Clara Eugenia) e hizo juramento de no detenerse, más que se hundiera el mundo, hasta llegar a su posada.

No había andado diez pasos, cuando oyó un estentóreo «¡Agua va!» que desde diez leguas trascendía a fregona gallega; y sin que tuviera lugar de apartarse, le cayó encima la más negra rociada que recibió el arroyo de la calle.

De nada le sirvieron denuestos e insultos, pues la moza, así de que hizo el mal recado, dio un portazo a la ventana y se metió dentro.

***

Tan de prisa caminaba nuestro gentil hombre, ya más por afán de limpiarse de la inmundicia que por resguardar la joya de profanaciones y pendencias, que no advirtió que un bulto se acercaba hacia él, aun cuando el que venía se ayudaba a navegar entre las sombras con una linternilla.

El topetazo fue recio y no nada blando, porque, sin duda, el que llegaba también traía sus pensamientos en república.

—Si es ciego —exclamó este—, ¿por qué no lleva un lazarillo que le acompañe y le guíe?

—El ciego lo será el insolente, que yo bien voy por la mano que me corresponde —replicó Avendaño, que, a pesar de la rociada, iba harto quemado.

Tras de estas, se trabaron de más pesadas palabras, y el de la linterna la descargó reciamente sobre la faz de don Gil, con que le dejó muy bien descalabrado y chorreando aceite.

Aquí se acabaron por parte del ofendido la paciencia y el respeto a la memoria de don Fernando de Toledo, porque, echando mano a la reliquia, arremetió con tal encono al manilargo que de un mandoble furibundo le rebanó media oreja.

El otro, que se vio malherido, comenzó a dar voces que atronaron la calle.

—¡Favor, auxilio, que me han muerto! ¡Confesión, que se me va la vida!

Avendaño miró a escurrir el bulto y, sin pararse a envainar la espada, dio a correr con toda la fuerza de sus talones.

Se abrieron balcones y ventanas y algunos vecinos bajaron a recoger al herido.

Al cabo de un poco aparecieron por la parte de la calle del Prado los farolillos de una ronda.

Se enteró el alguacil del percance por boca del maltratado de que era un donado del vecino Monasterio de San Antonio el Real, y mandó a dos corchetes que siguieran las huellas del ofensor, pues no podía estar muy lejos.

La gente se volvió a sus casas y el herido fue trasladado a un convento.

Siguiendo las indicaciones de quienes pudieron ver huir a don Gil, sus perseguidores subieron a la Carrera de San Jerónimo y echaron hacia la calle del Príncipe.

X

Por fin pudo llegar Avendaño al zaguán de su posada.

En ella, le aguardaba un escudero viejo, que al punto reconoció por el que servía a la dueña de sus pensamientos y con la que estaba a punto de matrimoniar, transcendental inciso que, siendo Dios servido, estaba determinado para la entrada del otoño.

—¿Qué traéis, señor Núñez? —preguntó el hidalgo, pesándole de la respuesta.

—No más que este billete de mi ama, y que Dios os guarde —dijo el avellanado doncel, disponiéndose a tomar la vuelta de su casa y sacando de bajo la capa la espada desnuda y la linternilla encendida.

—Esperad —mandó don Gil.

A que respondió el fámulo, sin detenerse en la emprendida retirada:

—Me dijo mi ama que no tenía respuesta.

Subió Avendaño de dos en dos los peldaños de la empinada escalera, dándosele muy poco de la gloriosa tizona, cuya contera se aporreaba muy reciamente contra los escalones y las paredes.

No tuvo calma para llegar a su aposento y, al mismo criado, que salió a recibirle y se hizo cruces de ver cómo venía su amo, mandó que le alumbrara.

Abrió el pliego y se halló con que decía de esta suerte:

«Señor alegre: De hoy más queda libre su merced de fingir amores ni finezas a quien tuvo la inocencia de darle crédito como quien tan inocente está de las falsedades de los hombres. Siga con las mismas bellacas a quien esta tarde iba sirviendo con tanto regocijo, mientras yo me estaba sufriendo en casa y pensando en él.

»Espero que mañana mismo se servirá devolverme aquel anillo y aquellas cartas, como yo haré con los suyos tan pronto como esos otros estén en mi poder.

»Ni puedo ni quiero escribir más, que el tiempo que estoy empleando en escribir a tan falsa y cínica persona parece que estoy restándoselo a mi propia vida.

Clara Eugenia».

Por un buen tiempo no sabía qué hacer, como si la lectura de la inesperada carta le hubiera quitado toda voluntad y movimiento.

Al fin, en un arranque de orgullo, como queriendo darse la razón a sí propio, exclamó:

—Bien, ¿y qué?

Pero, como dicen, otra le quedaba dentro, que tengo para mí que le llegaba a las fronteras del alma, porque la prometida era linda por todo extremo y tan rica como hermosa.

Se iba a entrar en su estancia cuando un hombrecillo gordo y colorado, que recordaba uno de aquellos villanos de Teniers, se le acercó con el sombrero en la mano:

—Pues, ¿qué quiere, buen hombre? —le preguntó de mal talante, que no le había quedado el humor para repartir cortesías.

—Señor —respondió aquel—: mi amo, el hostelero de la calle de Postas, donde tiene vuecelencia por costumbre de ir a comer los jueves con algunos amigos, me manda con esta carta.

—Bien; traed el papel y que Dios os guarde—replicó don Gil tomando el billete que le ofrecía el emisario, a cuya actitud tornó a decir este:

—Aunque vuecelencia me perdone, tiene que responderme, pues me dijeron allá que tendría que entregarme no sé qué cosa.

Por quitarse de delante al importuno, allí mismo leyó este segundo papel, como había leído el primero, y a cada línea que pasaba ante sus ojos se le mudaba el color tanto o más que con la anterior lectura.

Por lo que parece, decía así:

«Señor don Gil de Avendaño: Por la presente se os ruega que volváis a quien os dé esta la *gloriosa espada* del duque de Alba, que ya por esta tarde ha hecho más de lo que corresponde a sus méritos; pues si llevándola consigo habéis vuelto al mundo la devoción de aquel general tan famoso hace cincuenta años, cuanto olvidado en el día de hoy, justo es que esta noche vuelva a cumplir su oficio en mi hostería.

»Con perdón, señor don Gil, es el caso que anoche concertaron unos amigos suyos hacerle una burla inocente para hoy, sabiendo la afición que tiene por las cosas pasadas. Pensaron regalarle la famosa espada del duque de Alba, y no teniendo a mano otra que mejor la representara que un asador de mi cocina, que bien pudiera haber sido en sus mocedades arma gloriosa en la diestra y en la cinta de algún caudillo insigne, cargaron con él, y es ese que hoy ha paseado vuecelencia en las Gradas, en la Comedia y donde más le haya parecido.

»Como a la hora de esta ya no necesitará el artefacto, le ruego que me le envíe, quedándole agradecido y dispuesto para servirle con él cuando se le ofrezca decirle a alguien que ha

topado con la tizona del Cid o el montante de García de Paredes, mi paisano, que tal honra me cabe por ser extremeño.

»Dios le guarde y no me conserve rencor, que fue exigencia de parroquianos, a quienes estamos sujetos cuantos vivimos del servicio público.

Su mejor y más humilde criado,

Ceferino Antequera».

A responder iba en el inocente y rollizo mensajero cuando subió, toda medrosa, la moza de la posada, diciendo:

—Señor don Gil: aquí viene preguntando por vos la justicia.

No había acabado de hablar la muchacha, cuando se vio el hidalgo cercado de corchetes.

—Daos preso en el nombre del Rey —dijo el alguacil.

Y el hidalgo, que después del bien perdido de sus amores, del ridículo pasado y de los percances del agua sucia y del linternazo aceitoso todo le daba igual, se dejó atar por los crueles sayones y salió camino de la cárcel.

¡Le valiera a Dios con la espada del duque de Alba…!

La novia renegada

EL PALACIO DE FUENCLARA

A la entrada de la humilde villa castellana, que, por nombrarla de alguna manera, nombraremos La Fresneda, se alzaba la casa solariega de los marqueses de Fuenclara.

Era de vastísima extensión y notable arquitectura; bien se podía tener por una de las muchas joyas que aún quedan desparramadas por España que vieron pasar ante sus muros las grandezas de las fenecidas monarquías, que se mantenían sobre pilas de oro gracias a los tesoros que llegaban de las Indias.

Las crónicas del pueblo y de la casa insigne daban fe de que el severo palacio fue alzado en la villa por un bizarro y altivo general del Emperador que cayó en desgracia, aunque no con el olvido y miseria de Francisco Pizarro, sino con la altanería del duque de Alba.

Ganó hartos lauros en Flandes y en Italia, y aun parece que en Túnez tuvo que poner a su cuenta buena parte del triunfo de las armas del César; pero cuando fue viejo y las reliquias de su actividad se le esparcieron por la sangre, el Emperador tuvo a bien alejarle de sí, desterrándole al lugar de su nacimiento.

Se retiró, pues, el hidalgo a su rincón, y por entretener sus forzados ocios haciendo algún bien a la gente humilde, determinó rehacer la casa donde vive abrumado, que estaba como el infeliz y olvidado viejo, toda grietas y goteras.

Como si no esperara otra cosa, apenas finada la obra se le acabó a él la vida, y fue enterrado en la iglesia parroquial de la villa.

Cerca de un siglo más tarde, sirvió de retiro voluntario a una Fuenclara, que, herida por un cruel desengaño de amor, en plena juventud, renunció a la vida y pompas del siglo, aunque sin vocación de profesar en ningún monasterio y, desde entonces hasta el momento de dar comienzo a esta sencilla narración, ningún otro vástago de tan insigne y nobiliaria rama había asentado seguido más de un mes en el vetusto palacio.

Ni aun las tornabodas de los mayorazgos, que eran tradición en la familia, se celebraban ya.

Solamente con ocasión de alguna jomada regia, en que la dicha villa fue parada obligatoria, acudían sus señores para recibir a los reyes. Así que cuando el señor don Fernando de Lera Ramírez de Peñalva, último marqués de Fuenclara, determinó asentar en la casona, estaba sin cuido ni gobierno de nadie.

De vez en vez, la mujer del sacristán Pasillas, que tenía las llaves, entraba a abrir las ventanas y dar algún escobazo.

Luego, tornaba la casa a quedar solitaria bajo el peso del prestigio de sus dueños.

Y un día, cuando menos lo esperaban los pacíficos aldeanos, pues no había jornada regia por aquellos lugares, se presentaron unos criados de Madrid, que limpiaron muy bien la mansión y así como estuvo, de allí a pocos días se presentó el último marqués de Fuenclara.

Era hombre como de cincuenta a cincuenta y cinco años, de aspecto grave y señoril, aspecto que desde cien leguas acusaba la distinción y la hidalguía.

Parece que el ambiente de la Corte minaba su salud y venía a buscar remedio en los aires del campo.

A pesar de su rango, que podía codearse sin desdoro con la primera nobleza castellana, era de costumbres sencillas, no nada finchado y enemigo mortal de ceremonias y adulaciones rastreras, de suerte que solo quedó para su servicio un ama de llaves, una guisandera y dos criados.

Con mucho regocijo fue recibida la vecindad de su excelencia por el pueblo, y él también parecía mostrarse muy contento de hallarse en la paz de la aldea, lejos del mundanal ruido.

II

LA OCUPACIÓN DE UN HIDALGO

De mañana, antes de salir el sol, ya estaba en pie el señor don Fernando. Hacía sus devociones primeras ante un admirable crucifijo que labraron las primorosas manos de Martínez Montañés, daba luego un paseo por la huerta, que era espaciosa y bien cuidada, tanto que más parecía parque, llevando siempre consigo un libro, que es el mejor

camarada, y al cabo de una hora volvía a buscar el desayuno que de ordinario solía ser unos torreznillos con huevos.

Tornaba después al campo hasta que picaba el sol, y entonces finaba la mañana encerrado en su escritorio, consultando libros y papeles, unas veces, de negocios y otras, de puro entretenimiento, pues parece que también se le alcanzaba su poco en materia de versos y aun se dice que era tan buen latino que llevaba los clásicos, como quien dice, en las puntas de los dedos…

Tampoco era lego en materias científicas; y gustaba mucho de estar al corriente de toda moderna evolución.

Siendo como era varón de noble abolengo, solía decir muchas veces que, aparte de la crueldad del pueblo, la revolución francesa fue una sangría muy saludable para la humanidad, porque por ella se limpió de muchos prejuicios y salvó de muchas infecciones morales y políticas.

Cuando estaba en la Corte, su palacio solía ser albergue de muy notables próceres y magnates de la sabiduría extranjera, y con otros muy insignes que nunca pusieron sus plantas en territorio hispano, solía mantener correspondencia.

Entre los papeles curiosos de su biblioteca podían hallarse cartas de Voltaire y Juan Jacobo Rousseau, y aun dicen que guardaba una copia autógrafa de la célebre fórmula matemática de Newton.

Era, en fin, el hombre un verdadero hallazgo entre la nobleza frívola y degenerada de su tiempo…

Oyéndose el Ave María en la torre de la iglesia, hacía su salutación del ángel, ya sentado en la mesa, y cerraba con la olla, que era netamente castellana y de buena índole. Su sopa de pan en caldo, tan espeso que podía cortarse, su media gallina y buen porqué de garbanzos acompañados de la recia y dorada pelota, su jamón curado al humo, y de añadidura una sabrosa perdiz o algún tierno palomino.

Se echaba luego la siesta hasta la hora de las cinco, en que el sol va ya más humano y la tierra comienza de allí a poco a esponjarse con el rocío de la noche. Ya a este tiempo solían estarle aguardando, en el patio de la casona, el cura, el regidor y el médico, y los tres juntos salían a pasear por los olivos, alongándose muchas tardes hasta *Las Fuentecillas*, que eran término municipal de La Fresneda.

De vuelta, se quedaban un poco en las eras, charlando con los gañanes, y alguna vez les ayudaron a formar su mesa redonda alrededor de una razonable cazuela de gazpacho.

Otras tardes el lugar de parada era el molino de maese Lucas, por hacer honor al agua limpia y cristalina de su alberca. Eran gloria pura en las tardes caniculares aquellas claras y frías linfas, y aun parecían mejor cuando las servían las manos de Flora, la hija menor del molinero.

Era ella una niña que ya iba frisando las lindes de la mocedad, pero se mantenía en todo el dulce candor de la niñez. Rubia era como los trigales por el agosto, y su pelo enmarañado y brillante remedaba una madeja de purísimo oro.

Don Fernando trabó conocimiento con ella una de las primeras mañanas en que salió al campo hasta la hora de entablar coloquio con los suculentos torreznillos.

Iba ella con otras muchachas de su misma edad a recolectar fresa en una huerta cercana.

Al cruzar ante ellas el hidalgo se pararon, llenas de curiosidad; este oyó comentar a las muchachas:

—Es el señor marqués.

—Es don Fernando de Fuenclara.

—El amo del palacio.

—Y del pueblo.

—Y de todos nosotros.

—Dice mi padre que toda esta tierra, hasta Torre Nueva, cogiendo por medio los Alamillos, es suya.

—¿Y la fuente del Zarzal, que está casi a la entrada de Robledo?

—Y aún más allá.

—Y tiene mando como el rey.

—Si tuviera guerra con los moros, podía hacer una quinta con todos los mozos, y llevarles como lleva el rey a sus soldados.

—Qué sabéis vosotras —atajó Flora, que parecía tener influencia sobre todas las demás.

—¿Cómo qué sabemos? Yo se lo he oído decir a mi abuelo.

—Y yo a mi padre.

—Eso era antes; hace ya muchos años. Ahora nadie manda más que el rey.

—Como que era una barbaridad que te compraran y te vendieran talmente que si fueses una caballería.

—Y aunque no te gustara el amo.

—Mira que eran borricos nuestros abuelos

—Mujer, no digas barbaridades, que el mío es un hombre de bien.

—Digo los que hacían esas cosas que dice esta.

—¡Ah!

—Vosotras no habéis visto este palacio; dicen que no lo hay más rico en Madrid.

—En la Corte tiene otro mucho mejor y más grande que este de La Fresneda.

—Y entra en la casa del rey como en la suya, sin quitarse el sombrero.

Don Fernando las oía sin darlo a entender, y se divertía mucho con la disquisición de las muchachas.

De entre ellas, se destacó Flora, haciéndose la disimulada, y pasó en torno a su excelencia, examinándole con mucho detenimiento.

Después de que el prócer juzgó que habían, en parte, satisfecho la curiosidad, entabló parleta con ellas, y no huyeron cual medrosos gorriones, sino que respondieron muy donosamente a las preguntas del Marqués.

La más avispada de todas era Flora, sus palabras tenían más gracia y encanto que las de las otras.

Dio razón de quién era y hasta supo ofrecer su casa.

Como si con esta cortesanía hubiese hecho bastante, dijo muy gentilmente:

—Dios guarde a vuesamerced —Y dieron a correr todas como una manada de corzas.

***

El diurno paseo finaba a punta de noche en el estrado de don Fernando, después de haber rezado el santo rosario.

Entraba con los amigos tertulianos que solía, en una amplia saleta.

Un mozo traía dos enormes velones de ocho mecheros y los colocaba sobre dos bargueños.

Si había llegado posta de la Corte, cosa que acontecía los miércoles y sábados, rompía don Fernando los lacres del sobrescrito y los leía los avisos particulares, que a manera de los poderosos de la centuria anterior, estaba su Jerónimo de Barrionuevo que le tenía al corriente de todo suceso notable, y muchas veces de los comineos y bajas habladurías.

Allí recibió un año una sabrosa gacetilla de Palacio, donde con mucho secreto le daban noticia de que un guardia de *Corps*, muy gentil, había parecido muy bien a la reina, y comenzaba a subir con tal auge por las gradas del favor, que quién sabía si pudiera llegar a ser el primer hombre de España.

Todos cuanto le oyeron se rieron, pero, andando los días, la predicción excedió a la realidad.

Mas la carta gacetillera más pintoresca que recibió y que casi siempre llevaba consigo, porque era cosa de donaire y gustaba mucho de leerla teniendo ocasión, quiero trasladarla a estas líneas, aunque ciertamente nada tenga que ver con la historia en que vamos.

Se la mandaron de Nueva España, y decía, copiada al pie de la letra:

«Recibí aquellas coplas que vuesamerced me envió del cura de Fruime, y el delicioso sermón del párroco de Cieza. Ambos papeles son notables y me han dado mucho que reír, como asimismo a cuantos quisieron oírlos.

»El clérigo gallego me parece un gran socarrón con sus puntas de loco y a las veces de hombre de claro entendimiento; al murciano le tengo por un pobre mentecato gracioso a puras simplezas.

»Porque vea vuesamerced cómo en todas partes cuecen habas, le envió un delicioso bando que el mes pasado mandó *echar* el corregidor de cierta aldehuela cercana a México.

»Le trasladó tal y como salió de su mano, que el original me lo ha procurado el virrey de aquí.

»Va sin comentario.

»Léale, pero júreme primero vuesamerced que no se ha de quebrar de risa.

»DECRETO

El corregidor de aquí biendo que es una baina que naide se mueba a que el pueblo se alebante como una pirámide, a que está llamao por sus encumbradas montañas y en segundo lugar para que todos tomen experensía y diai no se pongan a murmurar si yo tengo que determinarme a proseder contra cualesquiera endebido que no me haga caso a lo que yo mando como autoridá que soy porque fui nombrao por el virrey según la preba que tengo en una carta que me mandó.

ORDENA:

Artículo l. ° Como pa uno saber cuándo otra persona está borracha no es sino fijarse si bá pa los laos y si gomita o también cuando dicen palabras de marca mayor, me boy a poner en atisbo como el que ba a casar un conejo, y al primero que se la dé lo sampo al güeco hasta que se le pase la jalá y pa más calamidá, no se premite beber agua.

Art. 2. ° Igual pena sufrirán los marranos y los perros sin travajo.

Art. 3.° Asoluto se proibe arrempujar a las mujeres en semana Santa, pues, eso dá la margen a las peloteras.

Art. 4. ° Tampoco se permiten grupos de más de treinta personas porque es a la fija que se ponen a hablar mal del corregidor y los comisarios.

Art. 5.° También queda vedao el hablar del cura, del virrey y sus satélites a fin de que no se alborote la política.

Art. 6. ° A los carniceros se les recomienda que han de tener las pesas todo lo más grande que les sea posible, y lo digo pa evitar estafas y demás urtos porque una persona (sin mentar nombres) me pesó esta semana el cacao y me salió disjusto y aunque parezca que no, uno siempre nota la merma.

Art. 7.° Que pa evitar el alsa de los víveres y lo demás respetive a este respeuto, se pone la condición de que el que más puje será considerao como sindicao de monopolio de tal manera que naide se enfurrusque.

Art. 8. ° Estos mandamientos se harán cumplir a punta palo pués lla no aguanto más la geringa de la gente y las tomancias de todo perro y gato.

Publíquese por bando público y ejecútese ahora mesmo…».

III

«TOPITO»

Al decir de maese Lucas, Flora era a un mismo tiempo la alegría de sus canas y la cosa más inútil que había en toda ella, porque a causa de su independencia selvática no se la podía emplear en nada. Tenía un despejo clarísimo, pero era al mismo tiempo tan alocada que no hacía cosa a derechas.

Iba a cumplir los quince años para la Virgen de agosto, y pocas veces se la vio con las muchachas que empezaban a presumir de mozas. Aquella mañana en que la viera el Marqués, era una de las pocas.

No solía gustar de más camaradería que un muchachillo de sus mismos años, a quien todo el pueblo llamaba *Topito*, porque su inteligencia se hallaba completamente opuesta a la de la bella molinerita.

Su ocupación, cuando dejaba de acompañar a esta, no era otra que dormir a la sombra de algún árbol, en verano, o en la solana de la iglesia, en invierno.

Tenía notable y misteriosa habilidad para que los pájaros acudieran a comer en su mano y a posarse sobre sus hombros; aun los gorriones, tan desconfiados y recelosos, viendo a *Topito* acudían a él con increíble familiaridad.

Sabía de coro multitud de romances y coplas, así heroicos como caballerescos, de picardía y de devoción. Las gentes decían que su virtud para que los pájaros acudieran a él con tan admirable mansedumbre no era sino que sabía muy bien la oración a San Antonio.

Fuera de esta habilidad, el pobre muchacho justificaba con creces la oscuridad de su apodo. Jamás había pisado los umbrales de la escuela ni tenía idea de qué cosa fuesen letras.

Era huérfano. Un pariente suyo, rabadán de una majada, quiso llevarle como zagal, y tras muchos torniscones y algún que otro garrotazo, le abandonó a su suerte, porque mirando a apacentar jilgueros, avutardas y aun bubillas, olvidaba el cuido del ganado y rara era la noche que no volvía al hato con un corderillo menos o una oveja perniquebrada…

Desde entonces vivía de la caridad de los aldeanos, quienes a veces podían emplearle en mandados que no tuviesen difícil comisión, tales como traer algún apero de labranza, sacar agua de la noria y regar algún sembradillo; le pagaban después con una rebanada de pan, un tomate o un trozo de queso y quedaba *Topito* tan orondo y satisfecho como un canónigo.

Flora gustaba de su compañía porque la entretenía mucho con los cuentos y romances de su repertorio.

A veces, le servía hasta para desfogar sus enfados.

La contrariaba alguien y se vengaba vejando y pegando al infeliz, que nunca se enfadaba y siempre tenía para su tirana una sonrisa boba en la faz y una palabra amable en los labios.

Otras veces, la condición de hembra tornadiza le mandaba despreciarle y se marchaba por otro lado; entonces, él tenía un imán seguro para atraerla.

—Si vienes conmigo, te diré el romance de *La novia renegada.*

Y tenía que estar muy fuera de tino la moza para no mudar los rencores en sonrisas y acudir como una cordera a la querencia del romance campesino, que era la joya más preciada para ella, en todo el vasto florilegio de *Topito*.

Además, llegando a esta composición se crecía notablemente el hombre, y la recitaba con más emoción que cuantas sabía, sin dejar a una parte aquel romance moro que comienza:

«Servía en Orán al rey
»un español con dos lanzas
»y con el alma y la vida
»a una gallarda africana…».

que hartas veces, en la tarde de disanto, juntó a la gente en la plaza para escucharlo.

Decirle a la triscadorcilla: «Flora, si vienes esta tarde a la vega, te diré el romance de *La novia renegada»*, aunque más de mil veces le tenía oído, era hacerle un gentil regalo…

En cuanto se columbraba un ciego por los altos de La Fresneda, el primero que le salía al encuentro era *Topito*, y si no traía lázaro que fuese lacayo de su ceguera, él le servía de este menester a trueque de aprenderse las coplas que cantara.

Después de que el ciego se hubiera ido, las cantaba él y, sabiéndolas al dedillo, las enseñaba a Flora, imitando en los gestos y en la voz al maestro de quien las tomara.

IV

LOS PASEOS DE FLORA Y DON FERNANDO

Flora y su excelencia llegaron a hacer muy buenas amistades. El prócer salía todas las mañanas como tenía por costumbre y se iba hacia el molino.

Era muy bien recibido en él por maese Lucas, quien se tenía por muy honrado con visita de tal fuste.

Si hubiese habido en la casa rico mobiliario, la mejor silla la hubiera ocupado el Marqués, pero como la pobreza era tanta que solo permitía lo puramente indispensable para vivir, el señor don Fernando había de sentarse en una tajuela de pino, teniendo por estrado un serillo de esparto crudo.

Le placía mucho ver la faena de la molienda y departir un poco con los aldeanos que acudían con su carga de trigo a dar que hacer a la muela, y no eran pocas las veces que con la plata generosa de su bolsillo enjugó algunas lágrimas, que la vida es tan prosaica que tiene penas que se alivian mejor con esencia de faltriquera que con saludables máximas.

Salía luego la muchacha y se iban ambos a pasear por el campo hasta poco antes de mediar la mañana.

Algunas veces encontraban a *Topito*; las dos primeras, que así fue, les acompañó, pero después no quiso, o pretextó algún quehacer, o sin dar disculpa alguna huyó de mala guisa en cuanto les columbraba.

Don Fernando, durante estos paseos, exploraba el alma de Flora, y vio que era en todo sencilla y pura, su inteligencia era viva, pero puede decirse que estaba tan en libertad como su albedrío; era preciso darle cauce, sembrar en ella ideas…

La muchacha, que nunca pudo resistir un solo día la disciplina de la escuela, escuchaba muy gustosa las palabras de su viejo amigo y espontáneo preceptor; a las veces, le hacía repetir las cosas; por ejemplo: aquello de que el Sol está siempre quieto y que es la Tierra la que se mueve a su alrededor, y que las estrellicas del cielo son mundos infinitamente mayores que el nuestro.

Cuánto le extrañaba la teoría de que la Luna fuese un mundo sin vida, con sus montes, sus valles, sus ríos y sus mares como lo de por acá abajo.

Ella tenía pensado que la Luna era una dama que vivió entre los mortales y cuando feneció la condenó Dios, por sus pecados, a estar colgada en el cielo, para alumbrar de noche a los caminantes que peregrinan en la Tierra.

Además de esto, *Topito*, que sabía muchas y muy donosas historias, le había dicho en un romance que la señora Luna era una dama desdeñada por el Sol, su esposo, y que de ello venía el origen de la nieve.

—Verá, su merced, ello es cosa muy linda y de mucho sentimiento, y se cuenta en muy poco espacio.

Y comenzó el romance tal y como se le dijeran los labios de *Topito*.

ROMANCE DE POR QUÉ NIEVA

Más allá de La Fresneda,
camino de la montaña,
vive la señora Luna
en una casita blanca.
Aunque bella es por extremo
y es de rango su prosapia,
no tiene criado alguno,
ni paje que la dé guarda,
ni dueña que la acompañe,
ni menina ni azafata,
ni quien le apague la sed
con un búcaro de agua.
Por las tardes sale triste
al zaguán de su posada,

y da celos al armiño
la blancura de su cara.
En una rueca argentina
que da ceguera el mirarla,
con sus manos de azucena
hila unos copos de plata.
El caballero don Febo,
que todo en oro se engarza,
pues del caballo a los pies
es incandescente ascua,
con un afán muy rendido
ha venido en cortejarla,
y tal dio en cerrar el cerco
que ha conquistado a la dama.
—Si gustáis en ser mi esposa,
señora de la tez blanca
—dicen que le dijo una tarde—
dejaréis la Tierra ingrata,
semillero de miserias,
charco de la vida humana,
en que se pudren los cuerpos
y se condenan las almas;
os llevaré a mi palacio,
más alto que las montañas
y más alto que las nubes,
donde ni aún llegan las águilas.
Seréis señora del mundo,
pues que estará a vuestras plantas,
y le alumbrará de noche
el fulgor de vuestra cara.
El galán razonamiento
ha convencido a la dama,
y dio su mano al doncel
que tan rendido le habla.
Sale con él una tarde
de su casita tan blanca,
camino de aquel palacio
donde no llegan las águilas,
y se conciertan las bodas
y al fin y al cabo se casan,
prometiéndose venturas
en todo punto extremadas.
Pero ¡ay! triste de la niña
que da crédito a palabras
del galán libidinoso
que solo piensa en gozarla.
Aún no había transcurrido
apenas una semana,
cuando el dorado doncel
amores nuevos buscaba.

En comenzando la noche
sola se queda la dama,
pues el esposo no torna
hasta clarear el alba.
Pero una de aquellas veces
se hace la ausencia más larga,
y la esposa tal se aflige
que el manantial de las lágrimas
inunda sus bellos ojos,
bañando su linda cara;
el llanto cae a la tierra
formando copos de plata,
y la cubre por entero
como una túnica blanca.
Esta fue la vez primera
que sobre el mundo nevara,
y de entonces,
cuando nieva,
tiénese por verdad llana
que está llorando de celos
la infeliz mal casada,
porque la ausencia de Febo
se hace demasiado larga.

No dejó de parecerle bien el romance al señor don Fernando y fue en manera que le vino en gana tomar traslado de él para decirle luego a sus cuotidianos amigos, que a fe que habrían de holgarse casi tanto como él se holgara…

V

LAS ANSIAS DE «TOPITO»

Una de las mañanas que la zagala volvía de acompañar al Marqués hasta las mismas puertas de su palacio, al entrar en los olivares para tomar la senda que conducía al molino, se halló con *Topito*.

—Te esperaba, Flora —le dijo este, no mostrando ni en las palabras ni en el rostro aquel contento desaprensivo que solía.

Y entre ambos se entabló este coloquio:

—¿Pues qué pasa?

—Que desde que ha venido ese señorón de la Corte no eres la misma de antes.

—Tú sí que no eres el mismo, pues viéndonos, como la otra mañana, corres y te escondes, talmente que si vieses los demonios del Infierno.

—Y ¿piensas que no hago bien? ¿Qué pinto yo entre vosotros? Ya no podemos hablar como solíamos, tú contándome tus cosas y yo diciéndote las coplas y romances. Ya no me escuchas ni *La novia renegada*. Lo que te cuenta el señor Marqués te entretiene más. Son más bonitas las cosas que él dice porque sabe más que nosotros.

—Y ¿qué quieres decir con todo eso? Así Dios me salve como no sé a dónde caminas por estas vueltas y revueltas, *Topo*.

—¿Que no hablo claro? Que me duele que me tengas en este olvido y abandono en que jamás me tuviste hasta ahora. Bien sabes que yo no tengo apego ni querer de nadie si no es de ti. De más muchachos que de ahora, anduvimos siempre juntos por estos bosques y prados y para mí no hay más vida que la que a tu alrededor se desenvuelve; ni ley tengo a los pájaros cuando no estoy contigo; el desprecio con que la gente me mira y las burlas de los rapaces nada me importaban con tal de estar junto a ti, y ahora que hallo en que tú también me olvidas por la parlería de un señor viejo, que si no fuera como parece hombre maduro que va para la vejez más me pesara de lo que me pesa.

—¿A qué viene esa pesadumbre?

Al disparo de esta pregunta el mozo bajó los ojos y estuvo un buen tiempo sin responder.

Al cabo de ellas, dijo poniendo en las palabras tanta emoción como de ordinario ponía cuando le recitaba a Flora trovas y consejas de amor; si alguna persona ajena le estuviera escuchando, a fe que se hiciera mil cruces, pues no eran de esperar tales arrestos en mozo de tan cortos alcances:

—Flora, hasta hace poco, parecíamos el uno la sombra del otro, nos criábamos como hermanos, y nunca tú ni yo nos dimos a mirar la fuerza y motivo de esta fuerte inclinación; acaso lo más que nos ocurriera es que ello tenía por causa la fuerza de la costumbre. Ha sido que yo te viera acompañada por un hombre para que supiese qué cosa es el amor que anda en esas coplas que te digo cada día; y aun más allá voy, que también sé qué son celos.

—Y ¿dónde aprendiste eso que tan bien te hace hablar y mejor que el maestro de escuela?

—En ti; tú fuiste el libro que me lo enseñó, y si lo primero lo aprendí sin darme cuenta y muy dulcemente, lo segundo me cuesta muchas amarguras y muchos duelos… Jamás di con romance, por endiablado que fuese, que me costara tanto…

Las mejillas de la moza tomaron por un instante el tinte suavemente bermejo del rubor.

Su vista clara y serena se posó en el suelo y por primera vez no supo dar respuesta a lo que *Topito* le hablara.

Ya se ha visto que no era ella nada melindrosa que se atascara en razones y, sin embargo, el rústico muchacho supo darle con sus sentimientos de aquella tarde la primera lección de vergüenza, dicho sea en el justo y sano sentido de la palabra.

—Habla, mujer, di algo —continuó *Topito* cuando ya el silencio se iba haciendo demasiado largo.

—Y ¿qué quieres que te diga? —acertó a decir quedamente Flora, mientras enrollaba y desenrollaba la punta de su delantal.

—Lo que te mande tu sentir; yo te he dicho ya el mío, y bien puedes creerme que no ha sido poca faena, pues acá adentro lo tenía mordiéndome el corazón y, como estaba tan entristecido, no quería salir…

El coloquio queda cortado bruscamente cuando iba en lo mejor, porque sin duda Flora comenzaba a prevenir la respuesta al impensado descubrimiento del alma enamorada de *Topito*, y fue porque, a este tiempo, cruzó ante ellos un mozo de mulas con una yunta.

Así como los viera, dijo truhanescamente:

—Pero ¿aquí están la loca y el bobo? Me valga Dios que ya sois grandullones para andar solos tan a deshora. Qué, Florida, ¿te estaba diciendo alguna cantilena nueva? No lo creas, que todo es mentira.

La muchacha se rio por disimular y, por llevar más allá el disimulo, dijo:

—¿Vas a que beba el ganado?

—Sí —respondió el mozo.

—Pues llévame en la mula pinta hasta la fuente, que de allí a mi casa hay dos pasos.

—Te llevo —repuso el otro—; trae acá la mano.

Le dio la diestra Flora, y ligera como una pluma, ayudada por el fuerte impulso del gañán, saltó al lomo de la poderosa bestia.

Topito, muy dolido, volvió grupas y se fue a su guarida, que solía ser la lonja de la iglesia.

Comenzaba a ser noche cerrada.

En lo que duró el coloquio se había escondido enteramente el sol.

Aun algunos ramalazos luminosos encendían el vellón de unas blancas nubes, pero poco a poco iban perdiendo la intensidad y acababan por ser unos manchurrones como algodoncillos impregnados de tinta aguada.

Topito los miraba y se le antojaba que de aquella guisa estaban entonces las telillas de su corazón y los desvanes de su cerebro.

Algunas estrellas tachonaban la inmensidad del cielo y comenzaba a triunfar la noche.

También las miraba el infeliz, porque pensaba que acaso ella las contemplara y así en aquel mismo punto y hora y a tanta distancia vinieran a juntarse las miradas de ambos…

VI

LA MISERIA DEL MOLINO

Cuando Flora llegó al molino ya era noche cerrada.

En la cocina se hallaban maese Lucas y sus dos hijos, que ya eran mozos.

La muchacha empujó la puerta y saludó, como tenía por costumbre.

—¡Ave María Purísima!

Nadie le respondió.

Los hermanos la miraron hoscos y el padre mustio y cabizbajo ni aun levantó los ojos del suelo.

Uno de ellos dijo al fin:

—Solo esta loca vive sin pena ni gloria como los inocentes del Limbo.

Y el otro añadió:

—¿Qué se la da a ella de los apuros de la casa ni de que nosotros echemos los bofes por sacarla adelante, mientras ella corre y trisca como una cabra descarriada?

—Dejad a la muchacha —protestó maese Lucas—. ¿Qué tiene ella que entender en estas cosas? No las podemos remediar nosotros, que somos hombres, y vamos a querer que ella las componga.

—Con esas alas y disculpas no hay forma de hacerle entrar en razón —arguyó el mayor—; otras hay tan mozas como ella que traen el gobierno de su casa en las puntas de los dedos.

—Bien, siempre ha sido así y no se ha de mudar ahora porque a vuestro mal humor le venga en gana.

Y, tras esto, tomó el hombre a sus meditaciones.

Flora hizo por cenar, pero pensando en la preocupación de su padre apenas atravesó bocado.

La cena fue triste. Durante ella se dio cuenta la moza de lo que pasaba.

El año había sido peor que malo. Maese Lucas no podía pagar el arriendo del molino, y el dueño, que era el usurero de peores entrañas de toda la comarca, amenazaba con embargarle si no satisfacía la cuota el domingo, después de la misa mayor.

Y el infeliz menestral no veía resquicio claro por donde salir a finalizar su compromiso.

Aquella fue la primera vez que Flora tuvo noción de los sinsabores de la vida.

Por la tarde, *Topito* le había mostrado algo de la savia vivificadora que es flor de ella: el amor.

En toda la noche pudo conciliar el sueño. Su cabeza era una devanadera de ideas; aun podría admitirse por cosa cierta que lloró.

Ya de madrugada logró cerrar los ojos, y como el sueño era tardío, ya había sol por todo el mundo cuando quiso saltar del duro lecho.

***

—Hoy te dormiste, amiga —le dijo don Fernando cuando llegó a visitarle en el mismo jardín de su casa, porque ya hacía rato que volviera de su habitual paseo mañanero—. Tuve que hacer solo la caminata, y como no tenía con quién hablar di la vuelta antes. ¿Cómo fue esta ausencia?

Y por vía de respuesta, Flora rompió a llorar.

Don Fernando intentó consolarla, pensando que la causa de tal sentimiento no tuviese más alcances que los de alguna niñería.

—¿Tuviste gresca con *Topito*? —le preguntó paternal—. Ya le diré yo a ese ganso…

—No diga nada vuesamerced a *Topito* —respondió la afligida, entre sollozos—. ¡Pobre chico!

El magnate alzó la cara de la muchacha y en verdad que se conmovió mucho, porque estaba maravillosamente linda con el adorno de las lágrimas, que era como de perlas licuadas. A buen seguro que fuera esta la vez primera que vio en Flora la mujer… El corazón le dio este aviso.

Un poco más sosegada con las consoladores palabras del Marqués, la niña contó la tragedia de su casa.

La oyó su excelencia, y dijo:

—Para todo hay remedio en el mundo si no es para la muerte. Vamos a ver qué dice tu padre de esto.

Y acto seguido, el hidalgo y la villanita tomaban la senda del molino.

Muy contra costumbre, hidalgo y moza caminaban en silencio. No como solían, con muchos ingenuos donaires por parte de la muchacha y mucho contento por parte del marqués.

Y era que cada uno traía empleado el pensar; Flora, en la pena de su padre; don Fernando, en la transformación que el pesar había puesto en la zagala. Esto le había a él abierto un afecto nuevo.

Mientras caminaba no hacía más que mirar a hurtadillas, y cada vez que ponía los ojos en la muchacha le parecía encontrar un nuevo encanto que hasta entonces estuvo dormido. Y como si hablara por distraerla de sus melancolías, le preguntó en tono que pugnaba por ser jovial y no era sino interesado.

—Di, Florilla, ¿tú no tuviste nunca novio?

—Soy muy chica aún para eso —respondió ingenuamente…

Y no hablaron más, porque, en aquel preciso momento, llegaban al molino.

VII

PRELIMINARES DE NOVIAZGO

El señor don Fernando se dio el misericordioso placer de remediar, no más que con un puñado de plata, la penuria de maese Lucas.

En principio, el buen hombre se resistía a declarar su miseria por ese extraño pudor que nos hace mirar casi como delitos los apuros y estrecheces de la bolsa, mas luego, paternalmente asediado por el marqués, dijo de lleno su malaventura y no le costó menos que bañar su relación en lágrimas.

Don Fernando le animó de buena voluntad, y le dijo que, estando él allí, la cosa no merecía más importancia.

Estando en esto acertó a cruzar el arrendatario, y a vuelta de las cédulas de cobro, quedó satisfecha la trampa y maese Lucas, libre y limpio de aquel enfadoso cuidado que le minaba la salud.

El buen hombre no sabía cómo agradecer tan extraordinario favor, y la vida que le hubiese pedido don Fernando se la diera como una gota de sangre.

El hidalgo ni aun consintió en que le besara la diestra a fuer de agradecido, y únicamente estrechó fuertemente la del molinero como pacto de amistad…

De allí a poco se operó un notable cambio en Flora.

Ya no triscaba y corría tanto por los campos a todo su talante y gusto, sin otra amistad que la de *Topito*.

Se la veía menos por valles y laderas, y las claras ninfas de aquel arroyo escondido entre la grata espesura de unos álamos, no disfrutaban ya de las galanterías de besarla los pies todas las tardes.

Don Fernando la había tomado por su cuenta y la había hecho comprender que hay más vida y más cosas dignas de atención que la belleza y libertad del campo. Comenzó a darle por sí mismo lección de leer y escribir. No era torpe la discípula; en breve tiempo conoció muy bien las letras y al poco tiempo leía de corrido y aun con gentil y buena gracia.

A ella misma le entró una noble comezón por saber y acudía de por sí con las lecciones aprendidas.

Muchas veces solía decir graciosamente a su maestro y protector:

—Mire, su merced, que he sido holgazana y descuidada; si por ventura no se le ocurre venir por acá, buena borriquita de carga hubiese salido la señora Flora.

Y añadía con alborozada resignación:

—Bien es verdad que para correr y triscar por estos prados y montes, como las cabras montunas, no me hacía falta ser una Santa Teresa de Jesús.

—Así es la verdad —replicaba el Marqués—, pero tampoco para valerte y parecer bien en el mundo pretendo yo que lo seas en sabiduría. Las mujeres bachilleras y literatas son la peor plaga del mundo.

—Tiene razón vuesamerced —argüía Flora—; tanto se peca por carta de más como por carta de menos, o de otra manera, lo poco agrada y lo mucho enfada; y también se dice mucha grasa empalaga la olla.

—Bueno, mujer —la atajó riendo don Fernando—, cesa en los refranes. Los ensartas tan buenos y abundantes como el bellaco de Sancho.

—¿Algún paje de vuesamerced es ese Sancho? Pues tráigale por acá, que por muchos que el tal sepa que más le diré yo, que el bueno de *Topito* me enseña mil cada día.

—Este Sancho es otro que ya sabrás muy pronto quién fue. De dos cosas más quiero yo que te corrijas.

—Dígalas vuesamerced, y saberlas yo y empezar a poner los medios por obra, todo será uno.

—De ensartar refranes, y más de que te los enseñe *Topito*.

El pobre muchacho no había entrado en la simpatía del Marqués y menos desde que Flora empezó a parecerle bien.

***

Así como don Fernando había hecho labor meritísima encauzando las buenas disposiciones de Flora, Natura, a su vez, no había estado ociosa, que tales prodigios hizo con la moza, que en breve espacio la trocó en hermosísima mujer.

Y en este punto y hora fue donde comenzó el desasosiego del señor don Fernando de Lera, marqués de Fuenclara.

Como cada día, advertía en la muchacha una condición más que adorar, aconteció que se le fue entrando en el corazón, y cuando Natura acabó de labrar su magnífica obra, ya el buen hidalgo no tenía más ansias en la Tierra que el buen amor de Flora.

Sin embargo, no se atrevía a decirle nada.

Aquel favor prestado a su padre le ataba tan fuertemente la voluntad que no fuera tanto si las ligaduras pudieran ser amarras de acero.

De suyo era generoso y noble y no quería que aquel amor que nacía en su pecho tan intensamente pudiera ser correspondido por forzoso agradecimiento, y así se contenía en manifestar su sentir.

Muchas desazones pasaba a solas, no ya en pensar en la muchacha, sino en discurrir si le estaba bien o mal aquel amor.

La disparidad de años le daba mucho tormento.

Qué dirían de él cuando se supiese su determinación en la Corte.

Pensarían que era un viejo libidinoso que antes se dejaba llevar arrastrado de la lascivia que del brazo del Amor.

Alguna vez pensó si no sería más noble dotar a Flora y casarla con algún mozo honrado de La Fresneda. Si *Topito* no fuera tan simple…

Pero apenas entraba esta idea por las celdillas de su magín, y más si llevaba por cabo al zagalillo errante, le entristecían los celos y mudaba en vengativo y rencoroso su natural apacible y noble…

Era el Amor, que asestaba sus últimos y más crueles golpes contra aquel corazón fatigado de las jomadas de la vida.

Flora continuaba la costumbre. Iba de mañana a buscar al Marqués; salían juntos y volvían luego al palacio, donde daba su lección de lectura y escritura. Poco antes del Ave María, tomaba la vuelta del molino; a la caída de la tarde acudía allí don Fernando y, al retirarse a punta de noche, le acompañaba Flora, seguida de *Marquillos*, un hermoso perro de ganado.

Topito había caído en el más profundo olvido; ya apenas si la moza le escuchaba alguna vez, y la primera en que le halló a mano, después de aquella entrevista de la fuente (pues el infeliz estuvo enfermo de tercianas muchos días en la choza de un pastor cabrerizo) fue para decirle que ya no necesitaba de la enseñanza de sus romances, ya que había aprendido a leer y tenía quien le enseñaba otros tan lindos y aún mejores.

Mucho sintió el vejamen el zaherido, que aun parece que no pudo responderle con palabras, sino con lágrimas, y se fue a sus soledades; si alguna vez daba en la aldea, no podía por menos de mostrar su odio al Marqués arrojando alguna piedra a los balcones del viejo palacio de los Fuenclara.

De esta suerte podían saber los moradores del linajudo caserón cuándo se hallaba *Topito* en la Fresneda, pues aun cuando tan *insigne* personaje hiciera su visita de incógnito jamás dejaba de hacer semejante despedida.

Con oír el estrépito de los cristales rotos (pues tal acierto tenía que casi siempre atinaba de lleno con alguna vidriera), se daba momentáneamente por satisfecho.

Se le antojaba que con cada pedrada destruía una ilusión de don Fernando.

Pero así como dejaba satisfecha su pobre venganza, tornaba a su intensa melancolía, a pensar en el olvido de la ingrata que poco antes no acertaba a dar un paso sin él fuera de la aldea.

Y caminaba muy despacio y tambaleante, casi encorvado, como si llevase a cuestas la alforja moral de sus duelos y quebrantos…

Alguna vez, por distraer su pena, acompañaba sus pasos con alguna canturía que aprendiera de labios de los errantes romanceros, y era de las que más prefería (dejando a una parte el romance de *La novia renegada*), esta glosa:

¿De dónde vienes, paloma,
tan puestecica de gala,
con tanto fuego en el pico
y tanta nieve en las alas?
¿Dónde tienes el nido, paloma,
allá arriba en la montaña
o acá abajo en la llanura?
¡Palomita blanca!
Me dirá la palomita
si en el decirlo no pierde
voto que tenga jurado,
en los remansos que bebe
y en los trigales que come
y en las ramitas que duerme.
Palomita blanca
como la nieve.
Dicen que, aunque eres paloma
y de tan medroso aliento,
picoteas corazones

en manos de un halconero.
¡Me libre Dios de palomas
con intenciones de cuervos!
¡Ay, madre! Yo no sé cómo
me picó en el pecho.
Picadura de paloma
a fe que no lo parece,
que no hay paloma que hiera
tan hondo como tú hieres.
Tan grande, madre, es la herida,
que no hay doctor que la cierre.
Palomita blanca
como la nieve,
me picó en el pecho,
¡ay, cómo me duele!

***

Burla burlando se había metido Flora en el corazón de don Femando, tanto que, a pesar de los escrúpulos que le quitaban el sueño, determinó procurar su felicidad.

Ya se ha dicho que si había pasado la edad de la juventud, aún no había entrado en la de la vejez; se mantenía muy bien en la estación intermedia.

Flora escuchó un poco confusa, pero con agrado, aquellas primeras palabras que el amor le dijera; también ella, por efecto del continuo trato, había cobrado al Marqués un afecto que rebasaba los lindes de la amistad; no entendía ella qué fuese cariño, pero el corazón le ordenaba tan recio que no sabía apartar su recuerdo del magín.

—Todos estos lugares serían tuyos, como lo son mi vida y mi alma —le decía el enamorado Marqués—. Me trajo a esta aldea, tú lo sabes porque muchas veces te lo he dicho, el ansia de quietud y sosiego que no hallaba en la Corte, y ahora, al cabo de los días, he venido a encontrarme, por obra y gracia de tu hermosura, más confuso y lleno de pesadumbres, gratas pesadumbres que no las trocara por todas las felicidades del cielo y de la tierra…

***

Como don Femando vio que tenía el cariño de Flora, no receló en hablar con maese Lucas, porque le parecía que de esta manera quedaban ya rotas las trabas que tuvieron que contenerle.

La pretensión era tan halagüeña para el pobre hombre que la estaba oyendo de los mismos labios del pretendiente y no acertaba a darle crédito.

Al final, ¿qué habría de hacer si no consentir y quedar con ello muy honrado? Solo una cosa suplicó, y era que en tanto que se concertase tan buen partido, él no debía abandonar su molino, y aun luego, siquiera agrandase la industria, tampoco dejaría el oficio en que medraron sus abuelos y sus padres…

Consintió en ello el Marqués y aun vio en este deseo la hombría de bien que rebosaba el alma de maese Lucas, pues miraba al bienestar de su hija, que no al suyo.

No dejó de conocer la diferencia de edades, y en la manera más delicada y cortés que pudo, dentro de su rustiqueza, no quiso dejar de decírselo a su aprendiz de yerno, no fuese que el amor le pusiese tan apretada la venda que no le dejase ver cosa que, desgraciadamente, habría de estar a la vista de todo el mundo.

—-Mire, señor don Fernando, sin que de la sana intención que me guía tome ofensa su merced, que la pasión nos quita muchas veces el conocimiento, y me llenaría de tanta pesadumbre que no me dejara acabar en paz mis días, si un día cayera su merced en la cuenta.

—Si no viera yo tan claro como la luz del sol que la muchacha me quiere, no piense usted que me arrojara a tanto, además, que no es tan provecta mi edad que me ahorre de parecerle bien a una mujer —le respondió el Fuenclara, un tantico puntilloso.

Y como lo conoció Lucas, pensó que era bien no escarbar más en el asunto.

VIII

FLORA LA CAMPESINA, DAMISELA EN LA CORTE

El marqués de Fuenclara quería que su esposa pudiera presentarse en la Corte con todo el rango y grandeza que tan insigne casa merecía.

Para ello, era necesaria muy exquisita instrucción, de la que Flora estaba ayuna, pues con él no logró más que aprender a leer, escribir y un poco de números, lo imprescindiblemente necesario.

Un año educativo en Madrid le estaría muy bien, y luego a ser señora de Fuenclara.

De esta manera, lo hizo comprender el galán a la novia y a su padre, y de allí a una semana, que todo estuvo prevenido, salieron de la aldea en la magnífica silla de postas, con rumbo a la Corte, la villana y el usía.

Don Fernando se proponía hacer un viaje a Nueva España, donde, por la gracia de Dios y fortuna de sus mayores, tenía muy rica hacienda.

No era él de estos ricachos muelles y remolones que solo atienden a disfrutar los bienes de su casa sin curar de mantener su crecimiento, y así cada lustro se daba una vuelta por sus vastas posesiones de Ultramar. Aquel año, precisamente, según su cuenta, le tocaba viaje, y aprovechó este tiempo que su futura se tendría que quedar atendiendo al cultivo de la inteligencia.

Hasta más allá de las eras salieron los asombrados vecinos de La Fresneda a despedir a los viajeros. Aun algunos que estaban enfermos quisieron presenciar la novedad de ver en coche y vestida a lo señora a la triscadora Florilla, y se hicieron sacar a la puerta de la calle, va que no pudieran seguir al gentío.

Por mucho tiempo tuvieron las comadres del lugarejo tela para cortar sus murmuraciones.

Como la Humanidad es de suyo malintencionada y más se duele que alegra de la bienandanza del prójimo, pocos eran los que comentaban favorablemente para el buen nombre del molinero la determinación del marqués de Fuenclara.

Maese Lucas y sus hijos proseguían en el cuido de su molino, ni más ni menos que si la ventura no hubiese entrado en la casa.

Algunas tardes pasaba *Topito* ante la puerta y se detenía un poco, luego proseguía silencioso y triste, como si llevara un gran pesar en el alma. Solo cuando no había en el campo la caridad de gañanes y pastores entraba en la aldehuela.

Merodeaba en torno a las casas tomando lo que le daban buenamente.

Al molino jamás volvió a acercarse por mucho que la necesidad le obligara.

Alguna vez los hermanos de Flora quisieron socorrerle, dándole como pretexto que les hiciese algún mandado, pero como si ellos fuesen culpables del desvío y abandono que la muchacha tenía para con él, siempre les recibió huraño y antes prefirió las dentelladas crueles del hambre que sosegarla en aquella casa.

Incluso el espacio que le circundaba parecía que le abrasaba los pies.

Alguien que llegó a reparar en la causa de aquella enemiga, se lo dio a entender, pero más que en riesgo de pesarle estuvo, porque aunque *Topito* era de condición mansa y pacífica, no sufrió la sutileza y dio con furia tan insana sobre el entrometido que este tuvo que fiar su libramiento a la ligereza de los pies.

De allí adelante le dejaron en paz, abandonándole a su suerte como cosa que no tenía remedio. Cuando les parecía bien, le daban amparo y, cuando no, le arrojaban del pueblo.

***

En el palacio cortesano de los Fuenclara, quedó Flora al cuidado de una dama respetable, que dicen que no tenía ninguna de las perniciosas condiciones que suelen tener las que se dedican a su oficio.

Era, aunque no vieja, rancia, ridícula, beata, escrupulosa y malhumorada.

La acompañaba un mayordomo rodrigón a la manera que lo fue el *Escudero* de Espinel, esto es, viejo, pícaro e hipócrita.

Un padre de la Merced, mediano gramático, le valía por maestro de Letras.

Un abate francés, que pudo huir de la sarracina revolucionaria, le daba lecciones del armonioso idioma de Molière.

Un maestro de la Real Capilla la aleccionaba en el uso del clavicordio, y un bailarín del coliseo del Príncipe la guiaba en la ciencia de Terpsícore.

Mas si cada uno era autoridad en su arte, como Dios ha dispuesto que no haya cosa perfecta en el mundo, he aquí que cada una de estas eminencias tenía un defecto humano, el cual, al final, venía a redundar en perjuicio de la educanda.

El ama era tan amiga de los usos y costumbres nuevos que habían venido de Francia con la dinastía borbónica, que no hallaba cosa buena en España.

El gramático era un hombre adocenado sin pizca de sentido estético.

El abate no sabía más que francés, y a la par del ama, no encontraba entre nosotros nada notable. Únicamente hallaba bien la más vergonzosa y cruenta de nuestras aficiones: las corridas de toros le entusiasmaban; ningún lunes dejaba de asistir a la plaza.

El maestro de la Real Capilla era sordo; así imagínense cuáles serían los adelantos de la discípula en el manejo del clavicordio.

El maestro de baile era el más redomado pedante de cuantos había en Madrid. Ponía divinamente las danzas, pero solía acompañar la lección con tal cúmulo de ademanes ridículos y discursos melifluos y empalagosos, que no le sufriera el diablo…

Era, en fin, aquella, una academia de pedantes, capaz de dar al diablo con el discípulo mejor equilibrado; figúrense, pues, lo que harían con Flora, toda sencillez y rustiqueza.

Los primeros días, como se le hacía novedad el cambio de vida, solo con fijar la atención en las cosas nuevas que acaecían ante sus ojos, no lo pasó mal del todo, antes le sirvió de distracción, pero así como le señalaron hora precisa para levantarse, hora precisa para la lección, hora precisa para comer, hora precisa para pasear y hora precisa para dormir, comenzó a entrarle la nostalgia de su selvática libertad y abominó la vida señoril y monótona.

—Si estuviera acá don Fernando —solía decir—, no consentiría esto y saldríamos juntos como en La Fresneda.

—El señor don Fernando —replicaba la dueña catedrática— no quiere sino que su merced se haga una señorita distinguida, ni más ni menos que si se hubiese criado en la Corte, para que cuando esté, como si dijéramos, en su punto, encumbrarla a marquesa de Fuenclara. ¡Ah, cuántas damas de rancio abolengo tendrán envidia de su merced…!

Con tales preceptores iba Flora labrando las jornadas para ser marquesa, pero cuando se hallaba sola con sus pensamientos y los recuerdos amables de su vida anterior, solía

entristecerse y añorar con mucha pesadumbre los capítulos transcurridos en la tranquila paz de La Fresneda.

Así como allá dio presto de lado la amistad con *Topito* y no la dejó emoción alguna el momento de aquella tarde en que el desgraciado mozalbete se sintiera hombre, ahora que se miraba lejos de él, solía añorarle muy melancólicamente. Si pudiera quitarle el cruento amargor de aquella pesadumbre…

Nunca con más fijeza tuvo en la memoria las coplas y romances que él la decía. Retornaban a ella como un grato aroma del campo. Sobre todo, aquella conseja de *La novia renegada*…, y los versos sencillos de la rústica poesía llegaban a sus labios como un reproche, como un anatema contra el ingrato desvío que tuvo para el infeliz. Si hasta se dijera que eran una profecía:

Galana viene la moza
de allá de tierra de Indias,
y sobre galana, viene
hecha un mar de argentería.
Antes de dejar la aldea,
(hará un año y quince días)
estaba la moza guapa,
que el mirarla daba envidia.
Por fuera en el vestir,
pecaba ya de sencilla,
que el diablo lleve lo más
que hubiese de una basquiña
de lino azul y unas blondas
sin más lujo que el ser limpias,
y, ahora, en bosques de randas
viene la moza escondida.
Trae más lujo en el vestir
que en la salud. Yo daría
algo bueno por saber
por qué llevó lozanías
y trae galas y riquezas
que aun quiero bien a esta niña,
y sus gorjas me contentan
y sus duelos me lastiman…
Cuentan que a probar fortuna
se ha partido a las Indias.
¿Es que la Fortuna, acaso,
al llegar la esperaría?
Acá, se dejó un galán
llorando, porque se iba,
pero llorando de veras,
que es fama que la quería.

Y ahora que el galán le ha visto
de lejos y tan pulida,
no consiente en acercarse,
que dicen que la mataría.
A quien le escucha, le cuenta,
lleno de pena y de ira:
«¡Llevó salud y trae joyas,
se fue pobre y torna rica!
El amor que él le fiara
y el candor que ella tenía,
por el lujo con que viene
acaso los vendería…».

Y los postreros versos, casi siempre, solía decirlos con lágrimas en los ojos y ahogos en el corazón…

IX

LA VUELTA DE LOS NOVIOS

Aún más presto pasó el año de lo que todos desearan, que el tiempo es fugaz y tiene alas veloces.

Muy poco antes de cumplirse hubo noticia de que llegaba al puerto la flota de Nueva España y que en ella tornaba el marqués de Fuenclara.

Como era cosa convenida de antemano que a su vuelta le esperase Flora en el palacio de La Fresneda, apenas se recibió en la Corte aviso de la arribada, la trasladaron a la aldea, y a fe que con tanto lujo y comodidad no hiciese jomada princesa de la sangre.

Aun su guardia de escopeteros llevó por escolta, tanto que en muchos de los lugares que cruzó entendieron seriamente que era persona real.

Aquel día fue de fiesta en La Fresneda.

Eran de ver maese Lucas y sus hijos, Ricardo, Leoncio y Valerio, vestidos de fiesta y haciendo, como quien dice, los honores de la casa a sus convecinos, porque la futura Marquesa no aposentó en el molino, sino en el solar de los Fuenclara.

Se holgaron los muchachos porque aquel día no tuvieron escuela, se refocilaron las comadres porque pudieron cortar y rajar a su antojo y se alegraron las mozas, con la esperanza de ver usos y modas de Madrid.

No fueron poco motivo de curiosidad los maestros que habían hecho de la rústica molinerilla una señorita remilgada y de ridículos modales.

Al otro día de la llegada, así como descansaron de la incomodidad del viaje, salieron por el pueblo y fue tal la curiosidad de los grandes y la impertinencia de los chicos que tuvieron que reducirse al amplio jardín del palacio.

De la dama decían que si era la *Tarasca* que les había cedido Madrid para las fiestas del Corpus.

—Debe de ser, sin duda, que allá han comprado otra nueva y nos envían esta de desecho.

Del bailarín hacían mil sátiras por su tipo escuálido.

Del fraile, por todo lo contrario, que parecía una bola de nieve, si no llevara toda la capucha, por la parte de delante, manchada de tabaco.

Del rodrigón hacían chacota por lo finchado y grave, siendo como era el mayor bellaco del mundo.

De suerte que, después de haber sido por un día el regocijo de toda la gente aldeana, tuvieron que encerrarse, vergonzosos y corridos, para no dar lugar a que las faltas de respeto que ya tenían recibidas subiesen de tono.

De lo primero que recibió gusto Flora así como puso el pie en la aldea fue de recorrer los sitios acostumbrados, antes de su ventura, pero ya no los recorrió con aquella encantadora libertad de entonces, sino con una afectación grave y mesurada, seguida por sus preceptores cortesanos.

Al tornar de su paseo creyó ver, por entre los olivos que circundaban la fuente, la figura astrosa y macilenta de *Topito*. Se mudó mucho y torció el camino.

En su magín, vibraban claramente como si cierto los estuviera oyendo, los versos del romance:

Galana viene la moza
de allá de tierra de Indias,
y sobre galana viene

hecha un mar de argentería…

Mas no oyó la voz ni vio al mozo desdeñado.

Mal podía verle, que cuando él supo que Flora tornaba a La Fresneda, huyó del lugar como el diablo de la Cruz y, sin duda, que se fue a lo más intrincado del monte y aun no faltó quien dijera haberle visto pasar a la Extremadura con los pastores trashumantes que traen sus ganados a pastar en Castilla…

***

No más de un día se detuvo el marqués de Fuenclara en su casa de Madrid, a la vuelta de Nueva España.

Desde Cádiz partió a la Corte en el mismo día que desembarcara, sin tomar descanso alguno, a pesar de lo larga e incómoda que fue la travesía.

Como dicen, no se le cocía el pan hasta el punto de ver hecho realidad su sueño dorado, que era unir la madurez de sus años con los primaverales de Flora.

No se detenía en el camino más que lo justamente necesario para descansar, y aun en muchas ventas no hacía más de mudar los cansados tiros por otros de refresco. Así aconteció que en menos de una semana se plantó en Madrid.

Se detuvo aquí otra fecha para tomar reposo y, al clarear la siguiente, que era una fría mañana de Otoño, reanudaba su viaje hacia el norte de sus pensamientos y finisterre de sus ansias.

Quién fuera capaz de seguir los vuelos de su imaginación, que al cabo de los años volvía a soñar como cuando era mozo.

Habían vuelto al maduro don Fernando todos los bríos e ilusiones de la mocedad.

Cierto es que se ama intensamente dos veces: la primera y la última. La postrera, sin duda que ha de ser con el impulso desesperado de la llama que está próxima a extinguirse, y en un momento dado reconcentra todo el fuego…

Y llegó a su palacio el último marqués de Fuenclara…

X

EFECTO CONTRARIO Y COMPÁS DE ESPERA

El recibimiento tuvo sus puntas y ribetes de recepción cortesana.

Flora vistió las mejores galas que tenía, e hizo al recién llegado tan rendidos agasajos que no hiciera más el maestro de ceremonias de alguna catedral tudesca en día solemne.

No agradó esto en principio al prócer, que esperaba ver a su futura, si bien un poco más pulida en cuanto a instrucción, no con resabios de pedantería, mas no dijo nada, porque no fuesen de enfado sus primeras palabras de retorno.

Mas al hallarse frente a frente con los *progresos* hechos por la que tenía que ser su esposa, no fue hombre para sufrir aquellas ridículas maneras, todas afectación, enseñadas por la dama, aquel francés aprendido pronto y mal, aquellos pasos ridículos de bailes parisinos, los discursos gramáticos y la desarmonía del clave. Era que todas las enseñanzas habían florecido en los defectos de los profesores, por no haber preparado antes discreta y sencillamente la inteligencia virgen en que habían de sembrarse…

Don Fernando no fue quién para contenerse y, reuniendo a toda aquella junta de sabios, les dijo, poco más o menos, de esta suerte:

—Señores y maestros míos: Vuesasmercedes han hecho tan bien su oficio que si les encargara todo lo contrario no hicieran desaguisado tan grande. Entregué a vuesasmercedes una inteligencia fuerte, bien equilibrada pero sin aderezo alguno de enseñanza, y ahora, al cabo del tiempo, me devuelven una muchacha ridícula, pedante, ayuna de sinceridad. ¿Quién sabe lo que ahora costará volverla a su primitivo ser? Vayan, pues, enhoramala de aquí esta misma tarde, que yo les mandaré poner un coche de camino y publiquen por el mundo su estupenda hazaña pedagógica…

Luego, tomó de la mano a Flora y la llevó al molino de su padre.

—Maese Lucas: Amigo mío, que debéis pasar a suegro, pero no tan pronto como todos teníamos pensado. Aquí os entrego a vuestra hija, a quien si tratáis diez minutos seguidos, pensaréis que no lo es, según viene de desconocida con las lecciones de la Corte. Tenedla con vos por otro año, quitadla estas sedas y estos encajes con que ahora adorna su belleza, dejadla en aquella sencillez de antes y soltadla otra vez por el campo. Corra por valles y

oteros de la mañana a la noche, dance con las mozas los domingos, vuelva otra vez a solazarse con las simplezas y romances de *Topito* y, cuando esté en la rusticidad que estaba, yo vendré a pedírosla por esposa y tendremos en la aldehuela otras bodas como las de Camacho *el Rico*, que antes quiero por mujer una labradora rústica que una damisela insubstancial, toda melindres y reparos… No se piense que por desarmonías la olvido. En cuanto sea necesario téngame presente. De aquí a un año tornaré.

Y dio la vuelta, dejando a todos maravillados y confusos.

Aquella misma tarde vieron las sencillas gentes de La Fresneda partir el coche de camino de su excelencia hacia a la Corte. Don Femando iba solo en el amplio mueble.

Para no ser blanco de la curiosidad, llevaba echadas las cortinillas, pero bien se pudo ahorrar este cuidado, porque ni aun sus habituales contertulios salieron, como tenían por costumbre, a despedirle en las Fuentecillas.

No más le acompañaban el cochero, el postillón y el ayuda de cámara.

Saliendo del pueblo alzó los discretos lenzuelos y contempló melancólico los verdes campos y empinadas lomas, por donde anduvo con Flora, cuando la moza era un encanto más de aquellas praderías.

Aunque don Fernando dio palabra de tornar en busca del buen amor de Flora, comprendiendo él que estaba hecha la transformación, entendió que ello no le estaría bien, porque acaso redundara en su menoscabo.

Había hecho una sencilla prueba y ya acababa de ver cómo las primeras máculas ridículas cortesanas habían prendido en ella. ¿Qué podría acontecer cuando llegaran las otras más fuertes y dañinas, que prenden en el alma…?

Florita era demasiado asimilable.

En un año había perdido (claro, que neciamente influida) aquel candor y travesura ingenuos que eran toda su belleza moral.

Con ello, también había tomado quizás esas otras mañas que son tan distinguidas e imprescindibles en los estrados de la Corte, como son: la intriga, el disimulo y la coquetería.

Bien estaba San Pedro en Roma; Flora, en La Fresneda y él, libre y suelto, no fuese que algún día tuviese que sentir.

En cuanto llegó a Madrid, tomó un talego de onzas y mandó al mayordomo que lo llevase a Flora con el siguiente pliego:

«Hija Flora: Los aires sanos del campo que he respirado durante mi viaje de retorno me han despejado los desvanes del cerebro y me han quitado las telarañas de los ojos, permitiéndome con ello ver y discurrir tan claro como solía antes de conocerte.

»Así pues, no me esperes para matrimoniar, como te dije al salir de La Fresneda. He comprendido que a ti y a mí nos está mejor.

»Cuando te cures de aquel mal que te causaron los maestros que en mala hora te di, queriendo hacerte un bien, busca a *Topito* y volved a las andadas por esos campos de Dios.

»Como no quiero que conserves mal recuerdo de mí, te envío ese puñadillo de oro, que te ruego aceptes, en memoria del buen propósito que me guio…

***

Poco más decía el papel, pero ya eran filosofías trasnochadas, que no vale la pena traerlas a cuento. Lo cierto e importante para nuestra historia es que Flora se hizo la cuenta de que los duelos con pan son menos y tomó las onzas, que no bajaban de doscientas, aderezó el molino de su padre tan lindamente que bien podía decirse que no había otro mejor en tierras de Castilla, contentó luego a *Topito* y le ascendió hasta el empleo de molinero consorte, en pago de lo bien que sabía decir el romance de *La novia renegada*.

Y como no acaeció más que sea digno de referirse, con esto se acaba la novela. Si te parece bien, lector, me holgaré de ello; si, por el contrario, te desagrada, lo sentiré con todas las veras de mi alma, pero te juro por Dios que no derramaré ni una sola lágrima…

Derecho de asilo

I

En la parte más laberíntica de la histórica ciudad de Segovia, hacia San Geroteo, a la margen de la iglesia mayor, tenía su mansión la ricahembra doña Lucía de Fonseca.

Era la tal vivienda una vieja casona con sus puntas y ribetes de palacio, y hay quien dice que tuvo honores de tal en edad no muy lejana de cuando este episodio se comienza, pues albergó en sus anchurosas cámaras no solo a linajudos títulos de Castilla, sino a príncipes de la sangre (siquiera tuviese sus glóbulos de bastarda), como el señor don Juan de Austria, cuando desde Flandes vino a España a tomar órdenes de su hermano, el austero y prudente Filipo, para hacerse cargo de la armada que tenía que batir el orgullo y poderío del turco en las aguas de Lepanto.

Ahora, la linajuda fábrica ya estaba venida muy a menos, no tanto por la crueldad empedernida del tiempo, que todo lo trueca y deforma, como porque la malaventura había minado de manera despiadada las haciendas de los Salcedos y Fonsecas.

Tenaz fue la desgracia con las dos ilustres familias, unidas por el indisoluble lazo del matrimonio de don Gabriel de Salcedo y Medina con doña Lucia de Fonseca y Peralta.

Los más recios puntales de aquel hogar hidalgo habían ido cayendo, unos al golpe traidor de la muerte, en plena mocedad, defendiendo la religión y el trono, y otros a la estocada artera del infortunio, que, comenzando por cercenarles la hacienda, finaba por segarles la vida con el filo de las pesadumbres.

Obra había de diez años que don Gabriel de Salcedo era muerto, no siendo otra la enfermedad que la acabara sin complicidad de médico alguno que el mirar que con su ruina, una oleada corrupta de su misma sangre, si no llevaba su honor por entero, le dejaba muy quebrantado.

El mayorazgo, don Luis (único que de cuatro hijos quedara al ejemplar matrimonio), sacó más vetas de gallofo que de caballero.

Usando y abusando del prestigio de su casa, cuando aún no contaba veintidós años, dio muerte alevosa a un hombre rival suyo en amoríos fáciles y, tras de acogerse a iglesia (pues más de quince días estuvo escondido en la bóveda de San Ginés de esta Corte, que disfrutaba de piadoso derecho de asilo), pidió a su padre que, por el honor de la casa, le librara de ir a remar sin sueldo en las galeras del Rey.

El triste hidalgo, por no desamparar su misma hechura, echó mano de toda su influencia y de todo su dinero y, por estar emparentado con las primeras familias del Reino, solo consiguió la pena de destierro para el mal hijo, quien de no ser por este amor y grande ascendiente del autor de sus días, hubiese bailado la *zarabanda* al cabo de una soga ensebada.

Se acumularon sobre el difunto (que ya no podía decir nada en su abono ni dejaba en el mundo quien hiciera honor a su memoria por ser de familia humilde) todos los cargos y acusaciones.

Tras esta disculpable injusticia, el buen anciano, no pudiendo soportar la desgracia de haber dado vida a un hijo de tan perversa condición, se durmió una noche en su cama y despertó a la diestra de Dios padre…

A la triste viuda no le quedaron más bienes que una pequeña renta sobre obras pías (pues también su dote se había ido con la de su esposo en pagar las culpas de don Luis) y aquella casona solariega en la ciudad de Segovia. que pudo salvarse de las pasadas tormentas.

***

Vivía su merced apartada del siglo casi por completo, atenta solo a la devoción de sus recuerdos.

La acompañaban una vieja dueña y un rodrigón de más de sesenta años, que fue lacayo del señor don Gabriel y, cuando este murió no quiso apartarse de la casa, en donde durante más de cuarenta años había ganado el pan.

La ferrada puerta de la casona no se abría para dar paso a extrañas gentes más que los sábados, que acudían los pobres a recoger la limosna con que la viuda de Salcedo pagaba su tributo a tan alta obra de misericordia como es la de dar de comer al hambriento.

El resto de la semana cerrado estaba el postigo, como si en la casa no hubiese alma viviente, y a no ser los domingos y días de guardar, en que doña Lucía iba a misa de nueve

a la Catedral, acompañada de su dueña, toda tocas blancas y antiparras verdes, para demostración de más grave autoridad, tampoco se la veía pisar los guijos de la calle.

Y era de admirar cómo aun viéndosela tan de tarde en tarde, todos la hacían paso, descubriéndose los hombres y cediéndole la diestra las mujeres.

En la puerta del templo la esperaba una verdadera nube de pobres, y ninguno de ellos quedaba sin el consuelo de la limosna. Para todos, pues, que los conocía muy bien, tenía una frase de amistad.

—¿Cómo va, Gerardilla? ¿Se te pasaron ya las alferecías? Y tú, Lorenza, ¿tomas la tierra de Santo Domingo? Es muy buena para el dolor del bazo. No la dejes. Cuando se te acabe ve por casa. Cuidado, Benito, que sé que la limosna que Dios te da para que te remedies en lo posible, la dejas en las tabernas. Mira lo que haces, que dejaremos de ser amigos y para ti será el mal.

Los infelices le expresaban sus gratitudes o le daban sus excusas y, al cabo, entraba en la iglesia dejando tras sí una estela de bendiciones.

II

Mas una tarde, a punta de noche, quedó truncado aquel patriarcal sosiego en que vivía la insigne dama.

Obra de diez años había vivido en ella y durante los dos lustros se dijera que, gracias al bálsamo del tiempo, gran médico de pasiones y pesadumbres, se habían cerrado bastante las profundas llagas de su corazón.

Pero un anochecer atronaron la solitaria calle dos recios aldabonazos, asestados en el postigo de la sosegada mansión.

El suceso tenía mucho de inaudito.

No había recuerdo en la vecindad de que nunca, con tanto fuero y desconsideración, se interrumpiera el silencio de aquella casa.

Llevadas por la novedad, se asomaron las gentes a las puertas y ventanas.

En el balcón principal del viejo palacio apareció, llevando un candil en la diestra, la avellanada persona de Toledo, el viejo criado.

—¿Quién va allá? —preguntó con voz que en vano la ausencia de dientes y muelas se empeñaba en hacer grave y firme.

Y desde la calle respondieron con dejos de mucha familiaridad:

—Abre, Toledillo, que soy yo, tu amo don Luis.

De allí a muy poco tiempo, se oyó descorrer de cerrojos, llaves y cadenas; se abrió la puerta y entró por ella el que llamaba, el cual no era otro que el perdido mayorazgo don Luis de Salcedo y Fonseca…

III

Fue como la vuelta del hijo pródigo.

Doña Lucía celebró el suceso con grandes muestras de regocijo.

Sin duda, don Luis, al cabo de su tormentosa vida, había escuchado la voz de su conciencia y, empujado por los fracasos y descalabraduras del vivir, vendría a ser el consuelo y báculo de su vejez.

¡Bien lo necesitaba la infeliz! Y lloró de agradecimiento al Dios que le enviaba al cabo de su vida tan íntimo regocijo.

Por su parte, el hombre parecía que venía lleno de buenos propósitos.

Prometió ser tan otro que tendrían que maravillarse los que le conocieran de antaño.

La infeliz señora le creía como si ya estuviera tocando los prodigios de aquella mudanza; al menos, su corazón de madre se lo ordenaba así.

—Los negros y falsos capítulos de la vida me han desengañado —protestaba el mozo (que ya iba para hombre maduro), mientras besaba la cabeza de doña Lucía, toda orlada de blanquísimos mechones, que en tiempos fueron opino rayos hilados del Sol—. He pasado mucho, madre, tanto que entiendo que las cuentas de aquellas locuras las tengo saldadas por entero.

Y proseguía, viendo que la dama escuchaba con muy buen rostro tan halagüeños propósitos de enmienda, quitándole de vez en vez con besos las palabras que fluían de sus labios:

—Estuve en Flandes y en Italia, también anduve en la Mamora y perseguí al corso en los mares latinos. Ahora quiero descansar un poco junto a vos. Cuando pase algún tiempo, no mucho, si me dais licencia y vuestra bendición, pediré un puesto entre las tropas que van a Nueva España, a ver si logro una banda de capitán, y a la sombra de ella consigo reponer nuestra quebrantada fortuna.

***

Los primeros días que siguieron a la llegada, se dijera que, en efecto, se había equilibrado aquella mala cabeza y que iba por buenos pasos camino de hacer firmes sus promesas; pero así como fueron pasadas dos semanas, comenzó a retardar la vuelta cuando salía a primera hora de la tarde, diciendo que se iba a pasear hasta la puesta del Sol, por la alameda o el camino de San Pedro Abanto.

Aunque desde niño faltaba de Segovia y, por lo tanto, no conocía los rincones y escondrijos non sanctos de la veja ciudad castellana, no tardó en recorrerla, sin riesgo de extraviarse, no perdonando calle, plaza ni rincón, ocurriendo, como cosa natural, que a los pocos paseos acertó de lleno con su habitual y necesario ambiente.

***

Fue a la sombra del Acueducto, en pleno Azoguejo.

Tornaba una tarde de su cotidiano paseo, cuando al llegar a dicha parte, oyó palabras que tenían perfiles y fondos de pendencia. Las decían con mucho encono dos hombres que salían de cierta casa.

Iban desafiados y buscaban un sitio cercano donde dar suelta a su encono.

Al cruzar ante nuestro hombre, dijo el uno:

—Pues yo, ¡fío a Dios!, que el levantar muertos no se lo consiento más que a los enterradores. De suerte que id pensando quién sea el que os levante a vos de aquí a diez minutos.

Don Luis conoció en aquella voz la de un viejo camarada en correrías, y exclamó con mucho alborozo, poniéndose entre los dos enemigos:

—¡Cuerpo de Cristo!, señor don Fabio. ¿Sois vos? ¿Y qué es esto que os oigo decir de que os vais a matar con este hidalgo? Sin duda que son tufos de vuestro mal perder, como tenéis por costumbre, que nunca tuvisteis correa para el juego.

Los otros no debían de tener muchas ganas de reñir, por cuanto se volvieron a las palabras de Salcedo, el llamado Fabio le abrazó con muestras de muy singular contento.

Toda la fuerza de la ira se fue en humo de razones y disculpas, y acabó en que, como buenos y acreditados tahúres, y vendiendo la gracia a la inesperada aparición de don Luis, se dieron las manos los rivales y tornaron sobre sus pasos a la casilla, llevándose de remolque al conciliador.

IV

Día tras día, en menos de una semana, se dejó sobre el tapete verde el poco dinerillo que trajera.

Ya primero que tal le acaeciese había pensado en el apoyo y blandura de su madre, creyéndose que la malaventurada conservaría pingües restos de fortuna.

No tardó en conocer doña Lucía los malos pasos en que su hijo andaba, que de ello se enteró un día en que reprendió a Juanillo, el paje, por hallarle dormido sobre un arcón.

—¿Y cómo quiere vuecelencia que no me caiga de sueño si toda la noche me la paso en vela? —dijo el rapaz.

—¿Pues no te acuestas después de cenar y ninguna noche es arriba de las diez? —le preguntó.

A que replicó Juanillo:

—Así es para vuecelencia; pero el señor me tiene mandado que le espere hasta que vuelva.

—¿Luego mi hijo sale de noche? —interrogó su merced.

Y contestó el paje:

—Y no torna hasta el amanecer.

Aquella noticia fue una puñalada que laceró de nuevo el dolido corazón de la señora.

En cuanto vio a su hijo, en la mañana, a la hora de comer, pues que a otro tiempo no era posible, le recriminó acerbamente, diciéndole que aquella conducta se distanciaba en muchas leguas de los juramentos honrados y buenos propósitos que tenía hechos.

El cínico calló y dio muestras de recibir la rociada con mucha mansedumbre.

A la noche siguiente volvió a las andadas y, cuando su madre tomó a reprenderle, respondió con gran insolencia:

—¿Qué queréis, señora? Yo soy ya demasiado grande y he corrido mucho mundo para que ahora me pase los días en casa, pegado a vuestras sayas, sin más distracciones que el rosario que rezáis entre dos luces, rodeada de la servidumbre.

—No te pido yo —respondió doña Lucía— que te pases el tiempo pegado a mis faldas, pero si es cierto que ansioso de paz viniste a buscarme, procurándole a tu alma cansada y maltrecha un puerto de refugio, en parte alguna puedes estar como en tu casa. Del naufragio terrible en que nos hundiste, solo ha podido salvarse esta casa; dentro de ella no hay más dinero que el preciso para llevar una vida modesta, con más privaciones que regalos, y el estudio de tu padre (que Dios tenga), donde hay una copiosa librería. En aquel venerando aposento es en donde debiste buscar el verdadero recreo para tu espíritu atormentado, que no en los garitos y en las mancebías…

—Madre —replicó el truhan, dando fastidiosas señales de que se le indigestaba la plática—: mucho sabéis que jamás tuve propósitos de revolver el Mundo con mi sabiduría, y nunca creí que el papel impreso valiese para cosa mejor que para envolver especias; así pues, no me habléis de estudios ni de librerías. Bien se está cerrada esa habitación, como monumento erigido a la santa memoria de mi buen padre. En cuanto a lo de que venga a ser punto fuerte en algún hogar de inocente diversión, sabed que, aparte del honesto propósito de buscarme esparcimiento, me guía la justa codicia de procurarme algún dinero para el equipo que necesito si tengo de asistir al ejército de Nueva España. Vos no podéis o no queréis darme medios para ello; sea norabuena; dejadme, pues, que yo me los busque como Dios sea servido…

Y la señora doña Lucía de Fonseca tuvo que admitir esta nueva y soez pesadumbre como una obligación de madre, yendo a ofrendarla cada sábado a los pies de Nuestra Señora de la Fuencisla.

V

El azar se había declarado franco enemigo de don Luis.

Ni por equivocación acertaba una carta, y así, cada noche, salía de aquel garito del Azoguejo, y otros que había espolvoreados por toda la ciudad, dado al demonio que dicen que levantó el acueducto.

Aquel poco dinero con que entrara en Segovia se había repartido por las faltriqueras de los caballeros de la *tabla redonda*.

Las sortijas y algunas otras joyas, que contribuían al ornato de su persona, también habían cambiado de dueño.

Solo le quedaba una alhaja, que hasta entonces había querido como a las niñas de sus ojos. Siempre la llevaba consigo debajo de la ropilla. Era un medallón de oro, dentro del cual había una pintura que era traslado de una hermosísima mujer.

Parece que había sido el último amor de don Luis y al que ciertamente se debía el *recogimiento* de este a la casa materna.

Era un amor vedado, que acabó con la muerte repentina de la infiel, y parece que el idilio tuvo lugar en la Corte.

Y una de aquellas noches infortunadas, desesperado por no tener qué jugar ni a quién acudir en demanda de un escudo, pues que a todos tenía acribillados a fuerza de peticiones, se acordó del retrato, y, sin detenerse a pensarlo, lo arrancó de la cadena en que iba prendido y lo arrojó de golpe sobre la mesa.

Al rudo choque, se abrió la joya, dejando al descubierto su alma, que era la peregrina efigie de la amada muerta.

Los ojos de todos se abalanzaron a la pintura, ávidos de contemplar tan soberana belleza, aunque no fuese más que en estampa.

A uno de los *puntos* se le quebró el color de manera notable; se mordió fieramente los labios e hizo ademán de querer hablar a don Luis, pero se detuvo en la intención.

—¿En cuánto va eso? —preguntó el que tallaba.

—En cincuenta escudos —respondió Salcedo.

—¿Con pintura y todo? —tornó a preguntar el amo de la baraja.

—Con pintura —asintió don Luis—; y me pesa que no me sea posible poner también el original.

—Yo copo esa postura —dijo aquel que tan mala cara aderezó al ver el retrato.

—¿Contra qué? —preguntó Salcedo.

Y el otro, más con el fuego de los ojos que con el brío de las palabras, respondió:

—Contra la vida.

—Den cartas —mandó don Luis.

Todos los demás se apartaron del juego y se constituyeron en curiosos mirones.

La mala estrella de don Luis se nubló un poco. Había ganado.

—He perdido —dio el otro con gran flema—. Vamos a que os cobréis lo que os debo.

Y echó hacia la escalera, seguido de su adversario.

Los iban a la zaga los demás; pero el perdidoso se volvió y les dijo con mucha cortesanía:

—Yo ruego a vuesasmercedes que, ya que asistieron al pleito, con mucho gusto por nuestra parte, por ser honrados con tan fino interés, ahora nos hagan la merced de que el fallo sea sin testigos. Este caballero y yo tenemos que hablar antes de que tome lo que en tan buena lid visteis que ha ganado.

Y, a fuer de hombres de pundonor, los cofrades de Jorge el Desorejado los dejaron solos, tornándose los tales a su piadoso quehacer.

***

La Luna alumbraba con la intensidad de un faro, dando su pálido reflejo a las tortuosas callejas de la hidalga ciudad.

No otro ruido se advertía en la augusta soledad de la noche estrellada que el fuerte chocar de los pasos contra los picudos guijos y el metálico tintineo de las espuelas del rival de don Luis.

Recorrieron algunas calles, hasta venir a dar en la misma en que se asentaba la vetusta mansión de los Salcedo. Aciaga casualidad a la que el extraviado primogénito no dio importancia alguna.

—Aquí me parece buen sitio para satisfaceros mi deuda —dijo el otro, parando en seco y desenvainando la espada—. La calle no puede ser más solitaria. No quise descubrirme hasta ahora por no hacer pública la deshonra de mi sangre; pero aquí, cara a cara, sabed que os he de arrancar la vida. ¿No me conocéis?

—No, a fe, ni recuerdo haberos visto en todos los días de mi vida —respondió confuso Salcedo, pues él no estaba tan decidido como su adversario a continuar aquel negocio.

El otro le sacó de dudas con decirle:

—Soy el hermano de doña Leonor de Mendoza, vuestra infame amancebada. ¿De suerte que, mientras yo en los campos de Italia me procuraba un nombre insigne, mi señora hermana enlodazaba su honor con un ser tan despreciable que, después de la muerte de la perjura, mancilla su memoria poniendo su recuerdo sobre los tapetes de los garitos? ¡Cuánto he corrido por buscaros, y ved de qué extraña suerte, cuando menos lo esperaba, el destino os ha traído a mis manos…! Preveníos, ¡vive Cristo!, porque si no, tan cierto como que ahora es de noche que os asesino como a un perro.

Y blandiendo la espada furiosamente, apenas dio tiempo para que don Luis se pusiera en guardia.

Tan enconado y ciego era el rencor que animaba al ofendido hermano que le era muy difícil a Salcedo, no ya responder, sino defenderse siquiera, parando los golpes como bien podía.

Al fin, una de las veces, el recio chocar de las armas hizo un terrible remolino de chispas y don Luis cayó atravesado por el estoque de Mendoza, sin decir Jesús.

En aquel preciso momento, aparecían por el comienzo de la calle las inquietas luces de una ronda, que se fundían con los primeros fulgores del alba…

VI

El vengador de su honra envainó el acero homicida, se echó al brazo la capa y se dio a correr con toda la agilidad que le permitían sus piernas, buscando su libertad en la huida.

Los corchetes (que son gente decidida y temeraria con el que huye, pero no con el que hace frente), le iban a la zaga.

Al cruzar por la casa de Salcedo, advirtió que el postigo estaba entornado.

Sin duda, el paje que tenía que esperar al noctámbulo caballero dejaba así aquella hoja del portón; de esta suerte no le interrumpía el sueño, o quizás fuese convenio de amo y mozo.

Mendoza, que vio aquella promesa de seguridad, empujó la puerta, la cerró tras sí, y, embocando en el zaguán, echó escaleras arriba.

Al entrar en la primera cámara, le salió al paso una mujer.

Era doña Lucía, que velaba toda la noche hasta la llegada de su hijo, sin que este lo supiera.

—¿Quién sois? —preguntó al hallarse con el intruso que de tan descompuesta manera irrumpía la pacífica mansión.

—Señora —respondió el fugitivo—, si, como promete vuestra apariencia, sois una dama de honor, haced la caridad de ocultarme. Me persiguen.

—¿Pues qué habéis hecho? —inquirió la dama.

A que replicó el caballero:

—Acabo de matar a un hombre en esta misma calle, por cosa tan sagrada como la honra. La Justicia viene tras mí.

—¿Fue cara a cara?

—Fue de hombre a hombre, noblemente y con armas iguales.

—Entrad, pues —dijo doña Lucía cediéndole el paso.

Apenas empezara don Manuel de Mendoza (que este era el nombre del vengativo hermano) a referir su hazaña, cuando dos recios aldabonazos repercutieron en la oquedad del amplio zaguán, y al «¿Quién llama?» del rodrigoncillo, respondió una voz recia:

—¡Abran a la Justicia!

—¡Venid! —dijo la señora al espantado hidalgo—. Ocultaos en mi cámara. —Luego, cerró la puerta con llave.

No bien había hecho tan piadosa diligencia cuando entró en la estancia la dueña de las blancas tocas y las antiparras verdes, diciendo cómo estaba allí la Justicia de la ciudad y que el corregidor en persona pedía ser recibido por su merced.

—Hazle pasar aquí —dijo la dama.

—¡Ay, señora! —gemía la asustadiza dueña—. En la calle han muerto a un hombre, y dicen esos malditos que el criminal se ha escondido en esta casa. ¡Mala Pascua los dé Dios, y sea la primera que viniere!

—Anda y no hables más, González —mandó doña Lucía. Y entre porvidas y reniegos salió la vieja sirviente.

VII

Don Pedro de Colmenares, corregidor por el entonces de la ciudad de Segovia, y que era el alma de aquella ronda, la última de la noche, entró en la sala con el sombrero en la mano y aderezando las facciones de su rostro barbado en plata, con muestras de muy sincero pesar.

—Señora —dijo—, bien sabe Dios que nunca me ha pesado tanto esta vara como ahora. Yo lo juro que, de haberlo sospechado, cuando la recibí de las augustas manos de Su Majestad, en aquel mismo punto y hora, no habría alargado la diestra para tomarla.

Y tras esto, dijo cómo hubo en la calle un lance entre dos hombres, de cuyas resultas el uno quedaba sin vida y el otro había logrado escapar; que uno de los corchetes, buen corredor porque era más mozo que todos los que componían la ronda, le había ido a los

alcances y tenía la certeza de que, amparado por alguien o aprovechándose de que el postigo no estuviese bien cerrado, entró en la casa.

—Que yo sepa —habló doña Lucía—, a deshora, nadie, si no es mi hijo don Luis, traspone estos umbrales, y este, para mi desgracia y su vergüenza, no ha regresado todavía.

Se calló un breve espacio don Pedro de Colmenares y, al cabo, dijo:

—¿Dais licencia para que se registre la casa? Es un penoso e ineludible deber.

La dio su merced, y alguaciles y corchetes diseminaron a la caza del perseguido.

***

En la sala, quedaron solos la dama y el corregidor.

Comenzaba este trabajosamente el exordio de su triste discurso para dar el mal trago a la infeliz, pero se detuvo tanto en hacer filosóficas y aun teológicas consideraciones acerca de la poquedad y miserias de la vida, que dio tiempo a que sus sabuesos tornasen diciendo que nadie más que la corta servidumbre se hallaba en todo el caserón, sin que él, de su parte, hubiese dado suelta a la mala noticia.

—¿Registrasteis también estos aposentos contiguos? —preguntó

—Todos menos aquel —indicó uno de los esbirros indicando la alcoba cerrada.

—Pues registradla también —mandó su señoría.

A lo que atajó la dama:

—Señor don Pedro de Colmenares: espero de vuecelencia que el cortés respeto que se debe a toda dama de calidad le prive de entrar en esa estancia, que es la mía. No hará la ofensa de suponer que yo escondo a un hombre en mi alcoba.

—Nada tan lejos de mi ánimo, señora. Me sobra con vuestra palabra.

Y, con una seña, mandó salir a sus subordinados.

Así como tornaron a quedarse solos la dama y el usía, continuó este:

—Ahora es llegado el tiempo de explicaros por qué me pesa hoy en las manos esta vara.

Y, acompasando mucho las palabras, como si las sacase devanadas del mismo corazón, sin acertar ya a suavizarlas, dijo a tiempo que se alzaba del asiento:

—Señora, el hombre que han muerto en la calle es vuestro hijo don Luis.

Ni un grito de angustia, ni un ¡ay! de dolor.

Doña Lucía quedó con los ojos fijos en la estancia cerrada.

Hizo el justicia una profunda inclinación y salió de la cámara, dejando a la angustiosa dama en aquel terrible calvario de su pena.

VIII

Por un buen espacio permaneció la dolorida sumida en el amplio sitial.

Se dijera que el dolor la había clavado, y la fortísima impresión recibida le ataban a un tiempo la energía y la voluntad.

En un lejano reloj, sonaron las cuatro.

Se levantó y abrió aquella puerta.

—Salid —dijo desde el umbral, sin querer penetrar en el interior.

Obedeció don Manuel de Mendoza.

Así como estuvo junto a doña Lucía le dijo esta, con voz que no era tan entera como quería simular:

—Habéis dado muerte a un hombre. Me dijisteis que ello fue cara a cara, con armas nobles y en defensa de vuestra honra mancillada; me pedisteis el amparo de mi casa porque os perseguía la Justicia, y yo os la he dado. Sabed ahora que el hombre a quien habéis muerto era mi hijo. Hasta aquí me he conducido como dama de honor, guardándoos las consideraciones debidas de hospitalidad; salid pronto por donde habéis entrado, que el corazón me está mandando conducirme como madre, y siento ansias de llamar a mi gente para que os haga pagar el alma y la vida que me robasteis…

Echó a andar delante del confuso don Manuel de Mendoza y le dejó libre en el mismo postigo en que poco antes viniera a pedir derecho de asilo…

La cruz de la espada

I

LA TERTULIA DE LA BOTICA

Pasada la «Platería», hacia el promedio de la calle Mayor, escondida en una rinconada, estaba la botica.

Un poetastro al uso de entonces, de aquellos de la culterana escuela, llamaba al mezquino establecimiento de los potingues y de las tisanas, «la fuente Castalia de los tristes dolientes». Don Francisco, el ático y maldiciente ingenio de los espejuelos, que con su mordacidad trajo revuelta a toda la villa, dijo en sus días que era la oficina donde se despachaban más concienzudamente extendidos los pasaportes para la laguna Estigia.

Pero era lo cierto que con pedanterías y con sátiras, la farmacia de don Marcos Cedillo era la mejor surtida de toda la Corte, y nadie se moría a gusto si no contribuían a ello las cataplasmas y jarabes de aquella casa, aderezados por las gordezuelas y peritísimas manos del señor licenciado… Y aun se dice que muchas veces vinieron del mismo Alcázar a buscar remedio para los males de las augustas personas.

Según el decir de las gentes, parecía cosa verdadera que las medicinas de la tal casa aseguraban más la salud que las de ninguna otra, porque el buen licenciado, que era más amigo de la humanidad que todos los camaradas de su gremio, no usaba en sus compuestos más de agua con azúcar, y algunas veces, para disimular, suplía el dulce empalagoso con un polvillo de acíbar.

De esta manera, si sus medicamentos no volvían la salud al que estuviera, como el otro que dijo, puesto ya un pie en el estribo, no mataban tampoco al que solo tuviera por vía de enfermedad una calenturilla o un molesto retortijón de tripas.

No habiendo tabardillos pintados, alferecías y males éticos contumaces, las medicinas de Cedillo curaban siempre.

A fuer de agradecidos, los vecinos del contorno, siempre que pasaban ante la tienda, se descubrían con el mismo respeto que si cruzaran ante el pretil de una iglesia.

Era su merced hombre como de cincuenta años, de carácter no nada adusto, y en lo que hace a su natural, tan sencillo como las drogas que salían de su laboratorio.

Doña Beatriz, su mujer, de algunos menos años, y Juan Crisóstomo, el mancebo, le ayudaban a conllevar una vida honrada y pacífica.

A la caída de la tarde, se llenaba la rebotica (que no era menor que una sacristía, por estar toda la tienda habilitada en lo que fueron cocheras de un viejo palacio) de amigos que gustaban de pasar las postreras horas en grata y animada parleta.

Puede decirse que en las ocho o diez personas (y algunos días, como jueves y sábados, se alongaba la tertulia hasta completar la docena) estaban representadas todas las clases sociales, si no era la aristocracia linajuda, que esta ya es sabido que, por el entonces, no se «casaba» si no era con los de su rango.

Únicamente estaban desterrados de aquella academia de la amistad los médicos y los boticarios, porque don Marcos abundaba en el conocidísimo axioma de que no hay peor cuña que la de la misma madera, y además, que fuera de las horas de su menester, no quería disquisiciones ni controversias referentes al oficio. A tales horas ya no despachaba su merced receta alguna; como no había peligro en la composición, todas eran elaboradas y expedidas por la inocente mano de Juan Crisóstomo.

No diera el buen licenciado, por una cátedra de Botánica en los estudios salmantinos, su poltrona presidiendo al muñidor de la Cofradía del Santo Cristo de la Fe a un notario eclesiástico, a un capitán de la guardia alemana, a un oficial mayor del Consejo de Indias, a un arbitrista, a un tendero de la calle de Postas y, sobre todo, a un clérigo como don Pedro, en el que se juntaban tres personalidades distintas, pues que era virtuoso ministro del Señor, famoso poeta y formidable jugador de «mediator».

Doña Beatriz era la única ninfa de aquel «parnaso».

El último en llegar era siempre el clérigo, porque por fuerza de su condición tenía que llevar todas las tardes el «rosario» en la parroquia de Santa María. Así es que siempre era noche cerrada cuando su reverencia calaba en el estradillo de la rebotica, diciendo festivamente desde la puerta:

—¿Dan posada a un peregrino?

A cuyo ruego, y con el mismo tono, solía responder el licenciado Cedillo:

—Si trae un poco de ingenio que dejar (aunque de ello tengo duda), pase adelante y, cuando tal moneda no halle a la mano, le daremos cobijo por amor de Dios, como cristianos que somos.

Y por cabo de la amistosa bojiganga, entraba su reverencia.

***

Como acaece en toda parte donde se reúnen más de tres personas, en la tertulia del licenciado Cedillo, se discutían y arreglaban los negocios de España hasta volver entera la república como un calcetín.

Y este era el punto donde el arbitrista metía los brazos hasta los codos en proponer segurísimos medios para que la vieja y quebrantada nave del Estado pudiese navegar a todos vientos como ligerísimo esquife.

Frecuente era oírle exclamar, como si por su boca desdentada hablase la conciencia del Reino:

—Esa jornada, por no escucharme, se ha perdido, que asaz tengo yo demostrada la manera de ganarla en un protocolo de más de mil folios que le tengo entregado al Consejo. Mas todo se lo quieren saber ellos, y todo lo pierden por no rebajarse a escuchar la serena opinión de los hombres sesudos.

—¿Pues cómo, señor don Santiago, tendría vuesamerced que ganar aquella empresa? —le preguntaba doña Beatriz por darle cordelejo.

A lo que el hombre, extendiendo la diestra con ademán doctoral, respondía:

—¡Ah, señora mía! Ese es mi secreto, y si le dijera, yo sé que debería asombrar al mundo, y se tendría por tan bueno que no le mejoraran Jerjes, Epaminondas ni el barón de Schomberg.

Y después de hacerse rogar otro poco, adentrándose de lleno en el corro y haciendo senado de los que le metían los dedos en la boca (como decirse suele), explicaba su arbitrio, que era el más lindo disparate que acertó a cocerse en humana mollera.

Él tenía, en fin, solución para todos los problemas y era crítico furibundo de cuantos dictámenes salían del seno de los Consejos. La tuvo para el resello de la moneda, para sacar más tributo al papel de oficio, y mareó un día y otro a los graves magistrados,

espantándoles el sueño, de suerte que no podían dormir sino durante las horas de Audiencia.

Después de que era bien exprimida la chifladura del infeliz don Santiago, venía la conversación amena y tirada, hasta el punto de las siete en invierno y las ocho en verano, en que rezándose el rosario, llevado también por el clérigo don Pedro, tomaba cada cual su capa y su espada y se iba a buscar la cena y, tras ella, el calor de las sábanas.

Su reverencia era siempre el último en marcharse.

Dando las nueve en el reloj del Salvador se alzaba su merced; le traía el mancebo el manteo, la canal y… y la espada, porque don Pedro, como hombre precavido y que tenía el alma forjada en las guerras de Flandes e Italia, a pesar de su pacífico ministerio, siendo noche no olvidaba aquel necesarísimo «compadre» para andar aunque fuese la corta distancia que había desde la botica a su mansión.

II

EL CLÉRIGO DON PEDRO

Ya queda asentado en anteriores líneas que era el señor don Pedro la figura principal e imprescindible en la tertulia de la rebotica. Si por acaso alguna tarde dejaba de asistir (cosa que en todos los días que componen un año no acontecía arriba de tres veces), faltaba el alma de la academia, que aun los desvaríos de don Santiago eran menos necios de lo que se tenía por costumbre.

Aunque el tal era de carácter abierto y campechano, muy amigo de donaires, se sabía poco de la mocedad de su vida, pues en la milicia de Cristo no llevaba arriba de diez años. Solamente por lo que él sacaba a colación en sus conversaciones, se tenía por cierto que en la del rey había pasado su juventud, pero nunca se supo cuáles fueron las graves y apretadas causas que le obligaron a trocar la carrera de las Armas por la de la Iglesia.

Unos creían que fue un amor funesto, que habiéndole secado el corazón en la madurez de la edad, le quitó el gusto a la vida, y como era poeta de los más insignes, quiso buscar un lugar de reposo para estar a solas con sus pensamientos, los cuales, cultivados con la paz y sosiego necesarios, tendrían que florecer en lindísimas flores del ingenio.

Parece que el hombre se atuvo tan ceñidamente a este propósito en bien del Parnaso castellano, que, dando de continuo obras notables, embargaba tanto la atención de las gentes que no le dejaba tiempo para entrometerse en los capítulos de su vida.

Algunas veces gustaba de dar en la tertulia las primicias de su estro lozano (que habiendo pasado muy adelante del medio siglo, se portaba tan bien y mejor que si estuviese en lo más frondoso del camino de la vida); así es que subyugado el auditorio con tan regaladas finezas, ¿cómo debería curarse en husmear en el pasado vivir de su merced?

Sabía que era buena persona y famoso poeta, ¿qué más pudiera importarle?

Díganme si quedaran alientos para otra cosa que para reverenciarle, una tarde que dijo:

—Óiganme este soneto que compuse anoche para la comedia, que ahora traigo entre el caletre y la pluma.

Y recitó, con admirable entonación y estudiada mesura, que no lo hiciera tan bien el primer galán del Corral del Príncipe:

«Estas, que fueron pompa y alegría,
despertando al albor de la mañana,
a la tarde serán lástima vana
durmiendo en brazos de la noche fría.
Este matiz que al cielo desafía,
iris listado de oro, nieve y grana,
será escarmiento de la inda humana.
¡Tanto se aprende en término de un día!
A florecer las rosas madrugaron,
y para envejecer florecieron.
Cuna y sepulcro en un botón hallaron…
¡Tales los hombres sus fortunas vieron!
En un día nacieron y expiraron,
y pasados los siglos, horas fueron…

Dicen que don Pedro no vivía sino para sus comedias, y fuera de ellas para el mejor servicio del Señor, ya que era ministro de su Iglesia; pero siempre daba un punto de preferencia a la pleitesía de las señoras musas.

Él mismo no tenía inconveniente de manifestarlo a Cedillo, aunque nunca lo dijo a tertulia plena.

Apenas reposara un poco la breve colación (pues el cenar fuerte antes se lo privaba la edad que la penitencia), se retiraba a la soledad de su aposento y ya en nada pertenecía a

las miserias y pesadumbres de este mundo, sino a la bella y culta república de las Nueve Hermanas en las empinadas cumbres de Helicona.

Cumplía primero con sus menesteres piadosos, rezando las horas en el breviario, sin que durante este cuidado se le acordase para nada de los versos, así como puesto después en el campo de las rimas, no se le acudía a la mente el más ligero escrúpulo de conciencia.

Dicen que para no distraer la vista, y con ella la imaginación, tenía el aposento desnudo de todo adorno, y aun en la mesa que le valía por banco de su gloria no había más lugar que el preciso para colocar el pliego que escribiera y acomodarse él con no mucha holgura.

Así como un pasaje o un parlamento quedaba a su gusto y manera construido, le leía en voz alta y grave, regodeándose y placiéndose mucho en la lectura…

Cuando el día comenzaba a entrarse solapadamente por las rendijas de las ventanas y las puertas, tornando las espesas tinieblas en pálido azul, que alegra el cielo y da la vida a la tierra, dejaba la pluma y, despabilando por vez última la cansada mecha del velón, buscaba, no tan rendido como satisfecho, el grato cobijo de las sábanas.

Pausadamente, comenzaba a desnudarse, y entonces era cuando, jugando con los rescoldillos del ingenio, trocaba las escenas escritas con las oraciones cotidianas.

Muchas veces le acaecía que, en este torneo mental entre la devoción y el ingenio, advertía algún «lapsus» en lo escrito y, tomando la luz, acudía a subsanarlo.

Cuando ya por entero entraba en el blando reino de las sábanas blancas, era día claro por toda la Corte de las Españas, donde asentaba su trono, para inquietud de los españoles y regodeo de privados y validos, la embrujada majestad de don Carlos II de Austria.

III

UN CASO DE CONCIENCIA

Una de las noches en que don Pedro se retiró al tiempo de los demás tertulianos, por tener precisión de acabar más que deprisa un auto que el Concejo de la Villa le había encargado

para la octava del Corpus, le dijo, así como quedaron solos, el capitán de la guardia tudesca, que atendía por don Carlos de Arévalo:

—Señor don Pedro, tengo un grave caso de conciencia que consultarle; si no es mucha incomodidad para su merced, quisiera que me escuchara en confesión.

A que respondió el clérigo poeta:

—Por este menester de escribir de noche, hace más de dos años que no confieso, porque me es de todo punto imposible el estar temprano en la iglesia y, por ello, el párroco de Santa María me ha hecho el favor de señalarme la misa de la una; pero, tratándose de un amigo, bien puedo quebrantar la excepción. Vaya, pues, a la parroquia mañana a las once, que ya le estaré yo esperando en el confesonario de la capilla del Cristo.

—Mire que es muy grave cosa, y quiero advertirle que después de que me dé la absolución, aun tendré necesidad de su piadosa sabiduría.

—Yo tengo mucho placer cuando puedo serle útil a un amigo —replicó el clérigo.

Y como a este tiempo habían llegado a la morada de su reverencia, tendió este la diestra al otro, el cual la besó humildemente, y ambos se separaron.

***

Aquella noche no esperó don Pedro a que la luz del día viniera a recogerle en la alcoba.

Como había necesidad de madrugar, se acostó a media noche.

A las once menos cinco de la mañana siguiente, ya estaba en el santo lugar esperando a su penitente. El tal, que sin duda estaba muy abrumado por el peso de su conciencia pecadora o era de los contados españoles a quienes no les gusta hacer esperar, apareció a la hora en punto.

Se arrodilló como buen cristiano ante el que había elegido para juez de sus culpas, y después de las oraciones de ritual comenzó su confesión.

Al cabo de algún tiempo, más del que ordinariamente suele emplearse en tales actos piadosos, don Pedro se levantó de su asiento y se pudo advertir que no dio la absolución al penitente. Este, puesto de rodillas, no se alzaba del suelo, interceptando así el paso al confesor, el cual, no teniendo otra manera de hacerse plaza, le empujó con alguna violencia, mientras le decía:

—No, que os perdone Dios. En la tierra ni el Sumo Pontífice tiene autoridad para ello. Y agradeced que me habéis engañado de antemano, obligándome a escucharos en confesión. Apartad.

Y salió al fin; pero el penitente, a quien, sin duda, en la absolución de su gravísima culpa le iba nada menos que la salud del alma, se arrastraba de rodillas en actitud implorante.

Aun le dijo su merced:

—No me obliguéis a quebrantar cosa tan inquebrantable como es el secreto de la penitencia entregándoos a la justicia.

—Pues yo os juro por Dios que está hecho carne en ese tabernáculo —exclamó el otro alzándose de su postura humilde y extendiendo la diestra hacia el altar mayor—, que vos y no otro tiene que absolverme e ir allá atraillado como un perro.

Y, sin esperarse a más, salió el hombre disparado como una tromba. Los que le vieron no pensaron que era otra cosa que el demonio que huía de la cruz.

Don Pedro, así como quedó solo, retornó hacia el altar de la oscura capilla, y por mucho espacio estuvo en oración, ofreciendo a la llagada imagen del Cristo crucificado aquel terrible caso de conciencia…

Cuando se levantó, ya era la una y acudió a decir su misa, que, sin duda, aplicó por el alborotado espíritu de aquel hombre que, de manera tan monstruosa, parecía haber delinquido.

IV

EL ESPÍRITU DEL SIGLO

Como no le es posible al cronista entrometerse en las conciencias de aquellos dos hombres, para hacer relato de las causas que pudieron obligar a don Pedro a negar su perdón espiritual a quien con tantas ansias se lo pedía, bien será el traer a cuento por qué laberintos andaban los usos y costumbres en aquella época, ya tan lejana de nuestros días.

Hasta nosotros han llegado los resplandores de aquel siglo, que se llamó del Honor, de la Fe, de la Hidalguía y del Ingenio, y solo fue verdadero en esto último. En cuanto al Honor

y la Hidalguía, solo se encerraba en las comedias de capa y espada; la Fe, en cualquier parte menos en los templos y en los monasterios, y, de ninguna manera, en los que más obligación tenían en velar por la pureza de la religión, como eran sus ministros.

Solamente el ingenio brilló con luz clara y potente hasta la segunda mitad del reinado galante de Felipe IV. Cuando subió al Trono el infeliz Carlos II, también se apagó esta llama divina, y fue precisamente la lámpara en que ardió por vez última aquella poderosa inteligencia del clérigo don Pedro.

Los privados y validos se adueñaban de la voluntad de los monarcas, para quedarse luego con los tesoros de la nación.

Los empleos y grandes cargos no se daban al mérito, sino al mejor postor. A Indias no se enviaban virreyes, generales ni auditores de positivo valer, sino gentes codiciosas y grandes quebrantados de fortuna, para que alzaran su hacienda; frailes taimados y glotones, que embrutecían muy bien aquellas conciencias aniñadas, y maridos bobos que tenían hermosas mujeres y las dejaban al protector, como resguardo de lo que allá tendrían que robar al rey y a la república.

El Fanatismo estaba tan metido en las conciencias que moría en superstición antes de llegar al ara de la Fe. Así era cosa corriente el confesarse por anticipado en el tribunal de la penitencia de un delito que se había de cometer luego, a fin de llevar ya la absolución como descargo de la culpa. Se secuestraban a los sacerdotes para que ayudaran a bien morir a un desgraciado a quien no condenaban las leyes, sino la enemiga de un malvado o la venganza de un ofendido. Porque, eso sí, en el mundo podía pecar cada prójimo con más o menos hipocresía; pero no hacía nadie el viaje que no tiene vuelta sin ir bien pertrechado de todos los auxilios espirituales.

Las muertes en las calles se contaban por centenares, sin que se supiera la mayoría de las veces quién pudo ser el asesino; pero a buen seguro que ningún matador hacía su oficio sin decir al malaventurado: «Dios te valga», ni desterrado alguno de este valle de lágrimas entraba en el reino de las Tinieblas sin que su grito último fuese el de «Confesión».

Tampoco solía ser cosa muy extraña el enviar un marido (que muchos casos se dieron) a su mujer a los pies del confesor, y después de que tenía el alma limpia del pecado que tanto le ofendiera, apuñalarla en la misma lonja del templo.

De muchas más cosas por este orden, y que fueron el espíritu de aquel siglo, hablara si tuviera espacio disponible; mas no hay lugar, y así, lector, con tu licencia volveré a los folios de mi crónica novelada.

Sin duda que un caso de estos fue el propuesto a don Pedro por su camarada de tertulia; mas como ello fue explanado bajo secreto de confesión, no hay forma de saber la esencia de la verdad.

V

COLOQUIO DE SACRISTÍA

Cuando don Pedro, todo confuso, entró en la sacristía, no había ya en ella más que el sacristán y el monaguillo que tendría que ayudarle la misa. Los demás clérigos y rapavelas, cumplido su menester, se habían retirado al amor de la sustanciosa olla.

Maese «Pasillas» (como le decían los muchachos al sacristán) era un viejo impertinente, zafio y malhumorado de continuo.

No había cosa que tanto le sacara de sus casillas como el tener que esperar a la misa de don Pedro.

Así, cuando ya pasadas las doce, guardaba el recado del sacerdote que oficiaba a tal hora y prevenía el del poeta, todo eran denuestos y «porvidas», y no hacía más de mirar el reloj, que estaba en un rincón de la espaciosa estancia.

—Un cuarto de hora falta para ser la una —rezongaba—, y aún no ha venido el maldito viejo. ¡Claro, como se pasa la noche haciendo coplas y romances, tiene que estar toda la mañana muy patitendido! ¡A fe que si yo fuera el señor obispo, ya le daría coplitas, ya!

Saludó el venerable príncipe de las Letras, aunque no con el festivo detenimiento que solía, por más requemar el humor del vejete y, como de costumbre, solo de mala gana y entre dientes, fue respondido.

En seguida empezó a zaherir a su reverencia con las reticencias que tenía por costumbre, y esta vez era tanta la preocupación de don Pedro que no paraba mientes en los desmanes del bellaco.

Mucho tenía con pensar en aquello que solo él y el penitente sabían lo que era; pero una de las veces a tanto llegó el mosconeo del sacristán que distrajo las meditaciones del tonsurado, el cual, pillándole de mala guisa para sufrir vayas y vejámenes, se acordó de que fue soldado en tiempos y que, cuando le buscaban, tenía su alma en su almario.

Se fue hacia el murmurador y, mirándole muy cara a cara, le habló de esta suerte:

—Cuando yo servía en los ejércitos del rey, nuestro señor era más comedido y respetuoso con mis superiores, y nunca me atreví a tratarles por igual, ni ellos me lo hubieran consentido; curad de que no se me olvide algún día que llevo ropas talares, pues, ¡vive el cielo!, que allí se os acabe la insolencia.

Como de piedra se quedó el lacayo de los santos, pues jamás hasta entonces había don Pedro hecho frente a sus procacidades.

Mas pronto el ministro del Señor vino en acuerdo de que no cumplía tamaña iracundia a su piadosa condición y cesó en el enojo. Y fue a tiempo de que amansado y confuso maese «Pasillas» enganchó en un clavillo un encaje del alba y la rasgó toda.

Don Pedro, para consolarle y quitarse a sí mismo la pesadumbre del enfado, le dijo en el tono zumbón que solía cuando estaba de buenas:

—Ved aquí cuán trascordado y fuera de vos os pone la injusta cólera que aun confundís las horas. Me reprendéis porque vengo tarde, y aun vengo al romper el alba…

***

Cuando poco después, ya dicha la misa, salía su merced por la lonja del templo, uno de los pobres que pedían en la puerta llegó y le dijo a la par del oído:

—Padre, aquel caballero de que ya sabe su merced me mandó que le dijera que mire aquel asunto despacio y vea lo que le tiene cuenta. Me dio un real de a cuatro. ¡Dios se lo pague! Ni sé quién es, que hasta hoy no me acuerdo de haberle visto en todos los días de mi vida.

No respondió el sacerdote y tomó francamente el camino de su casa.

VI

EL FILO Y LA CRUZ DE LA ESPADA

Aunque tentado estuvo don Pedro de no acudir a la botica, por no hallarse con el condenado en pecado mortal, se decidió al fin, pensando que si no acudía pudiera entender el tal que se retraía por miedosa precaución. Pero el capitancico fue quien no apareció en la tienda. El clérigo entendió que era por no toparse con él, y no dio importancia a la ausencia de tal personaje.

No sé quién dijo que andaba el hombre muy preocupado rondando los contornos de su casa al aquel de cierto martelo que había a espaldas suyas, no sabía si de su cuñada o de su mujer, pues ambas eran alhajas de muy buen rostro.

—Si no es cosa de la cuñadilla —habló el tendero de la calle de Postas, que parece que le conocía bien, como paisanos que eran del mismo pueblo—, no quisiera yo estar en la piel del goloso, y menos en la de la señora encaprichada, que hombre es Alvarado para enviarlos a seguir el martelo en los infiernos…

Se dio fin a la reunión y cada cual se fue a su casa.

Don Pedro se quedó el último, como siempre, para echar con Cedillo su partida de naipes.

Cuando dieron las nueve, tomó el sombrero, el manteo y, embrazando la tizona, salió a la calle. En la siniestra mano, empuñaba una linternilla, con la cual se alumbraba el corto camino que le traía a su casa.

No había llegado a los muros de las monjas de Constantinopla, cuando vio que del mismo pórtico se le venían encima tres hombres, pero más con intento de apresarle que de acometerle. Él no pensó que fueran sino malandrines de los que diariamente llenaban de luto la cortesana villa.

Se enrolló rápidamente el manteo en el brazo siniestro y con la diestra mano comenzó a fulminar la espada con tanto brío que bien pronto los tuvo a raya.

Dos huyeron heridos; el otro quedó luchando con su merced, que tenía la mano tan ágil y pesada a un mismo tiempo que no parecía sino un hombre en la flor de la vida.

Al fin tropezó en blando la punta de la espada de don Pedro; apretó y la hoja entró por la herida tan limpiamente como en la vaina.

Una voz angustiosa, ya sin aliento, exclamó:

—¡Confesión, don Pedro!

Este llegó al caído, le aproximó la luz de la linterna al rostro y vio que era el capitán Alvarado.

—Padre —comenzó a decir trabajosamente el moribundo—. Yo no quería haceros mal. En vuestras comedias insignes, que pasarán a la inmortalidad, aprendí qué es el honor y cómo se ha de limpiar cuando se mancha; el mío ha caído en el lodo más infecto, y antes de limpiarlo quise que vuestra paternidad, que me enseñó ese achaque con el que tan pocas veces se encuentra uno en la vida, purificase aquella alma que, perdiéndose, me ha perdido. Esto era lo que yo os pedí esta mañana y que vos me negasteis… Absolvedme ahora, señor…

Y no pudo hablar más; sus palabras quedaron hechas un cuajaron de sangre entre los labios.

—Ahora, sí —dijo don Pedro poniéndole la cruz de la espada sobre la boca sangrienta y amoratada, y alzando los ojos al cielo, mientras hacía la señal de la cruz sobre el cuerpo agonizante, exclamó:

—«Ego te absolvo in nomine Patre, Filius…».

Por última vez, se movieron aquellos labios sobre el hierro cruzado, y los ojos del capitán se cerraron para siempre…

Conoció don Pedro que en aquel lugar no podía hacer ya más que comprometerse si por inesperado y milagroso acaso pasaba una ronda; tomó el acero, lo limpió con la capa del muerto y se retiró a su casa.

Aquella noche ni cenó ni compuso comedia; estuvo toda la noche en penitencia…

EPÍLOGO

… pero a la noche siguiente tornó a llevar la espada…